



La última tumba

Alexis Ravelo



Lectulandia

En 1988, Adrián Miranda Gil, un chapero drogodependiente, fue condenado a 29 años de prisión por el brutal asesinato de Diego Jiménez Darías, asesor de un importante dirigente político regional. En 2011, tras cumplir más de veinte años de condena, Adrián afronta la libertad condicional como un preso modelo, desintoxicado y centrado en su rehabilitación. Pero, en secreto, ya ha comenzado a urdir su venganza. No tardará en descubrir que su acusación y condena no son fruto de un mero error judicial, sino parte de una conspiración en la que él ha servido como cabeza de turco. Poco a poco, con minuciosa crueldad, Miranda irá adentrándose en el laberinto de mentiras urdidas por los conspiradores, con el firme propósito de cavar una tumba para cada uno de ellos.

Lectulandia

Alexis Ravelo Betancor

La última tumba

ePub r1.0

Maki 23.11.13

Título original: *La última tumba*
Alexis Ravelo Betancor, 2013
Diseño de portada: Gerardo Domínguez

Editor digital: Maki
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Andreu Martín, Juan Madrid y Raúl Argemí,
por iluminar el camino hacia las sombras.

Esta novela recibió el XVII Premio de Novela Negra
Ciudad de Getafe 2013 del Ayuntamiento de Getafe.

El Jurado de esta convocatoria estuvo presidido
por Lorenzo Silva, y sus vocales fueron
Ramón Pernas, Fernando Marías,
Esperanza Moreno y, como secretaria,
Ángeles González.

*(...) O, from this time forth,
My thoughts be bloody, or be nothing worth!*

WILLIAM SHAKESPEARE: *Hamlet*, IV, 4

*Todos mentimos, aun antes de las palabras.
Por ejemplo: yo le digo mentiras y usted miente escuchándolas.*

JUAN CARLOS ONETTI: *La muerte y la niña*

*Ha decidido desafiar al destino. ¿Por qué no?
Eso también forma parte de la libertad.*

ANDREU MARTÍN: *Prótesis*

LA ÚLTIMA TUMBA

EN la mañana del lunes 13 de junio de 1988 la asistenta encontró el cadáver de Diego Jiménez Darías en el salón revuelto y desordenado de su casa de Santa Brígida. La víctima había sido golpeada y apuñalada hasta la muerte.

Faltaban en la vivienda algunos objetos de valor, así como una fuerte suma en efectivo. Tampoco estaba en el garaje el automóvil de Jiménez, un Saab que poco después fue abandonado en las afueras.

Adrián Miranda Gil, convertido inmediatamente en el principal sospechoso, sería localizado y detenido un mes más tarde.

Miranda Gil no solo era un joven drogodependiente que ejercía esporádicamente la prostitución, sino que, con anterioridad, había sido vinculado con pequeños hurtos y varios delitos de robo con violencia. Sus huellas digitales aparecieron en el arma homicida (un cuchillo de cocina de grandes dimensiones) y en el automóvil de la víctima.

Durante el juicio, celebrado en Las Palmas de Gran Canaria en 1991, trascendieron algunos detalles escabrosos que resultaron muy succulentos para los medios sensacionalistas. Al parecer, los dos hombres se habían conocido en 1984, en un monasterio de la Orden de San Benito donde Jiménez, antiguo postulante, hacía un retiro espiritual y Miranda intentaba (al parecer infructuosamente) desengancharse de las drogas. La víctima acogió en su casa a quien se convertiría en su verdugo e inició con él una turbulenta relación sentimental que se prolongó, con altibajos, hasta el fatal desenlace. Todo esto, unido a la notoriedad del puesto que ocupaba Diego Jiménez Darías en la política grancanaria, pues era ayudante personal de Ernesto Acevedo Blay y amigo íntimo de su hijo Ernesto, dotó al suceso de una enorme repercusión mediática.

Finalmente, Adrián Miranda Gil fue condenado a 29 años de reclusión y al pago de cinco millones de pesetas a la familia de Diego Jiménez, a la sazón su madre y una hermana que residían en Cantabria.

Anselmo Quintana Sánchez:
Historia del crimen en Canarias (1940-2012).

HUBIERA podido ser uno de esos perros abandonados que comen sobras meneando el rabo con agradecimiento y se dejan querer por viejas solteras. Pero he preferido el minucioso dolor, la papilla ácida de la ira calculada, la infamia secreta e imprevisible.

Si finjo normalidad, si cuido hasta el hastío cada detalle, no es por mansedumbre, por miedo al castigo, por arrepentimiento ni por propósito de enmienda, sino porque llamar la atención me impediría cumplir mis planes.

Ahora estoy en la calle y puedo ir y venir, pero no soy libre. No lo seré hasta que haga lo que tengo que hacer, que es acabar con ellos.

La cuestión es no apresurarse. Mantener la serenidad. Fingir que me estoy reinsertando, rehabilitando, socializando, estabilizando, equilibrando. Que lo pasado, pasado está, que no quiero volver a *meterme en problemas*.

El primero en morir será Felo. Sé quién será el último, aunque aún no sepa el nombre. Tampoco sé cuántos son. Puede que solo dos, contando con Felo. Puede que sean más. ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Cinco tipos? Cuántos y quiénes. Eso es lo que tengo que averiguar. Los porqués me la sudan.

Sé que no va a resultar fácil. No soy idiota. Es más, va a ser más difícil que morderse un codo. También sé que no soy ningún héroe justiciero. No, no soy el Conde de Montecristo. El Conde de Montecristo tenía dinero para parar un carro. Aparte de eso, él hubiera tenido piedad. Y yo no la voy a tener.

Da igual lo que ocurra luego. Me da igual si vuelvo al trullo o tengo que pasarme toda la puta vida huyendo. Eso es indiferente. Haré cualquiera de esas cosas; valdrá la pena si antes he podido mearme sobre las tumbas de esos cabrones.

ESO sí, antes de cargarme a Felo (porque me lo voy a cargar, eso está claro), hay un porqué importante: por qué me jodió. Eso es lo primero que hay que averiguar: ¿por qué coño ese maricón de mierda dijo que no me había visto en todo ese fin de semana? Cuando sepa eso, sabré quién. Y lo demás me va a dar lo mismo.

Veinte años a pulso. Ése fue el marrón que me comí. Si hubiera sido listo, hubiera podido obtener el tercer grado a los siete. Pero, aparte de que me aplicaron el FIES^[1], yo, por esa época, no era demasiado espabilado, aunque me creyera el tipo más listo del mundo. Durante esos primeros años en el trullo continué enganchado en el jaco, metiéndome en reyertas y situándome en el centro de todo follón en el que pudiera meter la cabeza y del que no se pudiera salir si no era a hostia limpia. En el brazo derecho tengo la señal de una cuchillada. Otra cicatriz, mayor que ésa, me decora la parte posterior del cráneo: ahí se me quedó dibujado para siempre el empedrado del patio del Módulo 6. Otros golpes, otros tajos, no llegaron a su destino o no dejaron marcas visibles. La humillación sí. La humillación se te queda ahí, detrás de los ojos, y la llevas pintada en ellos para siempre. A veces brilla como brilla la tristeza. Otras refulge con el fuego negro y hediondo de la rabia infinita.

Me merezco esa rabia.

Al fin y al cabo, fue la rabia lo que me llevó al talego. La rabia típica del típico perro rabioso que yo era por entonces.

Era fácil vivir así con veintipocos años: de juerga en juerga, de antro en antro, de cama en cama. Era fácil pasarse los días entre el próximo bar y el último camello, entre la primera mamada y la tercera resaca, entre la quinta bronca y el penúltimo tirón.

Aquella rabia de entonces no tenía motivo alguno. O, al menos, viéndolo en la distancia, no había motivos objetivos para que yo la sintiera. Mi familia era una familia normal: mis padres eran gente del sur, gente de campo que se había venido a Las Palmas y había abierto una tienda de comestibles en Escaleritas. Se llamaba Víveres Miranda y era una tiendita de aceite y vinagre donde mis viejos se dejaban la piel trabajando como petudos. Intentaron darme la mejor educación posible, no eran crueles conmigo, no me pusieron la mano encima más de lo necesario. No fue culpa de ellos. De hecho, a mi hermano Tomás lo educaron exactamente igual y el resultado

ha sido bueno: es un tío serio, de ley, que ha fundado una familia y ha convertido el viejo colmado en un pequeño supermercado de barrio. Como hombre, ha cumplido.

Pero ése es otro cuento. Ahora hablaba de la rabia, aquella rabia que no tenía motivo, que, simplemente, era un coraje sordo contra el mundo, una proclividad inexplicable e inexplicable a hacerle daño a todo aquello que se me ponía por delante.

Repetí mi historia una y otra vez: yo no estaba allí cuando mataron a Diego; yo me había pasado la noche de marcha con Felo el Albacora. Por supuesto, nadie me creyó: había pisadas sobre la sangre y huellas en el cuchillo, y yo soltaba un pestazo a bastardo desagradecido que tiraba de espaldas. Además, las broncas que Diego y yo habíamos tenido (por mi mala cabeza, por esas gilipolladas que la rabia de entonces me llevaba a hacer) habían sido monumentales y todo su entorno (Pinito, la asistenta; Willy Acevedo; su familia en la Península) sabía de la mala vida que le daba y de lo violento que yo podía llegar a ser.

Para colmo, me di a la fuga.

Sí, hay que ser tarugo: cuando llegué, de amanecida, colocado como un chucho, y tropecé con todo aquello, la mejor idea que se me ocurrió fue trincar el dinero y las joyas que pude reunir y salir por patas en el coche de Diego. Tenía que haberme quedado allí, llamar a la policía y decir que había estado toda la noche con Felo el Albacora. Pero no lo hice. Trinqué la guita y el colorao y me mandé a mudar. Me piré.

Y me trincaron, claro. La isla es chica, pero tiene tanto valle y tanta montaña, tanto pueblo aislado y tanto barranco que, si me lo hubiera montado bien, no me habrían cogido en la vida. Sin embargo, a los gilipollas y a los yonquis siempre los trincan. Y yo era el más gilipollas de los yonquis. De hecho me cogieron en la mismísima capital, camino de El Polvorín, después de colocarle a la Yoli uno de los pelucos de Diego, buscando una papela a lo descarao como si porque hubieran pasado unas cuantas semanas todo el mundo se habría olvidado de lo de Diego. Y sí: me trincaron por gilipollas y por yonqui. Entonces fue cuando escupí mi historia. La conté en cuanto me vi en el interrogatorio, ya con un poco de pavo y delante de aquel inspector que se puso en plan padrazo conmigo.

A Diego lo había matado algún chorizo, algún jacoso que entró a robar pensando que la casa estaba vacía. Así pensaba yo y así lo dije, antes de repetir una y mil veces que yo no había sido. No había podido ser, porque yo no estaba allí: me había pasado la noche con un colega, con Felo el Albacora, el de La Isleta.

Cuando le conté lo de Felo, el inspector puso cara de no tragárselo, por supuesto. Pero se fue y me dejó allí, y el mono se me comenzó a encabritar por dentro, me empezó la tiritera y el frío, los sudores y el trinque. Me dejó allí metido un montón de tiempo. No sé si fueron cuatro horas o solo una, pero, cuando volvió, ya no se preocupó en disimular que no me creía. Me dijo que él y su gente habían hablado con

Felo, que el Albacora decía que esa noche no me había visto. Insistí. Le dije que Felo tenía que estarse equivocando. O que él o «su gente» se habían confundido y habían hablado con otro Felo. No me creyó, por supuesto. Por qué iba a hacerlo si Felo se estaba haciendo el longuis. En estas movidas las cosas siempre son lo que parecen. O casi. Pero si un madero tuviera que trabajar con los «casi», las cárceles estarían vacías. Fijo.

A lo largo de los años pensé bastante en aquel inspector, un tipo flaco, cuarentón, con cara de ceniza, cuya estampa maldije mil veces y en cuyos muertos me cagué siempre que tuve ocasión durante mucho tiempo. No recordaba su nombre, pero un día salió en el periódico porque le habían dado no sé qué medalla. José Luis Andrade Ruiz. Guardé el recorte, que hablaba de él y de «sus muchos méritos». Cheche el Criminal, que por esa época estaba en el mismo módulo que yo, me dijo que lo conocía, que menudo hijo de la gran puta atravesado y facha. Pero, para entonces, yo ya había dejado de odiarlo. No sé exactamente cómo ni cuándo había ocurrido (puede que en la época en que me desenganché), pero resultó que un buen día me había dado cuenta de que el madero no era mi enemigo personal, que solo estaba haciendo su trabajo y que, encima, lo había hecho bien.

Tampoco tengo nada contra el juez y el fiscal: ellos también se limitaron a hacer su trabajo.

Eso sí, cuando Felo se presentó en la sala y soltó aquella mierda de mentira, me dieron ganas de inflarlo a hostias allí mismo, ganas de reventarlo para exprimírle la verdad. Pero el abogado me contuvo. Me dijo que ya habría tiempo de desmentirlo y no sé qué cuantitos. No hubo tiempo de nada.

Y me comí un marrón que era de otro. No sé de quién, pero de otro.

Lo que sí tuve claro era que el cabrón de Felo estaba en el ajo y que la cosa seguramente había sido premeditada. El que se cargó a Diego podía ser cualquiera de aquellos basurientos con los que yo paraba entonces, cualquier hijo de puta que supiera que yo vivía en casa de Diego y que él estaba bien situado. En eso, todo hay que decirlo, sí que tengo parte de culpa, porque nunca me privé de presumir de la ropa, los relojes o la pasta que él jamás dejó que me faltaran. Incluso llegué a pasearme por ahí con su coche.

Así que sí, en eso tuve parte de culpa, pero la cosa debió de ser como digo, tuvieron que planearlo de esa forma: quienquiera que lo hiciese, se compinchó con Felo para alejarme de la casa y dar el tranque. De eso tampoco nadie me creería inocente. Siendo como era yo, en caso de un robo en la casa, lo más lógico era que yo estuviera en el asunto. Y, sin embargo, no lo estaba. Fue otro. O fueron otros. Y uno de ellos fue el Albacora, que me tuvo toda la noche por ahí de marcha, fumando boliches mientras su colega o sus colegas se metían a robar en la casa que suponían vacía. Pero no habían contado con que esa semana Diego no viajaba. Seguramente,

cuando se vieron con la ruina encima, decidieron que, si me podía comer un robo, bien podía comerme una muerte.

Y bien que me la comí.

Así que sí: me pasé años repitiendo que yo no había sido. Pero, en algún momento, entendí que era inútil y me dejé de lloriqueos. Principalmente, supongo, por dos motivos. El primero, evidente: nadie, absolutamente nadie me creería jamás. El segundo, vergonzante: si las cosas hubieran seguido así entre Diego y yo, si yo hubiera seguido estando con él, recayendo una y otra vez en el jaco, yo hubiera acabado haciendo eso que dicen que hice.

La cosa podría haber llegado a ocurrir por una caída o un mal golpe, en una de esas ocasiones en que llegábamos a las manos. O a lo mejor sí, a lo mejor le hubiera metido un par de cuchilladas. No sé exactamente cómo. Pero sí sé que, con la rabia y el jodido egoísmo y el tiempo suficiente, habríamos llegado a eso. Por tanto, si hasta yo mismo pienso que podría haber sido perfectamente capaz de hacerlo, ¿cómo hubiese podido convencer a nadie de que no lo había hecho?

Uno no es lo que es. Uno es lo que los otros piensan que es.

LA casa de Diego aún está allí, al fondo de una de esas calles privadas que se desperdigan por el Guiniguada rodeando al Jardín Canario. Da la espalda a una ladera y mira de frente a un valle donde solo algunos dragos y piteras rompen la monotonía del pedregal.

No entro. Me limito a observar por encima de la tapia, aprovechando que en las casas cercanas parece no haber nadie. Son las tres y media o las cuatro, la hora mansurrona de la siesta. En todo caso, si alguien me hubiese visto, habría pensado que era un novelero o alguien interesado en los terrenos.

Durante todos estos años pensé que la familia de Diego habría hecho algo con la casa, que la habría vendido o alquilado, que los nuevos habitantes o ellos mismos, en caso de haberla conservado, la habrían reformado o acaso la habrían derribado y vuelto a edificar sobre los restos de aquella memoria del horror.

Pero no. A juzgar por el deterioro, por el abandono añejo, nadie ha debido de habitar en ella en todo este tiempo.

Pasé buenos momentos en esa casa cuya tapia de picón se cae a cachos, tras esa fachada de dos plantas que yo recordaba de color blanco y que, hoy he comprobado por las pocas zonas que las inclemencias respetaron, era en realidad de un tono amarillo pálido. En el jardín delantero ha crecido la maleza con furor de selva y sequedad de sarmiento. Alguien desmontó la barandilla del porche, se llevó la mesa y las sillas que había siempre allí, tapió las ventanas de la planta baja y complementó la cerradura de la puerta principal con dos cáncamos y un candado.

Diego invirtió mucho en esta casa, con el esfuerzo y la constancia que la gente de verdad invierte en cumplir sus sueños. Se le rompería el corazón si la viera así. Ahora que lo escribo, me parece una tontería eso de hablar del corazón roto de Diego en sentido metafórico: ese corazón se lo rompieron de verdad a cuchilladas. Según lo que trascendió en el juicio, lo alcanzaron de lleno al menos dos de las puñaladas.

En el juicio también se supo que ni puertas ni ventanas habían sido forzadas, que el asesino tenía llave de la casa o que el propio Diego le abrió la puerta y, por tanto, se trataba de una persona conocida, de confianza. Y los vecinos, además, testificaron haber escuchado gritos y golpes el sábado por la noche. Pero no era la primera vez, ni sospecharon en ningún momento que fuera a ser la última.

Me pregunto si continuarán ahí los muebles, el escritorio de Diego, el sofá en el que yo me pasaba las tardes muertas, las estanterías llenas de libros que menguaban una de las habitaciones de arriba. Y me pregunto si seguirán también ahí las manchas de sangre en las paredes y en el suelo del salón que eran como un mapa de la iniquidad, un croquis de la infamia.

ME di una vuelta por La Isleta y pregunté en la calle donde Felo vivía con sus padres. Ninguno vive ya allí y nadie se acuerda de ellos, salvo la dueña del bazar de al lado. Parece que la madre de Felo se murió, que al padre se lo llevaron a una residencia, que Felo se puso de acuerdo con los hermanos y vendieron la casa, y él, con su parte, se fue a otra más chica. De pronto, cuando estaba a punto de contarme dónde estaba esa casa, la comadre pareció acordarse también de mi cara y fingió un ataque de amnesia. No era plan de apretarle las tuercas.

Fui al Mercado del Puerto. Está más limpio y quedan ya muy pocos de los puestos que daban al exterior, donde los herederos del cambullón vendían vaqueros, zapatos y maletas. Ahora allí hay garitos modernos, de ésos que te clavan con la cuenta porque sirven los pinchos en platos cuadrados. No me senté en ninguno de ésos. Me fui a un barcito de los de toda la vida, de ésos que hacen esquina y viven de las tragaperras. Pedí café. Eran las seis de la tarde, pero preferí el café a pedir un refresco y parecer un ñanga. Calculo que tardé diez minutos en trabar conversación con un viejillo que bebía brandy Veterano mirando la tele, porque no había nada más que hacer. Daban un programa de ésos en los que las famosas se pegan gritos en directo.

—Qué vergüenza, ¿verdad? —me dijo señalando de reojo la pantalla, donde no sé qué morena decía una y otra vez saber no sé qué sobre una rubia teñida.

A mí esos programas me resbalan. Desde que salí, aprovecho que Tomás tiene tele de pago para ver películas y documentales. Pero le hice un gesto con la cabeza, dándole la razón.

—Yo, esas cosas, las prohibía —insistió el hombre.

Me di cuenta de que tenía los ojos opacos y acuosos. Y no solo por el Veterano. Debía de tener unas cataratas que ni las del Iguazú. Era un hombrecillo pequeño y correoso, con la piel quemada por el sol y los dedos torcidos. En la boca le quedaban unos cuantos dientes, pero, al parecer, ninguno consecutivo a otro.

Durante un rato lo dejé hablar, dándole el pie a golpe de monosílabos. Hizo discursos sobre lo mal que va el mundo, sobre la desaparición del respeto, sobre la crisis, sobre los políticos (la mitad, chorizos; la otra mitad, gilipollas), los banqueros (de éstos, ninguno era gilipollas: todos chorizos) y lamadrequepariátoesto hasta que,

en algún momento, alzó la copa vacía con desilusión y lo invité a otra. Yo me pedí una cerveza sin alcohol y el camarero nos sirvió a disgusto pero enseguida. Evidentemente, el viejillo era parte del mobiliario y no debían de caerse bien. Que se joda, pensé, un poco porque el viejo me cayó simpático y otro poco porque no tenía nada que hacer hasta las ocho.

El hombre era nacido y criado en La Isleta. Había sido calderero en el Muelle durante cuarenta y siete años (cuarentisiete, imagínese usted) y ahora, con los chiquillos criados y los nietos ya grandes y dos bisnietos, qué iba a hacer: pues venir todas las tardes un ratito, después de la siesta, a echarse un pisquito.

Cuando pronunció la palabra «ratito», el camarero, que pasaba hacia las mesas del fondo, no pudo evitar cagarse en su estampa con la mirada. Afortunadamente, el viejo lo ignoró y pude aprovechar para tirarle de la lengua. Por supuesto, no me referí a Felo. Aproveché que, en su momento, su madre había sido conocida en el barrio por sus arreglos de costura.

—Ay, Chanita, que en paz descanse —dijo el isletero—. ¿Cómo no me voy a acordar, hombre? Ya, coño, Chanita, fijeseusté... Más buena que era... La traté mucho. Vamos, ¿Chanita y mi mujer? Uña y carne.

Le dije que yo había estado muchos años fuera de la isla, por trabajo, y que había querido visitar a Chanita, que había sido amiga de mi familia. Se tragó la bola entera y hasta fingió (o realmente creyó) conocer a mi madre de vista. Cuando le pregunté por el resto de la familia, me contó que Roquito, su marido, estaba en el geriátrico de Taliarte y que ya había perdido el tino, el pobrecito. Y los hijos se habían ido cada uno por su lado: las dos mayores vivían en Fuerteventura.

—¿Y el más chico? Felo, creo que se llamaba...

En ese punto, el viejo barrió la barra y el suelo con su mirada lerdá.

—Ese muchacho no sé yo por dónde andará —dijo al fin—, pero seguro que por ningún lado bueno...

—Hombre, no lo recuerdo yo tan bandido...

Me miró de hito en hito, alzando las cejas hasta que toda su cara se convirtió en una mueca.

—¿Eso? Eso era malo como carne de perro... Amargadita tenía a la pobre Chana —luego bajó la voz, para añadir—: Aparte, parece que el hombre no era de esta acera... Eso lo sabrá usted, ¿no?

Me pareció divertido hacerme el sueco:

—Ah, pues nunca le noté yo nada raro.

—¿Felito? Eso es fisno, fisno, mi hijo. Plátano frito. Ese muchacho pierde más aceite que una carroza de los carnavales. Mariquita mariquita, se lo digo yo... Claro, que yo no tengo nada contra nadie. Ahí, cada palo que aguante su vela. Y, normalmente, esa gente suelen ser buenos hijos. ¿Y a las madres? A las madres las

tienen en un pedestal, como tiene que ser. Pero éste no. Éste salió malo como carne de perro... Mala gente, se lo digo yo...

Lo dejé explayarse un rato, desplegar su repertorio de prejuicios para que se le soltara del todo la lengua. Luego, aprovechando una pausa, solté:

—Pues si no sabe dónde está esta gente, me da una mala noticia, hombre... Es que estoy intentando localizarlos, porque parece ser que Chanita tenía fotos de mi madre y ella, cuando eran jóvenes... Mi madre ya murió y yo quería tener un recuerdo de la viejita.

El viejo lo pensó un buen rato. Finalmente, dijo: —Pregunte por Guanarteme. Creo que Felo paraba por allá. Pero vaya usted a saber si guarda algo de la madre. Hasta el anillo de casada le llegó a vender. Y todo por la jodida droga, mal rayo la parta... Si es lo que digo yo: se acabó el respeto, mi hijo.

Me costó otro coñac y media hora de monólogo más quitarme de encima al viejo, al que ya le había sacado todo lo sacable y comenzaba a no caerme tan simpático.

Ya tenía algo: el barrio de Guanarteme no es tan grande, aunque sí bastante laberíntico. Pero, para eso, podía contar con la Yoli. Además, llevaba ya un par de semanas fuera, así que iba siendo hora de ir a hacerle una visita.

Cuando volví al barrio eran cerca de las ocho. No subí a casa: me metí en el supermercado, a echarle un cabo a Tomás. Enseguida me di cuenta de que me había notado el olor a cerveza, así que no perdí ni un segundo en contarle que había estado en el Mercado del Puerto, echándome una cerveza sin alcohol.

—Ahora hay bares de tapas por ahí...

—Sí. Tenemos que ir un domingo de éstos, con la familia.

CUANDO me metieron en el trullo, las cosas se compraban con pesetas, los cinturones de seguridad no eran obligatorios y se podía fumar en los bares, en los aeropuertos, en las oficinas. No es que no supiera nada de esos cambios, pero no es lo mismo saber que existe la mierda que pisar una. De repente, hay que acordarse de un montón de cosas: calcular en euros, ponerse el cinto aunque no vayas a salir de la ciudad, tener presente que ya no se puede fumar en cualquier sitio. Esto último es importante: no quiero buscarme pleitos por el último vicio que me queda.

La ciudad ha cambiado tanto que algunas cosas me dan miedo. Las zonas que antes eran proletarias hoy son vecindarios cotizados; las que estaban muy valoradas por ser céntricas ahora se han convertido en nidos de ratas, porque la gente con poder adquisitivo se ha ido a vivir hace tiempo a los suburbios. Cosas como un bonoguagua del tamaño de una tarjeta de visita, las zonas wifi que hay en Las Canteras, o la circunvalación y los túneles que atraviesan la mitad de los barrios son capaces de sumirme en la mayor de las incertidumbres.

Tomás me ha regalado uno de esos móviles con pantalla táctil. Cuando entré en el Salto del Negro, los móviles eran como zapatófonos, tenían antena y unas baterías enormes que no duraban más de doce horas. Allí dentro, aunque estaban prohibidos y había unos inhibidores de la hostia, había móviles, pero eran casi todos modelos viejos, de tarjeta, modificados para cargarles las baterías usando cuatro pilas, dos cables y un poco de cinta aislante. Éste que tengo ahora es más moderno y no me aclaro, pero tengo que llevarlo siempre encima.

Solo tengo memorizados en la agenda cinco números: el de Tomás, el de Gloria, los de mis sobrinos y el de mi educador.

Con los ordenadores me manejo un poco mejor. Como hice algún curso de informática y en la casa hay conexión a Internet, me paso algunas tardes practicando y navegando.

En el supermercado tampoco me va mal. Dice Tomás que le viene bien que yo esté ahí; así por las mañanas puede atender papeleos y otras cosas que lo mantienen fuera. Solo tardé un par de semanas en ponerme al día y un amigo suyo, que es veterinario, me agilizó el asunto del carné de manipulador de alimentos. Cortar bien los embutidos y la carne no es gran problema. Aprender a despiezar el pollo y el

conejo me costó un poco, pero ahora ya pueden dejarme solo en la parte de carnicería y charcutería. Por lo demás, el trabajo no es complicado: reponer mercancía, servir lo que me pidan, empaquetarlo, pesarlo y entregarlo. Los códigos de los productos los tengo apuntados en una chuleta que hay pegada a la báscula y, de todos modos, ya me sé unos cuantos de memoria. La fruta y la verdura las pesa Gloria en la caja registradora. En ese puesto sí que no voy a estar nunca. Cuanto más lejos esté del dinero, menos posibilidad hay de que haya ningún malentendido. Yo, a cortar embutidos y carne y a reponer y limpiar; ellos, a las cuentas; los repartidores, a repartir. Y cada palo que aguante su vela.

Aunque las tardes las tengo libres, a veces bajo a echar una mano. Gloria ve eso con suspicacia, pero sé que, en el fondo, los dos agradecen que me pase por allí a última hora, cuando se junta la gente que acaba de salir de trabajar y viene a buscar lo que falta para la cena.

Solo en cuatro viejas puedo identificar a veces un brillo de inquietud en el momento en que cojo el cuchillo o la hachuela de destazar para prepararles un pedido. Aparte de ellas, nadie parece recordar lo que pasó. Además, no soy el único del barrio que ha tenido que cumplir: a los hijos de muchas de ellas me los encontré en el talego. Supongo que la vergüenza nos iguala como la muerte.

El barrio ha cambiado bastante. La mayoría de los de siempre ya no están: los de nuestra quinta, ya se fueron; los de la anterior, ya se han muerto casi todos, menos las cuatro viejas; los de la siguiente generación no tienen ni puta idea de quién soy. Casi todos son parejas jóvenes que no pueden permitirse una zona mejor o inmigrantes de Senegal, de Mauritania, de Ecuador, Colombia o Perú. De cuando en cuando, aparecen algunos colegas de cuando yo era pibe y varios elementos que me encontré alguna vez en el Salto del Negro: Yoyo, Manolo el Tuerto o Fernando el Cabugui. En ese sentido, creo que mi presencia viene bien, porque estos tíos saben lo que hay y se cortan de faltar al respeto. Y si alguno se echa fuera del plato no me va a resultar difícil ponerle las pilas sin tener que pasar a mayores.

Así que en el barrio no estoy mal, sobre todo cuando estoy trabajando. La prisión te hace a las rutinas y a los horarios fijos. Eso es una ventaja.

Por la tarde, si no me meto en Internet o leo un rato, me voy a la calle, a patear la ciudad. Me llevo el transistor, con los auriculares, y escucho Radio Revival.

Y paseo. Voy, poco a poco, descubriendo que ya no existe el Escalextric, aquel carril elevado que ocultaba el mar más allá del Puente Palo; que se puede caminar la avenida Marítima desde la playa de Alcaravaneras hasta la de La Laja casi sin interrupciones; que puedo igualmente andar desde El Confital (donde ya no hay chabolas) hasta El Rincón sin dejar de ver la playa, porque ampliaron la avenida a la altura de Punta Brava; que no existen ya los cines chicos y que lo más parecido a un cine chico son unos multicines pequeños que hay en un centro comercial construido

sobre las ruinas del Hotel Monopol, a orillas del Guinguada; que la calle Mendizábal y la calle de La Pelota ahora son peatonales y están llenas de garitos y restaurantes más o menos finos, más o menos modernos, más o menos apestosos a cerveza caliente y vino derramado; que ninguna de las discotecas a las que yo iba en el Puerto sigue abierta y el edificio Elder es un museo. Enfrente, en el lado del Muelle, también han puesto un centro comercial (hay centros comerciales por todos lados: rodean la ciudad como los leones a una cebra enferma), cerca de donde antes atracaba el Jet Foil. Y allí ya no atraca ningún Jet Foil, porque, sencillamente, ya no hay Jet Foils: ahora la gente, para ir a Tenerife, suele llegarse a Agaete y coger un ferry rápido.

Algunas de estas cosas me gustan. Otras me parecen una mierda. Pero lo peor es el miedo y, cuando reconozco algo (la plaza de Santa Ana, el Pueblo Canario, la Playa Chica), me siento tan reconfortado que me busco sitio por ahí, en el primer banco que veo, y me quedo todo lo posible viendo pasar a la gente. A veces creo reconocer algún rostro. Luego siempre me digo que no, que no puede ser, que esa persona que he creído reconocer tiene que tener veinte años más que la que estoy viendo. Si sigue viva.

PARA que no me vuelva a pasar como con la vieja de La Isleta, he decidido dejarme barba. Es un manto uniforme y grisáceo, que no me queda del todo mal. Según la Jenny, me da un aire distinguido. Me dijo que parecía todo un señor. Mi hermano, en cambio, opina que me parezco a Mariano Rajoy. Cuando me dijo esto, lo mandé a tomar por culo, por supuesto, pero me reí. Tomás es de pocas bromas; cuando las da, hay que agradecerlas.

EL día en que llegué a casa de Tomás —con el bolso de viaje, una caja con libros y esas ganas de pasar desapercibido que tenemos todos al salir del talego—, Gloria procuró ser hospitalaria, pero no le salió bien. Me miró desde detrás de esa cara de besuga paliducha que tiene. Supongo que no puede evitar esa pinta de estar con la regla veintiocho días de cada mes. Cuestión de carácter, lo más seguro. Aunque, en el fondo, la entiendo: si yo tuviera críos en la edad del pavo, lo último que se me ocurriría meter en mi casa es a un pringao recién salido del talego.

A Tomás le debe de haber costado más de una bronca que Gloria me deje estar aquí. Así que me prometí a mí mismo causar el menor número de problemas posible y, a ellos, buscarme un piso en cuanto pudiera.

Después de que Tomás la animase con una mirada, Gloria me dijo que no fuera bobo, que podía quedarme todo el tiempo que quisiera. Intentó parecer sincera, pero no lo consiguió.

Mis sobrinos no son mala gente, pero me recuerdan a mí a su edad. Tienen más peligro que un lansquenete en una cata de vinos. Jennifer (le gusta que la llamen Jenny) es una potrilla de diecisiete años que no consigue disimular su afición a los botellones y los asientos traseros de coches tuneados. Yeray tiene un año menos y unos cuantos tatuajes más que ella. Un candidato perfecto a reemplazarme en el Salto del Negro. Me sonrío con una especie de admiración imbécil.

Sí, me recuerdan mucho a mí. Sobre todo el pibe.

Durante estos años su madre nunca quiso que Tomás los trajera a comunicar, así que solo los conozco por sus comentarios y por las fotos que él me ha ido enseñando. Son dos desconocidos, dos extraños que me caen simpáticos, pero al mismo tiempo me inspiran una profunda misericordia. Es como en un cuento de Rulfo, me basta con echarles un vistazo para saber que acabarán mal: lo llevan en la sangre, en los gestos, en la manera de hablar gritona y muletillera; en la forma de vestir, ella enseñando ese cuerpo carnoso que tiene, él ocultando la fibra nerviosa de su musculatura magra; lo llevan pintado en los rostros hermosos y vulgares. Son dos pobres flores de barrio que se marchitarán antes de abrirse.

Tomás no se merece eso. Puede que Gloria tampoco. Tomás es un currante que ha tenido que bregar toda la vida con el lastre de tenerme a mí de hermano. Y, sin

embargo, jamás le oí ni una sola queja. Todo se lo toma con serenidad, sin lamentarse, sin decirte eso de «No me gusta decirte que ya te lo dije, pero ya te lo dije». Él se calla, aprieta el culo y aguanta el tirón. El tirón de dejar los estudios y ponerse a currar con mi padre; de sacar adelante la tienda y terminar de pagar el pastizal que hubo que liquidarle a la familia de Diego; el tirón del cáncer del viejo y de la hemiplejía de la vieja; el de tener que enterrarlos, uno casi detrás del otro, en nichos que yo jamás voy a visitar, porque no soy digno ni de cambiarles las flores. Y, ahora, para rematar la faena, el tirón de tener que fiar por mí con los de Vigilancia Penitenciaria, meterme en su casa y darme un curro en el supermercado, con lo jodida que está la cosa.

Sé que ésta no va a ser la última putada que la vida le haga. Sé que estos pibes también lo llevarán, más pronto que tarde, por la calle de la amargura. Y que, antes incluso, yo voy a volver a cargarle las espaldas con la desilusión y con la culpa y con la vergüenza.

Pero yo tengo que hacer lo que me toca. Lo único que puedo evitar es hacerlo mientras viva bajo su techo. Al fin y al cabo, si he tenido que esperar todo este tiempo para ir a por esos hijos de puta, bien me puedo aguantar un poco más.

ULRIKE Meinhof fue enterrada sin su cerebro. Durante su autopsia, alguien se lo extrajo y lo conservó. Un día, muchos años después de su suicidio en prisión, un científico mediocre telefoneó a una de sus hijas y le contó que tenía sobre su mesa de trabajo dicho órgano, el cual estaba diseccionando para encontrar, según decía, la raíz de la crueldad más absoluta.

Por los lazos del demonio he venido a acordarme de Ulrike Meinhof y su cerebro mientras estoy aquí, tomando un té helado en el Quiosco Modernista del parque de San Telmo. Desde la terraza, que está en una esquina del parque, la opuesta a la ermita, veo a la gente transitar entre el distrito comercial y la estación de guaguas; a los pibes reuniéndose en grupos en distintos bancos según pertenezcan a una tribu urbana u otra (emos en uno; siniestros en otro; eskateros algo más allá); a los viejos que ocupan los bancos restantes, alimentando palomas o quejándose del precio de las lechugas; puedo ver, incluso, a las familias que van y vienen de la zona acotada destinada al ocio infantil. Cualquiera otro hubiera disfrutado del paisaje y el paisanaje: la gente que pasea hermosos perros, las pibas y pibes no menos hermosos que se apresuran para no perder la guagua, los laureles de indias y las palmeras que dan sombra a las parejitas tumbadas en la hierba, las palomas que se acercan a las mesas de la terraza sin temor alguno, como ratas con alas que vienen a reclamar el impuesto revolucionario de las migas del bocadillo, los gorriones que vuelan entre los árboles, la luz que baña el Quiosco de la Música allá, en el centro del parque.

Yo, sin embargo, pienso en Ulrike Meinhof, una periodista alemana de izquierdas que acabó militando en la *Rote Armee Fraktion*, la Fracción del Ejército Rojo, un grupo terrorista de extrema izquierda liderado en un principio por Andreas Baader y que acabó llamándose la banda Baader-Meinhof.

¿Qué es eso de *la crueldad más absoluta*? Ulrike no era una asesina en serie, no era una sádica, no era un monstruo. Era solo una periodista progre que se dejó llevar por el idealismo, ayudó a fugarse a Baader de prisión con la excusa de una entrevista y acabó uniéndose a la RAF, abandonando a su marido burgués y a sus pequeñas hijas. Por supuesto, Meinhof y su grupo causaron mucho dolor. Pero, para ellos, matar no era un fin, sino un medio, un mal necesario. Igual que para cualquier otro grupo armado, para cualquier ejército, para cualquier Estado en el que exista la pena

de muerte.

Así pues, ¿qué era aquello de buscar en su cerebro *la crueldad más absoluta*? ¿Acaso existe algo así, una predisposición innata a la crueldad? Y, si existe, ¿es el cerebro el sitio donde habría que buscarla?

Conozco a muchos criminales. Por una prisión pasa mucha gente en veinte años. Bien es cierto que a la cárcel, en realidad, no van los malotes, sino los malotes que no tienen dinero. La mayoría de los de allí eran tipos que trapicheaban, choricillos a los que se les acumulaban las causas. Pero también he conocido a asesinos, a secuestradores, a violadores, a pedófilos. Muchos tenían una natural inclinación a la violencia, pero en ninguno de ellos parecía haber una especie de predisposición genética a hacer hijoputadas. No conozco a ninguno para quien sus crímenes fueran un fin. Para todos ellos suponían un medio. Quizá uno comienza a convertirse en criminal en el momento en que ve a las demás personas como medios y no como fines; cuando comienza a pensar en que para conseguir lo que uno quiere (dinero, poder, satisfacción sexual o que te dejen dormir tranquilo) vale la pena hacerles daño.

La crueldad más absoluta no existe, porque la crueldad es más una consecuencia que un motivo y, sobre todo, porque siempre se puede ser aún más cruel.

TARDÉ una semana en llamar a Yoli. Lo hice a media mañana, en la pausa del desayuno. Lo cogió Marín y, al reconocirme, endureció el tono. Sé que nunca le he caído en gracia a Marín. Serán celos o será su tendencia a proteger a la Yoli, pero, sea lo que sea, cuando habla conmigo, se pone tieso como si se hubiera tragado un cenicero. Yo no me lo tomo a mal. Al fin y al cabo, supongo que yo haría lo mismo de estar en su pellejo. Cuando se puso, la Yoli me llamó bribón con su voz de vicetiple ronera y me preguntó cómo era que no había dado señales de vida antes.

—Me estaba organizando —contesté.

—¿Y ya estás organizado?

—Más o menos. Para eso te llamaba, para contarte. ¿Vas a estar ahí esta tarde?

—Claro, mi rey, cuando quieras. Hoy no voy a salir.

Por detrás se oyó a Marín, diciendo no sé qué del masajista. Yoli apartó la cara del teléfono y le gritó: ¡Que hoy no es! Hoooooy no, Marín. Mañana, querido. ¡Es ma-ña-na!

Marín debió de irse refunfuñando a otra habitación, pero oí claramente la frase: «Siempre lo mismo, coño», justamente antes de que Yoli volviera a atenderme.

—Uff, qué pesadito está este hombre, Adrián. Cuanto más viejo, más bobo. No te puedes ni imaginar.

—Oye, Yoli, si te viene mal, lo podemos dejar para otro día —comenté, porque no quería causarle problemas con su hombre.

—Que no, muchacho, déjate de boberías. Vente esta tarde, que voy a estar aquí.

—¿Sobre las seis?

—Cuando quieras, de verdad, mi niño, cuando más te apetezca, que yo voy a estar aquí toda la tarde.

Cuando colgué y volví al mostrador, sentí que había comenzado realmente a volver a casa.

Yoli. Ése es su nombre, aunque en su carné siempre dijo (debe de seguir diciendo) que se llama Gabriel Febles Montesdeoca. El papel aguanta lo que le echen, pero se llama Yoli. Por mal nombre y, como mucho, Yoli la Coja. Así le dicen. Solo a sus

espaldas, claro está. Al único que tuvo cataplines de decírselo a la cara, la Yoli le rompió una botella de cerveza en la frente y le puso lo que quedaba del gollete en la yugular, todo en un mismo movimiento, mientras lo trincaba por la oreja con la mano libre.

Yoli se pagó las tetas, unas tetas grandes y venosas, haciendo chapas en Guanarteme. Tenía, además, una polla descomunal, un mandado enorme con el que no pudieron ni los tratamientos hormonales y que se hizo famoso en todo el barrio por su magnitud legendaria y sus gloriosas hazañas, que corrían de boca en boca (nunca mejor dicho) desde el parque de Santa Catalina hasta el muro de Lloret. En aquella época intentaba reunir lo suficiente para librarse de ese rabo y hacerse un chichi de proporciones similares.

Eso fue antes de ser la Coja, cuando aún tenía veintipocos y sabía despertar el morbo. Luego, una mala noche, un canalla la arrojó desde un coche en marcha para ahorrarse el pago de un servicio. La Yoli cayó mal y se rompió la cadera. La Seguridad Social le hizo una chapuza que la retiró de la calle durante meses y que, cuando pudo volver, ya la había convertido en ese pingajo renqueante que a cada paso dibuja un seis con la cintura.

Los clientes escasearon. Solo la bondad de las compañeras o el gusto enfermizo de algún tarado la ayudaron a sobrevivir, hasta que al fin entendió que así no iba a ningún sitio. Buscó trabajo. La Yoli tenía hecho el bachillerato, cursos de auxiliar administrativo y hasta había estudiado unas oposiciones, que aprobó, aunque no consiguió obtener plaza. Pero, como me dijo una vez, ¿quién le va a dar trabajo a un travesti?

Así que la Yoli limpió oficinas y casas. Siempre de noche o por la mañana o en cualquier otro momento en que nadie pudiera verla, porque los dueños de esas casas y esas oficinas sentían compasión, pero también vergüenza. Y un día se cansó de pasar miseria y empezó a trapichear. Primero movió chocolate. Después pastillas. Por último, polvo. Nunca jaco. Eso lo ha tenido claro siempre: el jaco solo trae muerte y basura y tristeza.

Como vendía género de calidad y era discreta, no tardó en hacerse con una cartera pequeña y selecta de clientes fijos, compuesta por gente de la farándula, empresarios progres y funcionarios que sí habían conseguido plaza.

Si no consumes, trapichear con coca puede darte mucha pasta. Y Yoli no solo es disciplinada, sino que siempre fue una hormiguita, además de tener ojo para invertir.

Ahora sigue echando polvo, pero solo a algunos clientes fieles, para tener un colchoncito, como suele decir. La mayor parte de sus ingresos proviene de los alquileres de los apartamentos y locales que supo comprar a tiempo.

Vive donde vivió siempre: en la casita de su familia en la calle Pizarro. Allí solo habitan ya ella y Marín, ese guineano descomunal y tranquilote al que recogió hace

siglos y que ha querido envejecer a su lado. Marín no tiene oficio conocido, salvo el de chico de los recados y protector de la Yoli, ni, aparte de la colombofilia, otras aficiones que discutir con ella y cuidarla en dosis proporcionales.

Sé todo esto porque Yoli debe de ser, probablemente, la única persona de fuera de mi familia que no me dio la espalda. Por supuesto, eso no quiere decir que piense que yo soy inocente. Aun así, siempre pude contar con ella. Subía de vez en cuando a comunicarme conmigo, me llevaba ropa o me ingresaba algo en peculio. Por eso me fui enterando de cómo le iba la vida, y por eso sé que sigue teniendo la misma polla épica, que, aunque ahora podría permitírselo, no se deshará de ella.

—Con todo lo que me ha hecho sufrir —me dijo un día—, al final le he cogido cariño, fíjate tú. Y además, a Marín le gusta. Si a mi hombre le gusta, ¿para qué quiero más?

Y sí: la Yoli continúa teniendo un rabo gigantesco. Pero tiene el corazón muchísimo más grande que el rabo.

LE llevé a la Coja una bandeja de dulces. Tocinitos de cielo y milhojas francesas, principalmente. Me recibió en ese salón comedor suyo, atestado de muebles de formica, sillones de escay y flores artificiales. Aún cubren los brazos del sofá dos mantelitos de ganchillo confeccionados por su madre cuando Franco era corneta, y una Virgen del Carmen lo observa todo desde el altarcito que la Yoli le ha organizado en un rincón.

Marín no estaba. Según la Yoli, se había ido a echarse algo a la plaza del Pilar. Sé que lo último no era cierto, que se había ido para no cruzarse conmigo. Pero no intenté desmentirla. Preferí ver cómo se abalanzaba sobre los dulces indefensos y beber el café que ella había preparado.

—Joder, qué vicio —dijo solo tras zamparse el tercero.

Una miga de hojaldre se había quedado en la comisura de sus labios inflamados por el bótox. Esperé a que ella misma se diera cuenta. Cuando lo hizo, se la pegó a la yema del dedo meñique y se la puso en la punta de la lengua.

Durante un rato me interrogó sobre lo que había hecho desde que salí. Entre bromas y veras, le hablé del supermercado, de la casa de mi hermano, de lo incómodo que me sentía a veces. Alzó aquellas cejas suyas, tan depiladas que parecían dibujadas a tiralíneas.

—Mi niño, tú eres bobo. Ahí no vas a tener ni intimidad ni tranquilidad. ¿Cuánto llevas ahí?

—Dos o tres semanas.

Dio un bufido.

—Fuerte subnormal. Me tenías que haber llamado desde que saliste.

—Sí, para ponerme en el cuarto de la azotea, al lado del palomar. A Marín le iba a encantar la idea.

—No, bobón. Tengo dos pisos vacíos ahora mismo ahí, en La Puntilla.

La idea no me pareció mala. Sé que los pisos de la Coja no serán precisamente de lujo, pero sus alquileres no son altos.

—Mañana mismito podemos quedar y vamos para que te lo enseñe.

Contesté que ya veríamos, que me lo pensaría. Lo que en realidad me interesaba de ella era otra cosa. Le pregunté si sabía algo de Felo. Ella chasqueó la lengua con

disgusto, cogió un tocinito de cielo y se puso a comérselo muy lentamente, para mantener la boca llena y no tener que contestarme.

—Ya no vive en La Isleta. Me dijeron que ahora tiene algo por aquí —insistí.

—¿Y a ti qué más te da? —dijo cuando ya no pudo estirar más el dulce y el silencio—. ¿Qué vas a hacer? Acabas de salir. ¿Vas a ir a darle una paliza? ¿Qué quieres, que te manden otra vez para arriba?

—Por eso no te preocupes. Lo que quiero es saber dónde localizarlo. ¿Tú sabes dónde vive?

Volvió a callarse, esta vez menos tiempo.

—No sé, mi niño. Si te digo, te engaño. Y, la verdad, si lo supiera, no sé si te lo diría.

Me puso una mano en el hombro y me miró en plan madraza.

—Yo ya sé que esa guarra se chivó de ti, pero...

—No, Yoli: no es porque se chivara. Es porque lo que dijo no era verdad —corregí.

—Bueno: se chivó o dijo mentiras, eso es lo mismo. Lo importante es que no puedes empezar a buscarte el odio ahora que acabas de salir. Tienes que portarte bien y estarte tranquilito, mi niño.

—No le voy a hacer nada, Yoli. No soy gilipollas. Me comí una ruina de veinte años. Un marrón que no era mío, pero me lo comí igual. No me apetece volver tan pronto. Pero me robaron la juventud, Yoli: los años mejores. Mírame ahora: tengo cuarenta y cinco tacos y soy una puta mierda pinchada en un palo.

—¿Tú estás seguro de que estarías vivo si no te hubieran metido en el talego?

Me quedé parado, pensando. Esa misma pregunta me la había hecho yo un montón de veces.

—Piénsalo, mi hijo: estabas enganchado. Y eras un puto demonio, cada vez peor, cada vez más cerdo y egoísta. Un perro. A veces me dabas miedo hasta a mí.

—Vale. Lo sé. Igual tienes razón. Pero eso es aparte. Lo que quiero es saber qué fue lo que pasó.

—¿Cómo «lo que pasó»? Si no lo sabes tú...

—Pues no. No lo sé.

Me miró con algo parecido a la incredulidad, como quien ve a un borracho levantarse para que el portero de un pub le dé la cuarta hostia. Soltó un bufido larguísimo, dándome por imposible.

—Alguna vez me lo he encontrado por ahí, por Las Canteras o en Las Arenas. Supongo que vive por la zona, pero no sé dónde exactamente. A ver si me entiendes, querido: Felo es basura y yo no me trato con la basura.

—Pero ¿te podrías enterar?

Le quitó las telarañas al techo con la mirada.

—Podría. Le puedo pedir a Marín que pregunte por ahí. Yo, últimamente, no hago tanta vida social. Cada vez salgo menos.

—¿Y eso?

—Me hago vieja, querido. La cadera me tiene hecha polvo. Fui al médico y me mandó a rehabilitación y a darme masajes, pero esto cada vez está peor.

Ahí empezó a desgranar un rosario de cruces que acabaron en una invocación a la Virgen del Carmen. Por supuesto, me tocó decirle que se equivocaba, que se la veía mejor que nunca, que estaba estupenda. Era mentira y ambos lo sabíamos. Cuando llegué, me esperaba muleta en mano. Está más gorda, más blanda, más gastada.

—Cuando empiezas a pintarte las uñas y a ponerte tacones, nunca se te ocurre pensar que un día vas a tener cincuenta años —concluyó con tristeza.

COMO no hay que poner todos los huevos en la misma cesta y no me fiaba demasiado de que Marín estuviera por la labor de averiguar nada para mí, fui a ver también a Nono el Batata.

Las Palmas de Gran Canaria es una de esas ciudades en las que los pobres fingen ser de clase media y los privilegiados se disfrazan de proletarios. Pasar del país de la completa miseria al de la más absoluta opulencia es solo cuestión de caminar por los barrios que pueblan sus laderas, desde los bloques de El Lasso a los caserones de Vegueta; desde las exiguas viviendas de Las Rehoyas a los apartamentos residenciales y aislados de La Minilla. Allí, a La Minilla, se había ido a vivir Nono el Batata, a ese barrio que cuando yo entré en el talego no existía. Por aquel entonces era solo barranco, pedregal y viento; ahora no, ahora es un conjunto de edificios de pisos de lujo en comunidades cerradas, con puertas y muros que protegen jardines que hasta los propietarios tienen prohibido disfrutar.

Nono siempre trabajó en la noche, en la cosa de las discotecas y los pubs, con el oído atento y los ojitos abiertos. En ese ámbito era Nono McLuhan. Si se ponía de moda la salsa, él abría una salsoteca. Si pegaba el tecno, él montaba una macrodisco. Sabía cómo se movía el negocio y sabía que ninguna moda dura más de un par de años. Él buscaba socios capitalistas, montaba el garito, lo exprimía durante un año o dos y, cuando estaba en lo más alto, vendía su parte y buscaba otro socio y otra nueva jugada antes de que la anterior empezara a hundirse. Hizo tanta pasta que pudo retirarse a tiempo y convertirse en un tipo respetable. Así pasó a ser, como rezaba en su carné, Bernardo Luján Benítez. Y éste fue el que se casó con una dominicana con el culo firme como un roca y unas tetas que desafiaban a la gravedad, y que, al dejarlo tirado, se fue para su tierra abandonándolo con el bolsillo no demasiado exprimido y dos mulatitos que ahora andan en la universidad. Nono nunca se lo tuvo en cuenta. Al fin y al cabo, él salió ganando, porque el culo de la dominicana ya no era tan firme y sus tetas ya solo desafiaban al ombligo que comenzaban a rodear. Hubiera sido peor que hubiese intentado llevarse a los pibes.

Ése es Bernardo Luján Benítez. El que fue Nono McLuhan.

Pero para mí, para Tomás y para el resto de la gente del barrio, sigue siendo Nono el Batata, un pibe que fue al colegio con nosotros, un tío simpático que luego tuvo

éxito, pero que aún va a comer cada domingo a casa de su madre en la calle Pedro Quevedo, de donde la vieja no se ha querido ir nunca. Ya no hace grandes inversiones (las cosas no están para eso), pero, cuando salí del trullo, supe por Tomás que Nono todavía mete cuchara en algunos negocios de copas, sobre todo en Guanarteme.

Nono y yo tuvimos alguna trifulca en mi mala época. Alguna vez me rompí la boca con los porteros de una discoteca suya. Alguna otra me fui sin pagar. Cosas de la noche, que todo lo lía, pero que todo se lo traga, como un agujero de negra amnesia. Ahora lo veo a veces, cuando viene al supermercado a saludar a Tomás. El trato es cordial. No es que quiera casarse conmigo, pero no me guarda rencor.

Nono tenía el suficiente mundo y la suficiente noche para entender que no quería que Tomás supiera de qué quería hablar con él, pero tampoco era tan ingenuo de arriesgarse a meter en su casa a un tipo que está en libertad condicional. Por eso, cuando le pedí que nos viéramos, entendí que quedásemos allá, en La Minilla, en una terraza del pequeño centro comercial al que los pijos del barrio pueden ir a comprar si no quieren salir de su aburrido mundo perfecto.

Gastamos un rato en bromas tontas, en contarnos cómo nos va la vida (sobre todo a él), en opinar sobre los limpios parques del barrio (sobre todo yo), hasta que mi café y su cerveza comenzaron a entibiarse. Entonces le pregunté si había sabido algo de Felo el Albacora en los últimos tiempos. No me preguntó por qué lo buscaba. Se rascó el occipucio (la única parte de su cabeza donde aún queda pelo) y miró a la placita en la que unos niños vestidos de maniquí de El Corte Inglés montaban en patinete. Parecían sacados de un telefilme del canal Cosmopolitan. Una pareja treintañera cruzó la plaza hacia el centro comercial y lo saludaron con la mano. Él correspondió al saludo. Luego me miró, redondeando su ya redonda cara con un fruncido de labios.

—Antes de contestarte, dime que no me voy a meter en un problema.

—No te vas a meter en un problema.

Los tipos como Nono confían en la palabra de tipos como yo. Y los tipos como yo siempre nos mantenemos fieles a ella. Es lo mejor que tienen ellos y lo mejor que tenemos nosotros.

—Alguna vez va por el bar que tengo en la plaza de la Música, en el Auditorio.

—Necesito saber dónde vive.

—Dame unos días.

Pensé que convenía buscar una excusa y comencé a decir:

—Tengo que hablar con él, porque...

Me atajó con la mano.

—No. No te inventes nada. Solo dime: «Quiero enterarme de dónde vive para mandarle un ramo de flores».

Dudé un instante. Insistió.

—Venga, dímelo.

—Está bien: quiero enterarme de dónde vive para mandarle flores.

—¿Ves qué fácil? Ahora ya puedo intentar enterarme de dónde vive esa rata jedionda, porque creo que le estoy haciendo un favor a él, soy completamente inocente y no tengo absolutamente nada que ver en lo que vayas a hacerle a ese hijo de la gran puta, a ese pajarón de los cojones que va por ahí buscando chiquillos para desgraciarlos.

Entendí que el favor que yo le pedía en realidad brindaba una oportunidad a Nono; le proporcionaba la posibilidad de que alguien le hiciera a Felo algo que él mismo no tenía huevos para hacer.

Puede que Felo haya intentado alguna vez algo con los pibes de Nono, o que éste le tenga, sin más, coraje. Ni lo sé ni me importa. Lo que sé es que me va a hacer el favor de localizármelo. Y que, por lo que he leído en sus ojos, lo va a hacer con mucho gusto.

L LAMÉ a mi educador para avisarle de que iba a ir al Sur. Ésas son las normas: si vas a salir de la ciudad, tienes que comunicarlo. El tipo se rio (es la primera vez que le oigo la risa) y me dijo que no era necesario avisar de eso.

—En la Península es distinto. Pero esto es una isla, Adrián. No tienes que decírmelo cada vez que salgas de la ciudad. Puedes ir al Sur, a la Aldea o a la cumbre, si quieres; siempre que no salgas de la isla, por mí no hay problema. Si tienes que ir fuera, entonces sí tienes que darme un toque. ¿Entendido?

—Entendido. Muchas gracias.

Sé por experiencia que con estos tíos (los educadores, los psicólogos, los funcionarios) hay que mostrarse educado, colaborador y amable. Eso sí, sin pasarse: conviene no hablar demasiado, no ser tú quien saque temas de conversación. Es mejor escuchar y responder a sus preguntas. Eso fue lo que hice a continuación, porque el tipo aprovechó para ahorrarse una llamada.

—Ya que estamos, cuéntame cómo te va en el trabajo con tu hermano.

—¡Ah, me va muy bien! Estoy de carnicero y charcutero. Trabajo el turno de mañana y por las tardes, a veces, echo una mano.

—Sí, pero, dime, ¿el ambiente, qué tal?

—Perfecto. Como trabajo con la familia, hay buena onda.

Guardó silencio, valorando, quizá, si valía la pena insistir en eso o no. Luego me preguntó qué tal iban las cosas en casa.

—También muy bien. Solo que estoy buscando algo para alquilar. La casa no es muy grande y me siento un poco como si fuera un piojo pegado.

—Y además, querrás un poco de intimidad. Es lo lógico, ¿no?

Podía ser una trampa, pero me pareció sincero, así que le di la razón:

—Pues es verdad. Eso también influye.

Acabó preguntándome si estaba saliendo por ahí, si había bebido, si me había drogado, si veía a los viejos amigos. Le dije la verdad, que salía mucho a callejear. Que no bebía ni me drogaba. Solo café, tabaco y cerveza sin alcohol. De los viejos amigos, ya solo me quedaba uno y sí, con ése había merendado el otro día. ¿Un amigo de la cárcel? No, un amigo de juventud. Gente honrada. ¿Y qué habíamos tomado? Café con leche y dulces. Me cuidé, claro está, de decirle que ese amigo tiene

tetas y vende polvo. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Antes de despedirse me recordó nuestra cita de la próxima semana (tengo que presentarme en su oficina del Salto del Negro cada día 15, para someterme a estos interrogatorios disfrazados de conversación y, si a él le sale del pito, orinar en un vaso). También me recordó que procurara llevar el móvil siempre encima.

Cuando colgué, tenía la sensación de volver a estar en el trullo. Aunque la libertad condicional es mucho más relajada de lo que hubiera sido el tercer grado, me toca los humildes que este tío fiscalice todo lo que hago. La primera vez que nos vimos me puso cara de póquer y me soltó el discursito de siempre: soy riguroso, pero justo; si haces lo que tienes que hacer y, sobre todo, si no haces lo que no tienes que hacer, todo irá perfectamente; el tiempo pasará volando y, cuando te des cuenta, serás libre del todo y blablablá.

El discurso parece cordial y el tío va de chachi, pero en el fondo lo que te están diciendo es que, como te echas un poco fuera del plato, ese tío tan chachi estampará su firma en un informe para el Juez de Vigilancia Penitenciaria y te buscarás el odio.

El tipo se cree poderoso (en realidad lo es, en lo que respecta a mí) y procura hacerse el enrollado (y puede que, al fin y al cabo, lo sea), pero yo sé que en cuanto meta la gamba, en cuanto le dé una excusa, se comportará como un perro y me joderá la vida.

Por tanto, procuro no meterla, no darle excusa alguna, mostrarme manso como un corderito, colaborador como un mayordomo.

FUI a Juan Grande en la Seat Trans que un día fue de mi viejo. Tomás tiene la Kangoo y, desde que Gloria se compró el Ford Fiesta, la furgona ha estado muy abandonada, así que él mismo me la ofreció.

La finca no era muy grande, apenas dos fanegadas sembradas de tomateras. Hoy solo hay tomateras muertas y dos barracones prefabricados en los que un día hubo un cuarto de aperos y una pequeña vivienda. Nadie se preocupó de venir a vaciarlo del todo, así que todavía quedaban en el segundo barracón algunos muebles y enseres: un aparador, un catre con un colchón de gomaespuma y una sábana inmunda, una mesa de libro con un par de sillas, y otra mesa, ésta de trabajo, en la que persiste la huella de un tornillo de banco. Las herramientas volaron. Seguramente, más de un vagabundo ha pasado algunas noches aquí.

De pronto, todo es presente, pero el presente está hecho de pasado. Salgo de la mísera habitación y camino hasta el centro del ángulo que forman los barracones, allá donde un día hubo un pozo que ahora no es más que un trozo de tubería inútil. Ante mí están los terrenos que nadie ha cultivado desde hace quince años, con antiguas guías hechas de caña de las cuales penden aún, aquí y allá, grandes pedazos del plástico que cubría los invernaderos.

Cuando yo era chico, toda la familia venía los fines de semana. A veces bajaban también mis tíos y mis primos, sobre todo en época de zafra, para echar una mano en la recogida del tomate. Por la tarde, en ese mismo patio, mis padres agradecían la ayuda de mis tíos con un enyesque. Se encendían barbacoas, se abrían botellas de ron, se templaban timplés y se jugaba al envite, a la ronda, al cinquillo. Tomás y yo corríamos de un lado a otro con mis primos o jugábamos en la parte de atrás, al guá, al teje o a la pelota.

Luego todo cambió. Se acabaron los juegos. O, más bien, empezaron otros juegos. En la adolescencia, entre semanas, cogí la mala costumbre de venir para acá con los colegas. Era un buen sitio para venir de marcha, a meterse de todo o a echar un polvo. Siempre que luego lo dejáramos todo más o menos ordenado, nadie se enteraba.

Este erial de ahora fue el terreno en el que mis padres se curaban del tedio de toda una semana de trabajo. Eso los mantenía vivos, en contacto con la tierra. No sé si

felices, porque, si lo pienso bien, no creo que hayan sido felices jamás. Pero este terreno, las tomateras, el jardincito que mi madre le había arrancado al desierto en la parte trasera, este patio donde el viejo ponía la mesa y jugaba a las cartas con mis tíos, les daba paz y fuerzas para trabajar como mulos el resto de la semana. Soñaban con retirarse algún día, con dejarnos la tienda a Tomás y a mí, construir una casita donde están ahora los barracones y pasar la vejez en la finca, lejos de todo.

No pudieron hacerlo. Y fue por mi culpa. Tuvieron que vender la finca al banco. Había que pagar cinco millones. Yo no tenía ese dinero y ellos tampoco. Así que los viejos tuvieron que joderse y vender la finca. Yo insistí en que no, pero mi padre se empeñó. Vino a comunicar. Fue la única vez que fue a verme a la cárcel y fue solo, vestido como para ir a un entierro. Me miró atravesado y me trató de usted. Era su manera de mostrar severidad. Todavía recuerdo lo que me dijo, casi palabra por palabra:

—Entre lo que nos dan por la finca y algo que tenemos ahorrado, podemos reunir el dinero. La tienda se la íbamos a dejar a Tomás y a usted. Ahora ya solo se la vamos a dejar a Tomás. Y cuando salga usted de aquí, se gana la vida, a poder ser trabajando, como nos la ganamos todos.

Insistí en que no vendiera la finca, en que él no tenía que pagar por algo de lo que me acusaban a mí.

—No se crea que lo hago por usted. Lo hago por esa madre a la que usted le mató el hijo. Ella no debe culpa de que yo lo hiciera a usted y de que no le diera cuatro hostias bien dadas cuando aún estaba a tiempo.

No pude responderle nada. Me limité a bajar la vista. Luego dijo:

—Pues ése es el trato: pagamos a la justicia y a usted lo sacamos del testamento. Y usted se conforma. No se crea que se quedará desamparado, porque su madre dice que quiere seguir teniéndolo de hijo y vendrá a verlo. Pero no venga luego a reclamar nada de lo que no se ha ganado. A partir de ahora, mi hijo, cada palo que aguante su vela.

Recuerdo que estuve a punto de llorar. Quizá fue ésa la primera vez que entendí el pedazo de mierda en el que me había convertido. Después de decir eso, mi padre me deseó suerte y se fue. Nunca volví a verlo. Murió seis años después, comido por el cáncer.

Las tierras todavía pertenecen al banco. Nadie las ha trabajado ni ha ocupado la vivienda, salvo quizá algún yonqui de paso. Pero desde que ampliaron la autopista esto ya no queda de paso hacia ninguna parte salvo, paradójicamente, a la nueva megaprisión que ya han terminado de construir, no lejos de aquí. Era, se me ocurrió, como si la cárcel me persiguiera. Sin embargo, pensándolo bien, el hecho de que la nueva cárcel estuviera tan cerca me resulta hasta gracioso, una broma macabra, un poco de justicia poética en este país de pedregal, tan prosaico y tan injusto.

Entonces lo decidí: sería el lugar perfecto.

Y OLI lo llama apartamento-estudio. En realidad es una pieza de cuarenta metros cuadrados, con un biombo que separa el dormitorio del cuarto de estar, un pequeño cuarto de baño donde además está la lavadora y una cocina diminuta. Pero hay un balcón con un tendedero plegable, una mesita y dos sillas de plástico. Será un buen sitio para leer.

Esta caja de fósforos está en la calle de Los Gofiones, una prolongación de la calle Sagasta, en la zona de La Puntilla. Queda cerca del Mercado del Puerto y de la playa de Las Canteras.

Como el piso es amueblado y no tengo demasiadas cosas, no he tardado en mudarme, solo lo que me demoré en buscar aparcamiento para la Trans.

No es que sea una maravilla, pero la zona está bien, no resulta caro y, lo mejor de todo, voy a vivir solo. Quizá, en el fondo, la libertad sea eso: poder dormir solo.

Ahora escribo aquí, en la terraza. Es domingo por la mañana, el día es soleado y se escucha el bullicio de las familias que pasan por la calle, camino de la playa o de los restaurantes de la avenida de Las Canteras. En el bajo del edificio hay un bar con terraza y la gente bebe cerveza y hace enyesques de queso, aceitunas o papas arrugadas. Un viejillo, en una de las mesas más alejadas, ha sacado una guitarra y está interpretando un bolero con más sentimiento que oído.

Es como si la tarde no fuera a llegar nunca, como si todo el mundo estuviera bien alimentado y vestido, como si todos fueran felices, como si la muerte no existiera.

Y yo pienso, ahora que releo mis notas, que es como si hubiera dos tipos muy distintos en mí. Uno es el que lee, el que estudió lo que pudo mientras estaba en prisión, el que dejó las drogas, el malevaje y el puterío: un individuo que intenta expresarse lo mejor posible. El otro es un changuilla de barrio, un canalla inculto y vulgar que, de pronto, aplasta al primero y lo silencia. Esos dos tipos para mí son absolutamente incontrolables: están ahí, en una disputa continua, una dialéctica constante, intentando monopolizar el discurso, pisándose la palabra.

La cuestión es que uno y otro son yo. Que cada uno de ellos habita en mí y, pese a que los necesito a los dos y cada uno adopta sus propias estrategias, ambos tienen un único y preciso objetivo: la venganza.

A veces, uno de los dos tipos, el más educado, el que lee, tiene la tentación de

renunciar a ella y olvidarse de todo, construirse una vida, ser feliz. Pero el changa despierta inmediatamente y le estruja el corazón con una mano convertida en garra. En otras ocasiones, es el changa el que siente ganas de renunciar y entonces es el tipo educado quien lo golpea con un puño de rencor infinito.

Y sí, ahí, afuera, la gente pasea y hace enyesques y canta boleros, y sería muy fácil bajar a la calle y unirse, mezclarse, ser otro más, uno sereno y equilibrado. Pero para mí es imposible, porque aquí están esos dos, el leído y el changa, negándose a olvidar, inevitables guardianes del jardín de la revancha.

UNA llamada de teléfono. La voz de Nono el Batata diciéndome una frase: «Coge algo para apuntar». Después, el nombre de una calle de Guanarteme, un número de portal.

—No me he podido enterar de cuál es el piso exacto. Pero es ahí, fijo.

Le doy las gracias.

—Échaselas al gato.

No puedo hacerlo todavía. Aún hay que preparar unas cuantas cosas si quiero que salga bien la jugada. Pero ya queda menos. Mucho menos.

ME fui a una de esas ferreterías gigantescas que hay ahora en los centros comerciales. Compré una lámpara de campingás y unas cuantas bombonas de repuesto, cadenas, candados, cáncamos, un martillo de carpintero, diez metros de soga, una bolsa de bridas de plástico y dos rollos de cinta americana de doble ancho. En la zona de útiles de jardinería encontré una pala y un pico a buen precio. También unos guantes. En la de náutica conseguí una navaja de pescador y varias argollas grandes, de acero, con pernos a juego que servirán para fijarlas al suelo de la furgoneta.

Para empezar estaba bien. Estaba revisando todo lo que había comprado cuando llamaron a la puerta. Era la vecina de al lado. Ya me la he cruzado otras veces, entrando o saliendo, a veces sola, a veces acompañada por un tipo pálido de más o menos mi edad. Ella tiene unos treinta y pico bien despachados, es alta y vistosa y, estoy seguro, a los veinticinco debía de estar buenísima, porque aún le queda algo de aquel bombón en los andares, la silueta de valquiria y la piel, algo estropeada, no obstante, por el maquillaje y el bronceado excesivos.

Supongo que lo único que quería era cuchichear, pero la excusa oficial fue pedirme un cigarrillo. Enseguida se disculpó como si se avergonzara y me contó que estaba intentando dejarlo y que si bajaba a la calle compraría un paquete y acabaría fumándoselo, y ella no quería hacer eso porque había decidido dejar de fumar, aunque le daba miedo eso que dicen de que cuando una deja de fumar tiende a engordar, pero ella confiaba en no tener problema porque tenía buena genética, como yo bien podía ver, aunque la verdad es que no era solo genética, sino que ella se cuidaba, nadaba, iba al gimnasio y tenía cuidado con la comida. Iba a seguir dándome la brasa explicándome su dieta, pero le dije que esperara un momento, cogí un cigarrillo y volví a la puerta con él. Se lo di, lo encendió y exhaló la primera calada con cara de éxtasis. Llevaba el pelo teñido de negro (ese azabache no puede ser su color), las uñas pintadas de rojo sangre y los ojos enormes escondidos tras unas lentillas de color gris azulado. Me pregunté por un momento de qué color serían realmente esos ojos y ese pelo. Pero un instante después me respondí que me la suda.

Le bastó un minuto más para darme las gracias, decirme que le había salvado la vida, que se llamaba Candi y que era muy amiga de Yoli, que, cualquier cosa que

necesitara, no tenía más que pedirla. Se quedó esperando a que le dijera mi nombre y, como permanecí en silencio, no se cortó en preguntarlo.

—Adrián.

Pensé que iba a ofrecerme la mano para estrechársela, pero me plantó un beso en la mejilla. Olía a tabaco, maquillaje, sudor y pecado. Después de darme las gracias un par de veces más, repitió que si necesitaba algo, que se lo dijera, que para eso están los vecinos.

Ahora, mientras escribo esto, la escucho canturrear *Los piconeros*. No sé si está limpiando la casa o preparando la cena, pero la oigo ahí, al otro lado de la pared, cantando eso de *Ya viene el día, ya viene, mare*, y la imagino con sus mallas negras, sus sandalias y su top de algodón, imaginando a su vez que yo la escucho y la imagino.

Dijo que si necesitaba algo que se lo dijera. Yo sé lo que necesito ahora mismo. Pero eso traería problemas. Está claro. No solo por el tío pálido que suele ir con ella (y que puede que hasta viva ahí), sino porque ese tipo de mujeres siempre los traen.

No obstante, sigue cantando, *por tu culpa culpita yo tengo negro negrito mi corazón* y yo la escucho y la imagino y vuelvo a oler ese aroma a pecado.

«**O**LVIDAR no es algo que uno haga, sino algo que sucede». Eso dice en el libro que estoy leyendo. Últimamente, me cuesta dormir pensando en esto. Buscando el sueño, pongo Radio Revival y leo.

El programa que ponen a partir de las once es una repetición del que dan por la mañana. El tipo que da paso a la música parece joven. Quizá tenga los treinta, pero no creo que llegue a mi edad. Habla del Rock como de un pasado que ya no volverá.

Casi toda la música que pone ya la escuché en su momento en discos de vinilo o en casetes grabadas.

En esa época la gente del barrio oía más a Bonney M., Bob Marley o Los Chichos. Yo prefería estas cosas: Lou Reed, Led Zeppelin, Creedence Clearwater Revival, Deep Purple o Jefferson Airplane, esa música que te ponía en marcha o que era como una nube en la que podías flotar y mearte en la cara de todo lo solemne.

Ahora están poniendo *Riders on the Storm* y yo, tras encontrarme con esa frase he dejado de leer y me he puesto a pensar y he cogido la libreta para escribir esto.

Yo paraba bastante en el Sur, en Maspalomas o en Playa del Inglés. Allí no me conocía nadie, por eso era más fácil buscarse la vida. No resultaba complicado hacerse una cartera o enrollarse con un guiri o las dos cosas. En alguna ocasión fueron parejas, pero por lo general eran tipos solos que habían venido a la isla para hacer lo que no podían hacer en su pueblo. Buscábamos algún rincón oscuro o íbamos a sus apartamentos o sus hoteles. Generalmente, yo prefería lo primero. Allí eran pajas o chapas rápidas. A veces ni eso, porque una vez a solas (bajo el hueco de una escalera o en alguna zona entre los coches aparcados) era fácil amedrentar al tipo y desplumarlo. Si se ponían chulos, se llevaban una hostia. En los apartamentos era más complicado, porque siempre había un conserje o un recepcionista que te veía la cara al entrar, así que no podías pasarte de rosca. Ahí tenía que limitarme a ser lo que suponía que era: un chaperero de a tres mil el servicio. Y, las cosas como son, también hubo gente que me apetecía.

Y sí: olvidar es algo que sucede. No logro retener las caras o los nombres de los guiris con los que me comunicaba en inglés de garrafón y que me utilizaban como yo a ellos. Solo recuerdo a uno, un alemán que hablaba español y que me contó que en Colonia tenía mujer e hijos. Del nombre no me acuerdo. Pero cuando nos liamos

(estábamos en un lateral del centro comercial, entre la fachada de un edificio y un camión aparcado), me contó eso, que estaba casado y que nadie sabía nada de cómo era en realidad, que solo era libre cuando viajaba y podía ser lo que realmente era. «Y lo que soy es un tipo sucio», concluyó. Le hice una paja apresurada mientras él me insultaba lentamente en alemán, con voz baja y ronca. Cuando su semen cayó al suelo, el tipo se agachó y pasó la mano sobre las salpicaduras del color del mercurio. Después, en cuclillas, con los pantalones por los tobillos, me miró y me mostró aquellos dedos rechonchos manchados de esperma mezclado con el polvillo del suelo. Abrió la boca, siempre sin dejar de mirarme, y empezó a aproximar la mano a sus propios labios. Se los rompí de un puñetazo. No intentó huir ni defenderse. Cayó hacia atrás y se quedó allí, en silencio, tirado boca arriba, consciente y con los ojos muy abiertos, con una sonrisa absurda pintada en la boca llena de sangre.

Lo pateé durante un buen rato. Le di en la barriga, en el pecho, en los riñones, en los huevos, en la cabeza. No soltó ni una sola palabra. Se dejó dar patadas y pisotones sin perder la sonrisa, hasta que en algún momento entendí que lo que aquel gilipollas quería era que lo mataran a hostias y me dije que ya estaba bien. Entre lo que tenía en la cartera, el reloj y la alianza, me dio para tirar durante un par de semanas.

FUE justo después de eso cuando me fui al retiro. Había oído hablar de ello a otros que también sentían haber tocado fondo y habían intentado desengancharse. Era un monasterio en Santa Brígida. Ibas allí, les pedías hospedaje y te podías quedar el tiempo suficiente para pasar el mono. Los monjes eran buena gente y, como eran tipos de buenas costumbres, algo se te acababa pegando.

Yo nunca fui religioso. Hice la primera comunión, como todo el mundo, pero, poco a poco, Dios fue resbalándome como me resbalaba casi todo lo demás. Sin embargo, siempre me quedó, como a todos los de mi quinta, algo de aquella educación católica que nos tatuó en el cerebro padrenuestros, avemarías, credos micenos y los esjustoynecesario que había que responderle al cura.

Fui a pedir hospedaje y fue allí donde me cambió la suerte, porque fue en el monasterio donde conocí a Diego.

El padre prior me lo presentó como a un antiguo amigo de la orden, que venía con frecuencia a hacer retiros espirituales. Era agradable, pulcro y resultaba atractivo. No hacía ostentación, pero se le notaba que estaba bien situado. Tenía algunos años más que yo y muchísima más cabeza. Un tipo con estudios, culto, educado. Luego, por el propio Diego, supe que él había estudiado Teología y había sido postulante allí mismo, pero que antes de alcanzar el noviciado se había salido. Los motivos, en principio, parecían difusos, pero yo se los adiviné enseguida.

Después de dejar los hábitos, Diego hizo estudios de Economía y de Marketing y, al final, de Estrategias de Comunicación. Trabajó en empresas de la Península, hasta que Willy se lo recomendó a su padre. Willy era Guillermo Acevedo Ossorio. Por tanto, el padre de Willy era Ernesto Acevedo Blay. Sí: ese mismo Ernesto Acevedo Blay. Acababa de jurar el cargo y había tenido problemas con su jefa de prensa. Eso, a Diego, que sentía nostalgia de Canarias y era afiliado al partido desde los diecinueve, le vino como ojal a botón.

La familia de Diego era de Santander, pero su viejo era militar y él se había criado aquí. Por eso conocía a Willy Acevedo. Luego estudió en Comillas y allí volvieron a coincidir. Incluso habían compartido piso. Así que Diego y el hijo del presi eran la uña y la mierda.

Cuando coincidimos en el monasterio, Diego ya trabajaba para Ernesto Acevedo

y, después de seis meses demostrándole que era un tipo competente, el presi acababa de proponerle que se convirtiera en su secretario. Precisamente por eso había pedido hospedaje. Necesitaba reflexionar antes de aceptar la oferta.

De aquel retiro Diego salió con la decisión tomada y antes de irse me anotó sus señas y su teléfono. Me ofreció su ayuda, su casa y su amistad, si de algo podían valerme. Así mismo lo dijo. Yo supe inmediatamente lo que había detrás de la oferta, pero no me importó.

Cuatro días más tarde entré en casa de Diego con una mochila, mucho respeto y la intención sincera de encarrilar mi vida. La intención duró poco. El respeto también. Calculo que hicimos la comedia del buen samaritano y el tipo que intenta reinsertarse durante más o menos una semana. Luego, un domingo por la tarde, desperté de la siesta y me encontré a Diego sentado junto a mí, con dos tazas de café que había puesto en la mesa de noche y una sonrisilla tatuada en la cara, mientras me llamaba dormilón y me decía que me despertara con tono de madraza. No me hizo falta preguntar nada. Leí en sus ojos que albergaba la esperanza de cobrarme el alquiler, pero nunca se hubiera atrevido a dar el primer paso. Simplemente, lo tomé por el cuello y lo atraje hacia mí.

DESDE que duermo en La Puntilla ya no voy al supermercado por las tardes, a menos que Tomás o Gloria me lo pidan.

Gloria sigue con sus desconfianzas, pero ya no parece temer que la golpee y le robe en cualquier momento. El otro día, incluso tuvo un detalle conmigo. Había ido a comprar ropa para Tomás y trajo unas camisetas para mí. Dijo que había sido porque estaban rebajadas y las gangas hay que aprovecharlas. En el fondo, puede que no sea tan mala gente. Quise pagárselas, pero no me aceptó el dinero.

El dinero. Tomás me habló de dinero el otro día. Me llevó al almacén y me dijo que tenía que decirme una cosa. Noté que estaba nervioso y no levantaba la vista del suelo, como si alguien lo hubiera sorprendido haciéndose una paja y tuviera que explicarse. Enseguida supe a qué venía el nerviosismo. Es verdad que el viejo me dejó fuera del testamento, pero mi madre, antes de morir, volvió a cambiarlo. Resulta que la mitad del negocio sigue a mi nombre.

—Te lo iba a decir, pero no encontraba el momento. Después quise asegurarme de que...

—De que me portaba bien —le dije.

Meneó un par de veces la cabeza.

—Algo así.

Me paré a reflexionar un momento. La mitad de todo aquello era mío. Pero, para qué coño lo quería yo.

—No estás cabreado, ¿verdad? Porque no te lo dijera.

—Me lo estás diciendo.

—Pero no te lo dije en su momento.

—Lo mejor que hiciste.

Me tomé un rato para pensar. Compartir esa propiedad iba a ser más un lastre que otra cosa. No me veía a mí mismo pagando impuestos trimestrales y un seguro de autónomos, o repasando cuentas con Gloria. No me veía así. Mucho menos si iba a hacer lo que iba a hacer.

—Vamos a hacer una cosa, Tomás: seguimos como hasta ahora y santas pascuas. El lunes a más tardar, tú y yo nos vamos al notario o al registro o donde coño haga falta y lo ponemos todo a tu nombre.

—Pero ¿tú estás flipado, Adrián?

—No, claro que no estoy flipado. Fíjate: los viejos tuvieron que vender lo de Juan Grande por mi culpa. Tú te has metido aquí veinte años, currando como un petudo. Y nunca dejaste que me faltara de nada cuando yo estaba dentro. Ni peculio ni ropa ni nada que necesitara. En cuanto te lo pedía, me lo traías.

—Coño, pues para eso somos hermanos, ¿no?

—Pues eso mismo. Lo único que te pido es que me dejes seguir currando aquí. Me pone las cosas más fáciles con los de Vigilancia Penitenciaria.

—Estaría bueno que no... Pero, en serio, lo justo es justo, la mitad de esto...

No lo dejé seguir hablando.

—Precisamente por eso: lo justo es justo. Seguimos como hasta ahora: yo hago el turno de mañana y ya está.

—Déjame por lo menos comprarte tu parte.

—Déjate ya de gilipolladas. Para empezar, no sé ni lo que tendría que pedirte.

—Yo qué sé, algo tengo ahorrado. Así tendrías un colchoncito.

Le puse una mano en el hombro. Tengo las manos grandes. La sintió pesada y amigable.

—Tomás, ¿y yo para qué quiero un colchón? Hacemos una cosa: guárdate la pasta. Si en algún momento me hace falta algo, te lo pido. ¿Te parece bien?

Me costó que aceptara, pero, al final, accedió. Sé que le quité un peso de encima, que habría pasado más de una mala noche pensando en el asunto. Antes de salir del almacén, le dije que estaba orgulloso de él. Entonces él me dijo algo que me sorprendió:

—Y yo también de ti, Adrián. Y lo tuyo sí que tiene mérito. Mírate: te saliste de la droga, estudiaste, aguantaste allí dentro como un campeón y ahora estás haciendo las cosas bien.

Me miró de una forma que pensé que se iba a echar a llorar, así que le dije que nos dejáramos de mariconadas y me volví al mostrador.

POR supuesto, era mucho mejor vivir con Diego que andar por ahí puteando y dando tranques. No me faltaba de nada. De hecho, me bastaba con decir «Quiero esto» para que él me lo pusiera en las manos. Me decía que no me preocupara todavía por encontrar trabajo; que me centrara en buscar equilibrio, que ya veríamos qué estudiar y qué hacer; que no me preocupara de nada más que de mantenerme sano.

Entre el lunes y el viernes él viajaba mucho, así que yo me pasaba las horas muertas en la casa, viendo la tele y viviendo a cuerpo de rey. Para entretenerme, planté un huerto en el patio trasero. Trabajar en él me recordaba la infancia. También intentaba leer los libros que Diego me recomendaba. Y leía los folletos de cursos y estudios de Formación Profesional que él me traía a cada momento. Si seguía limpio, podría trabajar como fontanero, como electricista, como calderero o, incluso, como auxiliar administrativo.

Pero todo eso no duró mucho. Empecé a sentirme agobiado, a coger el coche de Diego para ir a dar paseos que, irremediablemente, acabaron siendo cada vez más largos y más prolongados. Cuando me vine a dar cuenta, mi vida había vuelto a ser una farra continua, con Felo, Ginés el Cholo, Sandro y toda la demás morralla. No tardé ni un mes en fumarme una papela y todo volvió a ser como antes. La única diferencia era que no pagaba con el dinero de un guiri al que jamás volvería a ver, sino con el que le sacaba a Diego.

ROBAR una matrícula es poca cosa. No sé cuánto podría caerte por eso, pero no puede ser mucho, si no está relacionado con otro delito. Como mucho, el cargo puede ser de vandalismo.

Pero robar una matrícula estando en libertad condicional te puede cagar la vida. Por eso esperé a que fueran las dos de la mañana para ir al descampado de Cruz de Piedra donde había visto el Fiat abandonado. Debía de llevar aparcado allí por lo menos un par de meses, puede que más, a juzgar por la cantidad de mugre que cubría la carrocería y los cristales.

A esa hora, por la carretera pasaban pocos coches. El único signo de vida eran cuatro o cinco pibes y un gato. Los pibes estaban allá abajo, en el polígono, sentados en la acera y hablando. El gato estaba un par de coches más allá, debajo de un furgón, mirándome con indiferencia.

Comprobé que la matrícula era lo suficientemente antigua como para pertenecer a la Trans y me puse manos a la obra. No tardé ni cinco minutos en quitar la placa delantera. La trasera me dio algo más de trabajo, porque uno de los tornillos estaba muy oxidado, pero, en total, no tardé más de un cuarto de hora.

Mientras volvía a La Puntilla combatía el sueño repitiéndome una y otra vez, como si fuera un mantra: «Ya falta menos. Ya falta menos».

Dormí unas tres horas y media. Por la mañana, sin embargo, estaba fresco como una lechuga y hoy he trabajado a destajo. Pero ahora son las cuatro de la tarde y estoy hecho polvo. No sé si acostarme, porque puede que eso me impida dormir esta noche. Quizá lo mejor sea ponerme el bañador y bajar un rato a la playa. Sí, puede que haga eso. Me vendrá bien un chapuzón y hacer un poco la fotosíntesis en la arena.

Haga lo que haga, sin embargo, creo que voy a seguir repitiéndome lo mismo: que ya falta menos, que será ya solo dentro de tres días, el sábado por la noche.

C ANDI es de Schamann. Estuvo casada diez años y se divorció hace ya cuatro. Ahora tiene una peluquería en Las Coloradas. Le gusta ir a bailar con sus amigas a discotecas de salsa, aunque en casa prefiere escuchar discos de coplas. Todas estas confesiones me las hizo, muy a mi pesar, en la terraza de la Cafetería Albareda, donde he tomado la costumbre de tomar un café por las tardes y donde no se cortó un pelo en sentarse al verme.

No es casualidad que no hiciera mención en ningún momento al tipo pálido. De hecho, no perdió ocasión de recordarme que no está comprometida.

—Ay, vecino, como dice una amiga mía, por un cuarto kilo de chorizo, no se va una a comprar el cochino entero, ¿no te parece?

Eso lo dijo justo antes de pedir su segunda cerveza y de preguntarme si me apetecía una. Ante mi negativa (hacía calor, lo más propio era una cerveza helada), le noté cierta curiosidad.

—No bebo —me limité a decir.

—¿Nunca?

—Nunca.

Aquello la dejó todavía más extrañada. Me dije que, ciertamente, era una tía peligrosa, pero que tampoco tenía por qué ser tan antipático. En realidad, Candi es una compañía agradable, siempre que la mantenga a raya.

—Digamos que me lo bebí todo junto. Ahora solo me quedan dos vicios: el café y el tabaco.

—¿Solo?

Acompañó su pregunta con un ademán muy suave con el que se situó un mechón de pelo detrás de la oreja. El gesto era inequívoco. Ambos sabíamos a qué se refería. Preferí contestar solo con una sonrisa y un guiño. Ahora creo que me equivoqué, porque me miró de perfil, devolviéndome la sonrisa y soltando, como si no pudiera reprimir la declaración:

—Joder, cómo me molan los tíos con barba.

Estuvimos juntos un rato más. Se dedicó a preguntarme cosas sobre mí. Le conté lo que podía contarle: que había estado viviendo con mi hermano y su familia, que trabajaba con ellos, que había decidido que necesitaba mi propio espacio, que la Yoli

era una amiga de cuando era joven. Supongo que algo de lo mío le habrá contado la Yoli, pero estoy seguro de que ha sido razonablemente discreta. Al fin y al cabo, Candi es una inquilina y nadie quiere vivir pared con pared con un expresidiario.

En algún momento miró el reloj y me dijo que tenía que subir a casa: había salido desde por la mañana y lo había dejado todo manga por hombro. Se fue después de un pequeño rifirrafe, porque estaba empeñada en pagar y yo quería invitarla. Lo dejamos en que la próxima vez invitaría ella. Se marchó repitiendo que la casa estaba tiradísima.

Supe que mentía diez minutos más tarde, cuando el tipo pálido llegó desde la calle Tenerife y abrió el portal con su propia llave.

LE pedí a Tomás que me dejara usar el ordenador de su casa para buscar un apartamento en el Sur. Al final reservé en un hotel de Playa del Inglés, un Riu que acababan de reformar y que tenía ofertas.

Tomás no me preguntó, pero me ocupé de dejarle claro que me apetecía irme para el Sur el mismo sábado a mediodía y no volver hasta el domingo por la noche. Le enseñé las fotos del hotel que había en Internet y parecieron gustarle. Se lo pensó un momento y después me dijo que no tenía por qué esperar a mediodía.

—Cógete el sábado libre y así te puedes ir desde por la mañana y aprovechar.

Me negué un par de veces, pero insistió.

—Estamos a final de mes. Van a venir a comprar cuatro gatos. Píllate el día sin problema, de verdad. Llevas cuatro meses sin darte una alegría, carajo. Te lo tienes ganado.

Tenía razón. Me lo había ganado.

POR la tarde fui a Juan Grande para prepararlo todo. Fijé la silla al piso con los pernos de anclaje; puse cáncamos en la puerta y el bastidor, para pasar la cadena; dejé allí la lámpara y las herramientas, y un par de garrafas de agua, que nunca venían mal.

Ya que estaba en la finca, aproveché para fijar las anillas al suelo de la furgoneta. Al final me dieron las tantas. Son casi las doce de la noche. Llegué hace un rato y todavía no he cenado. Lo cierto es que no tengo hambre. Tampoco sueño. Siento la misma ansiedad que un pibe antes de la reválida. Pero voy a pasar este examen. Llevo tanto tiempo planeándolo que nada puede salir mal. Bueno, en realidad hay tantas cosas que pueden salir mal que prefiero no planteármelas. Si me las planteara, no movería un dedo.

No. Nada saldrá mal. Todo me ha salido mal durante cuarenta y cinco años. Ya se me han jodido suficientes cosas en la vida. Todo va a salir de puta madre. No puede ser de otra manera. Dios no puede ser tan cabrón.

EL sábado dormí hasta las nueve de la mañana. Desayuné fuerte, me di una ducha y preparé la mochila para pasar un fin de semana de paz y relax en Playa del Inglés. También preparé una bolsa de viaje, en la que metí todo lo que me hacía falta para las otras cosas que pensaba hacer y que no tenían nada que ver con el relax ni, muchísimo menos, con la paz.

Fumé un cigarrillo y tomé un último café repasando los detalles, los cabos sueltos. Cuando salí de casa acababan de dar las diez.

Quizá el hotel de Playa del Inglés no fuera una maravilla, pero a mí me lo parecía. Las zonas comunes estaban pintadas en blanco, gris y magenta, y eran diáfanas y agradables. La habitación era amplia y tenía una terraza que daba a la piscina, donde los primeros guiris ya se alternaban en las hamacas.

Pensé que, ya que estaba allí, bien podía sacarle partido, así que me puse el bañador y bajé. Me di un chapuzón y me tumbé a secarme al sol.

A la habitación solo había subido la mochila. La bolsa de viaje estaba donde debía estar, en la parte trasera de la Trans. Sobre las seis de la tarde salí del hotel por la zona de la piscina. Esto me evitó encontrarme con los recepcionistas. Luego pensé que daba igual, que no serían los mismos que por la mañana. Pero toda precaución era poca.

Me dirigí a Juan Grande. Allí supervisé que todo estuviera en orden, comprobé la firmeza de los pernos de la silla y ordené las herramientas en el pañol. Finalmente, le quité a la Trans sus placas de matrícula y le puse las del Fiat abandonado.

Cuando volví a subir a la furgoneta eran ya casi las siete y media y el sol se iba volviendo rojizo y frío.

E SCUCHABA la radio y fumaba, sentado en aquel cacharro con abolladuras y desconchados de herrumbre, estacionado en una calle desierta del barrio de Guanarteme con una matrícula que no era la suya. Fumaba y escuchaba la radio aguzando los sentidos cuando, muy de vez en vez, algún transeúnte cruzaba la calle perpendicular rumbo a la plaza del Pilar o el parque de la Música.

Lo hacía tranquilamente, ahorrándome movimientos, procurando no pensar, sin apartar la vista del zaguán al cual habría de acercarse Felo en cualquier momento. Llevaba ya un buen par de horas esperando y en algún momento llegué a pensar que Nono o yo mismo nos habíamos equivocado, así que lo llamé. Pero no, no había error: esta calle, este número. Nono decía que era allí donde Felo vivía ahora y si Nono lo decía tenía que ser así, no había otra posibilidad.

Hacía años que no veía a Felo. Veinte. Acaso veintiuno. La última vez había sido en el juicio. Quizá habría cambiado mucho, pero estaba seguro de que lo reconocería. Se habría cortado el pelo o se lo habría dejado crecer; habría adelgazado o continuaría siendo el mismo gordo grasiento e inmundo: los que no podían haber cambiado eran sus ademanes, sus andares, sus maneras de vieja loca bujarrona.

El disyóquey de Radio Revival anunció que llegaba el momento de las pastillas que te hacen crecer o te hacen menguar, no como las que te daba mamá, que no te hacen nada, mientras sonaban los primeros acordes de *White Rabbit*, de Jefferson Airplane, y, como si también estuviera escuchándola, un tipo asomó por la esquina dirigiéndose al portal casi al ritmo del bajo y la caja de la batería.

Llevaba una camisa estampada, unos shorts y chancletas y, cuando salí de la furgona y me acerqué, averigüé que el estampado de la camisa era de flores azules sobre fondo blanco, que el tipo venía de beber en alguno de los bares de la zona, que llevaba la cabeza totalmente afeitada y que, efectivamente, era Felo.

Él tardó unos metros más en reconocirme, no solamente porque iba distraído sacándose las llaves del bolsillo, sino porque yo sí que he cambiado. Le costó entender que aquel tío barbudo y corpulento era yo. Cuando lo hizo, cuando supo que sí, que era yo, parecieron cruzársele por la cabeza docenas de cosas a la vez, antes de preguntarme, fingiendo que la sorpresa era agradable:

—¿Adrián?

No tuvo tiempo de decir nada más antes de que mi frente se estrellase contra su cara, aplastándole la nariz, haciendo que un chorro de sangre manara de sus napias como de una fuente. Los manchones de color burdeos mejoraron de forma notable el estampado de su camisa.

Meterlo en la parte de atrás de la Trans no fue fácil. Le di unas cuantas hostias, hasta que por fin estuvo lo bastante dócil o lo suficientemente zumbado como para dejarse encadenar de pies y manos a las argollas que yo había fijado al suelo.

Arranqué con la sangre latiéndome en las sienes, con ganas de estar ya en Juan Grande. Pero después me dije que el camino era largo: lo último que me convenía era que me parasen en un control de la Guardia Civil. Por eso moderé la velocidad, cedí el paso, cuidé de no saltarme ni un solo semáforo mientras buscaba la circunvalación que nos conduciría a cada uno a nuestro destino: a mí, a la autopista del Sur, y a Felo, al infierno.

TARDÉ un poco en encender el campingás. La luz me descubrió el bulto que yo mismo había dejado en el suelo un momento antes.

Ahí estaba, donde yo lo quería: boca abajo, con las manos y los tobillos atados con bridas y unidas entre sí con una sogá muy corta. Le había sellado la boca con cinta americana. Bufaba, intentando respirar por entre los coágulos que se le habían formado en la nariz.

—Duele, ¿verdad? Pues dentro de un rato eso te va a parecer un jodido paraíso.

Con la navaja de pescador, corté la sogá y las piernas recuperaron la horizontal con un golpe seco.

—Sí, nos lo vamos a pasar de puta madre tú y yo.

Le quité la cinta y tiré de una punta del trapo, hecho una esponja de babas y sangre. Lo arrojé a un lado. En ese momento Felo escupía un líquido entre marrón y grisáceo que acabó formando un charquito justo delante de su cara.

—Si quieres, grita, ¿eh? Por mí no te cortes.

Ni siquiera lo intentó. Estaba intentando coger resuello. Aparte de eso, había reconocido el sitio: el barracón de la finca de Juan Grande. Más de una vez, cuando pibes, vinimos Felo y yo y otros aquí a montarnos nuestras fiestas y nadie se enteró. Así que ahora que la finca no funcionaba hace años, ahora que era propiedad del banco, que no había sabido o no había querido hacer nada con ella, ambos sabíamos que daría igual que gritase o se pusiera a tocar la batería: nadie podría oírlo; nadie, absolutamente nadie, podría salvarlo de esa rabia, de ese coraje y esa bilis que llevo alimentando desde el mismísimo día en que Diego murió. Porque sí: desde el mismo instante en que entré en la casa de Diego en Santa Brígida, desde el mismo momento en que vi su cadáver y pisé su sangre, supe que alguien intentaba hacerme una jugada. Lo que me costó algún tiempo entender fue que Felo estaba en el ajo; pero que ese chicle me lo pegarían a mí, lo supe desde el primer instante.

Mañana, por cierto, se cumplen veinticuatro años. Mañana, hará, justamente, veinticuatro años desde el momento exacto en que metí los pies en un charco de sangre y comprendí que alguien me había traicionado.

Levantarlo y sentarlo en la silla fue difícil. Tuve que emplear absolutamente todas mis fuerzas, y aun así, obligarlo a que me ayudara con las pocas que le quedaban a él.

Pero por fin logré ponerlo allí, en la vieja silla de aluminio y contrachapado.

Mientras le fijaba las piernas a las patas delanteras, su mirada recorrió las paredes, el techo de uralita y, por último, la puerta de contrachapado, tan lejana e inasible como el horizonte. Cuando uno se sabe preso, lo primero que busca es la puerta. Pero las puertas de los presos siempre están cerradas.

Guardó silencio porque supo que era el fin. Lo único que podía elegir, si yo se lo permitía, era la velocidad a la que ocurrirían las cosas.

Permanecí un rato en pie, a metro y medio de él, fumando. Acababa de hacer mucho ejercicio y, las cosas como son, había estado muy nervioso, temiendo que algo saliera mal. Pero todo había salido a pedir de boca. Lo más difícil ya estaba. Ahora quería relajarme y hacer las cosas bien.

Cuando me vio acercarme con el martillo en la mano, Felo intentó conservar la calma, poner cara de póquer, hacerse el duro. Pero no pudo evitar que las luces del miedo le iluminaran los ojos.

—Bueno, Felo. Empieza a hablar.

—¿De qué?

—¿Quién hizo lo de Diego?

—No lo sé.

Le descargué un martillazo en la rodilla derecha. Eso le arrancó un alarido, seguido de quejidos y llanto. No necesitó más explicaciones para entender que aquello podía alargarse mucho si se dedicaba a hacer preguntas innecesarias. Esperé a que dejara de llorar. En cuanto la rodilla empezó a hincharse y el dolor se adormeció, buscó una forma de comenzar a decirme lo que yo quería saber.

—No sé quién fue, Adrián, de verdad. Y, que te conste, yo no quería hacerte la putada. Cuando te empezaron a buscar y me llamaste, yo iba a decir la verdad, tío. De verdad, te lo juro: iba a decir que estuviste conmigo.

—¿Y, entonces, por qué no lo hiciste, cabrón?

—Vino a verme un tío y me amenazó.

—¿Te amenazó? ¿Con qué?

—Con meterme en el ajo a mí también.

—¿Qué tío era?

—No me dijo cómo se llamaba. Ni lo he vuelto a ver. Ya no le recuerdo ni la cara. Era un tío puretón, con pinta de madero. Pero no era madero. Me ofreció pasta. Mucha. Me dijo que podía elegir: o contaba lo que él quería que contase, o me comía el marrón contigo. Porque eso estaba claro: el marrón te lo ibas a comer sí o sí. Eso fue lo que me dijo, que esa ruina era para ti, hijo.

Le machaqué ambos pies, un hombro, la otra rodilla y un codo. Y a cada golpe insistí en que me diera más detalles sobre el tipo. Solo pudo llegar a contarme que el tipo sabía dónde vivía, porque lo había ido a buscar a su casa. Se había presentado

como si fuera policía y le había dicho que lo acompañara.

—Pero no era un madero, Adrián. A lo mejor lo había sido, pero no lo era. Eso sí, tiraba de pistola. Llevaba una cacharra, como los de las películas. Y acojonaba.

—Y, si no era madero, ¿cómo coño sabía que me iba a comer el marrón? —le pregunté. Comenzaba a creermelo aquella historia, pero había cosas que no terminaban de cuadrarme.

—Ni puta idea, pero eso fue lo que dijo.

Intenté refrescarle la memoria sobre el tipo, pero no lo conseguí. Repetía una y otra vez que hacía más de veinte años, que no podía recordar más. Luego empezó a implorar, a rogarme que me acordara de lo colegas que habíamos sido, que recordara lo bien que nos lo habíamos pasado y que él siempre había sido de ley conmigo. Eso fue lo que me sacó de quicio.

—¿De ley? ¡Los cojones!

Hice un amago de martillarle el cráneo, pero, en el último momento, pensé que lo necesitaba vivo y el golpe fue a parar nuevamente a la rodilla. Esta vez se escuchó un crujido y el martillo se hundió en la rótula al menos un par de centímetros. El alarido de Felo me sobresaltó como si no me lo esperara. Estuve a punto de soltar el martillo. Inmediatamente después perdió el conocimiento.

Dicen que la gente solo es capaz de soportar una determinada cantidad de dolor, que luego el organismo entra en shock y se defiende con la pérdida de la consciencia. Yo quería seguir con el asunto, pero el desvanecimiento no me vino mal del todo. Aproveché para descansar un poco.

Salí al patio de tierra, al aire cálido de la noche estrellada. Al este se veían las luces de un barco que bordeaba la costa. Debía de ser algún tipo de embarcación deportiva que se dirigía más al sur, a Pasito Blanco o a Mogán. Fumé un cigarrillo junto a la Trans, observando su singladura, viéndola alejarse. A mi espalda, se escuchaban los motores de los coches que pasaban por la carretera vieja, allá, a un par de kilómetros hacia el interior. Entre aquel barco y aquella carretera había solo agua, malas tierras y sed. Y dos hombres: uno que iba a morir; otro que había pasado veinte años esperando ese momento y que ahora solo sentía frustración.

Había imaginado esa noche hasta el último detalle. Lo que no había previsto era lo que, en realidad, era lo más lógico: que Felo no supiera mucho más que yo, o que el tiempo le hubiera barrido de la memoria el polvo de los detalles más importantes.

Ahora sabía que no lo había hecho ningún matao, que en el asunto había algo más, que alguien le había puesto las pilas al Albacora para que me echaran el muerto. Pero ese alguien no tenía nombre. Sí, el tipo le había dicho su nombre a Felo en un primer momento, pero el gordo no conseguía recordarlo. Y, en cualquier caso, daba igual, porque seguramente el nombre que le dio sería falso. Felo tampoco podía recordar una cara, un modelo de coche, una forma especial de vestir.

Y, sin embargo, tenía que haber algo, alguna punta de ovillo de la que tirar, porque, en caso contrario, todo esto que estaba haciendo no hubiera sido nada más que una crueldad inútil, esto es: los actos con los que yo llevaba años y más años soñando no serían más que pura maldad, mera violencia que era un fin en sí misma. Y eso me convertiría realmente en un monstruo.

AL entrar otra vez en el barracón, vi que Felo se había despertado y olí el pestazo ácido de sus meados. Alrededor de la silla había un charquito.

—Lo siento, Adri —gimió cuando me vio la cara de empute—. Perdona. No me pude aguantar. Me duele, Adrián. Me duele mucho. Por favor, Adri. Yo no sé más nada, tío. Ya te dije que no sé más.

—Volvamos al principio. ¿Cuándo fue el tipo a tu casa?

Felo hizo memoria. Lo intentó en serio. Eso se notó en que estuvo unos segundos callado, orientando hacia el techo aquel guiñapo en el que se había convertido su cara.

—Tuvo que ser el mismo día que te trincaron. Lo sé porque al día siguiente salió en el periódico. Así que tuvo que ser ese día.

Relajé mi actitud, para que entendiera que si colaboraba no lo golpearía más. Lo entendió y continuó hablando.

—Yo no estaba en mi casa. Cuando llegué, el tipo estaba en el sillón, hablando con mi madre, tan tranquilo. Era un tío educado, bien vestido. Si me preguntas ahora, no sé qué coño llevaba, pero iba bien vestido, como un vendedor de enciclopedias, y era así como muy pulcro. Tendría unos cuarenta o cuarenta y pico. Y el pelo oscuro, castaño o negro, engominado. De eso sí que me acuerdo. Parecía el Mario Conde ese.

Mario Conde marcaba la moda de los tipos con ínfulas en aquella época. Mario Conde: gente así sí que le saca partido al talego. De hecho ahora el tipo anda en la tele y se ha metido hasta en política.

De pronto, pareció recordar algo y dijo:

—Espera, espera... Hay otra cosa de la que me estoy acordando ahora: creo que tenía un ojo chungo.

—¿Cómo un ojo chungo? ¿Era tuerto?

—No. Tenía un ojo mirando a Moya. Era bizco. No sé ahora mismo si es así o lo recuerdo así. Pero, para mí, que tenía un ojo cambado, pero no me preguntes cuál.

Lo anoté mentalmente. Ése era el mejor dato de los pocos que me había dado. El Albacora prosiguió hablando. Estaba claro que había entendido que si colaboraba tal vez saliera de ésa.

—Pues eso, que el jodido bizco me dijo que lo acompañara. ¿Qué iba a hacer yo,

Adri? ¿Qué hubieras hecho tú, dime? Pues claro que me fui con él. Pero cuando nos metimos en el coche, me dijo lo que ya te conté.

—¿Qué coche era?

—No sé, Adri. Un coche grande, negro, elegante. Pero no me acuerdo ni de marca ni de modelo. Estaba yo para fijarme, que llevaba encima un par de papelas y pensé que me habían trincado con todo el percal.

—Vale, sigue.

—No hay mucho más. Me dijo que te habían trincado y que no ibas a salir de ésa. Que lo ibas a pagar muy caro y quien intentara darte una coartada, iba a comerse el marrón igual que tú. Que me convenía callarme la boca o decir que no estaba contigo cuando mataron al pobre Diego.

La rabia me puso en la boca estas ocho palabras:

—A Diego ni lo nombres, hijo de puta.

Se las escupí poniéndole el martillo delante de los ojos. Tardé unos segundos en tranquilizarme.

—Pues eso —prosiguió, con tacto para no cabrearme—, me dijo que tenía que decir que esa noche no te había visto. Que si se me ocurría decir que habías estado conmigo no solo me iba a comer el marrón yo, sino que también lo iba a pagar mi madre. Ahí me calenté, Adri, porque tú sabes que para mí mi viejita era sagrada. Le dije que ni se le ocurriera. Y que la policía no podía hacer esas cosas. Entonces me dijo que él podía hacer lo que le saliera de los cojones, que él no era policía.

Hizo una pausa. Se pasó la lengua seca por los labios no menos secos. No necesitó pedirme el agua. Cogí una de las garrafas y le eché agua en la boca hasta que se atragantó. Tosió un rato. Cuando ya volvía a respirar bien, le pregunté cuánto le habían pagado.

—Medio quilo. Me dio doscientos billetes ese mismo día. Y el resto después de que me interrogaran. Y luego, cuando fue el juicio, el tipo apareció como de la nada en la puerta del juzgado, me metió otra vez en el coche y me dio un sobre con trescientos más. Dinero de mierda.

—Coño —mostré mi sorpresa, casi divertido—, esto tiene gracia: ahora te da asco.

—Sí, claro que me da asco. Fue un dinero que me dieron por traicionarte. No estoy orgulloso de eso. Pero yo no lo hice por el dinero, Adri. Lo hice porque me tenían amenazado. A mí y a mi viejita.

—Pues con no haberlo cogido te bastaba. Pero lo cogiste. Supongo que porque pensabas que, ya que ibas a hacerme esa putada, al menos era mejor ganarte unas perras, ¿no?

Guardó silencio, aunque estoy seguro de que estuvo a punto de decir que sí.

—Tiene gracia. Me pasé veinte años pensando que me habías hecho esta putada

por proteger a algún colega o algún querido tuyo. Incluso llegué a pensar que estabas compinchado desde antes: que algún hijo de puta quería hacerse el chalé de Diego y que parte de la movida era que tú me llevaras de marcha para alejarme de allí. Por eso pensaba traerte aquí y matarte después de sacarte un nombre. Pero, si lo que me has contado es verdad, los tiros no van por ahí —en ese momento me paré en seco, me volví hacia la puerta, que había dejado abierta y giré nuevamente hasta quedar situado frente a él—. Porque, lo que me has contado es verdad, ¿no?

El Albacora vio los cielos abiertos y se lanzó a hablar rápida, ansiosamente:

—Es verdad. Es la verdad, Adri. Te lo juro. Yo nunca te habría hecho esa cabronada si no me hubieran amenazado, Adri. Te lo juro por lo más sagrado, por la tumba de mi madre, por lo que más quieras. Tenía miedo, tío. Acojonadito estaba. Y no ya por mí. Sino por lo que le pudieran hacer a mi viejita, que en gloria esté. Adri, no tendrías ni que haber hecho esto. Yo te lo hubiera contado todo sin que hiciera falta tanto... Yo... Yo lo hice por miedo, Adri.

Di un paso hacia él.

—Lo hiciste por miedo.

—Lo hice por miedo —repitió, como la respuesta que se le da al cura en la misa.

—Y por tu viejita.

—Y por mi viejita.

—Pero cogiste la pasta.

Ésas fueron las últimas palabras que escuchó Felo antes de que yo le desfondara el cráneo con el martillo.

YO creo que cuando comencé a cavar aún se movía. Pocacosa: el tembleque convulso de una pierna, desde el muslo a la punta del pie. No es seguro y yo podría estar equivocado. Pero si alguien me preguntara, diría que sí, que estaba vivo o, al menos, no del todo muerto, evidenciando con ello mi negligencia. Aunque no se me podría echar en cara: era mi primera vez.

De todos modos, pese a que no cambia demasiado los resultados, no podría jurar que se estuviera moviendo todavía en ese instante, porque estaba oscuro y cavar es muy cansado. En las películas parece fácil, pero eso es porque siempre hay una elipsis. Alguien clava la punta de una pala en el suelo y después de las primeras paletadas en una tierra que es como la mantequilla hay un fundido o una transición sobre el paisaje o sobre un primer plano de algo simbólico (la mano del cadáver, una piedra ensangrentada) y retomamos al criminal-sepulturero en el fondo de una zanja de la cual solo asoma su cabeza, echando a la superficie los últimos terrones. Sí, jadea, suda mucho y está manchado de polvo. Pero son jadeos de pega, sudor de pega, tierra de pega.

En realidad, las cosas no son nunca así, sobre todo si se trata de la tierra seca y dura de Juan Grande. Primero hay que trazar el terreno. Yo, para eso, utilicé el pico, pero puede hacerse perfectamente con la punta de la pala. Luego viene lo más duro, lo que nunca nos cuentan en las películas: machacar bien la tierra con el pico, remover piedras y deshacer terrones apelmazados con los que una pala jamás podría. Y, finalmente, extraer la tierra paletada a paletada. Puede que en el transcurso de la operación vuelvas a dar con una capa de terreno igualmente firme y tengas que coger de nuevo el pico y repetir la operación. En total, para enterrar a un adulto, se tarda al menos una hora y media o dos en cavar una fosa digna de tal nombre. Sobre todo si el tipo al que vas a enterrar es un gordo de mierda. Eso sin contar el tiempo que uno emplea en echar al fondo los restos y volver a cubrirlos, procurando que el rectángulo de tierra removida pase lo más desapercibido posible.

Por supuesto, yo podría haber elegido otras opciones: el descuartizamiento y el vertedero, sin ir más lejos. O el vientre de los mares, tumba digna donde las haya. O un pozo seco (los hay en abundancia en este país asolado por la sed). Pero tenía dos motivos para optar por el método tradicional. El primero, práctico y evidente: ocultar

el cadáver. El segundo tiene que ver con la justicia poética: si aquellas tierras ahora ya no eran de la familia, era, al menos en parte, por culpa de Felo; así que me parecía justo que fuera allí donde se lo comieran los gusanos, sin que nadie pudiera venir a llorarle.

Cuando el agujero estuvo terminado, tuve la tentación de fumar un cigarrillo, pero me llamé a mí mismo al orden. Estaban a punto de dar las cinco de la mañana. Ya descansaría más tarde. Me concedí, eso sí, unos segundos para comprobar si mis sospechas eran ciertas y examiné atentamente el cuerpo. Si antes se movía, ahora ya había dejado de hacerlo. Por lo tanto, ya no tenía importancia. En realidad, nunca la había tenido. Así pues, me limité a arrastrarlo hasta el borde, a darle un empujón y a ponerle sobre la tripa el brazo que se le había quedado estirado por encima de la cabeza. Después eché tierra sobre el asunto y, una vez estuve seguro de que había aplastado suficientemente el material removido, volví a apilar las cajas de fruta vacías, para que quedaran exactamente igual que como estaban antes, allí, detrás del barracón.

Dejé el pico y la pala en el pañol, me sacudí como pude la tierra y eché sobre el piso el contenido de una de las garrafas de agua. No limpiaron la sangre. Solo sirvieron para extender más la mancha. No quise gastar la otra garrafa. Desperdiciar agua es pecado. Eso siempre decía el viejo. Me cambié de camisa y, tras asegurarme de que todo quedaba bien cerrado, me metí en la Trans y arranqué.

En la radio daban una canción de Lou Reed, *Perfect Day*, y yo la escuché mientras a lo lejos las luces de Playa del Inglés se iban acercando. Solo entonces me permití encender un cigarrillo.

ME desperté sobre las diez. En el hotel ya se había acabado el turno del desayuno. Mejor. El bufé me recordaba al comedor del talego. Es curioso que esta gente pague para que la traten como a los reclusos. Me conformé con tomarme un café con leche y un bollo en el bar de la terraza. Luego pasé un rato en la piscina. Nadé un poco y cogí sol hasta que llegó la hora de dejar la habitación.

Llegué a casa a mediodía. Como no me apetecía cocinar, bajé a la avenida de Las Canteras y pedí algo de enyesque en una de las terrazas. Hasta ese momento no me permití pensar en lo tonto que había sido.

Para empezar, las cosas no habían ocurrido tal y como yo pensaba. No se trataba de que a Diego lo hubieran matado porque diera la casualidad de que estuviera allí cuando entraron a robar. Yo me había tirado más de veinte años pensando en ir a por un vulgar chorizo que se había asustado al encontrarse con el dueño de la casa. Y resultaba que no. Que la cosa no iba de un palo que había salido mal. Que a Diego lo habían matado premeditadamente y por algún otro motivo. Que lo que tenía que empezar a buscar ahora era un tipo trajeado. Un tipo que se peinaba como Mario Conde. Un tipo que ahora tendría unos sesenta o setenta años. Un tipo que le había aflojado más de medio quilo a Felo el Albacora para que me buscara la ruina. Y que tenía un ojo chungo.

LA semana pasada fue el cumpleaños de mi sobrina y mi hermano le regaló un ordenador nuevo. Así que yo he heredado el viejo. Es un portátil grande y muy usado, pero Yeray le formateó el disco, le metió los programas que me hacen falta y lo dejó como nuevo. Hasta que me pongan el ADSL, pirateo la wifi de algún vecino (no sé cuál). Cuando no va, me bajo a Las Canteras.

Cómo me conecte da igual. Lo importante es que he aprendido a programar una alerta en Google. Me enseñó Jenny. Puedes poner cualquier campo de búsqueda y, cuando ese campo aparece en Internet, el buscador te manda un email avisándote. Si el campo tiene más de una palabra, hay que ponerlo entre comillas, para que no te vuelvan loco.

Nada más estar a solas, introduje el nombre completo de Felo, leído en su carné de identidad, que enterré con él. «Rafael Jesús Santana Santana», escribí en la casilla. Luego puse un par de alertas más, por si acaso: «Rafael Santana Santana» y «Felo Santana Santana». Es una putada que su nombre sea tan común, porque en solo dos días han llegado un montón de alertas, pero ninguna se refiere a Felo, salvo una de 2003: la esquila de su madre.

Eso me ha recordado que quizá lo echen de menos sus hermanas. Aunque eso es mucho suponer. Puede que algún día se pregunten dónde está. Pero salvo ellas, nadie se va a preocupar de buscarlo y pensarán que ha hecho alguna faena de las suyas y que se está escondiendo. En cualquier caso, la desaparición del Albacora no parece haber causado gran daño al mundo.

A primera hora de la tarde, cuando vuelvo del trabajo, Candi suele salir para hacer unas horas. Por lo que me ha contado, ella cierra a la una y vuelve a abrir a las cuatro y media. Muchas mujeres aprovechan la hora boba de la media tarde para ir a la peluquería, sobre todo los viernes.

Cuando nos encontramos, ella se muestra siempre sonriente, de una manera un tanto forzada, intentando disimular que acaba de levantarse de la siesta, que no le apetece ir a trabajar.

En un par de ocasiones iba acompañada del rostro pálido y entonces simplemente ha sido amable y, en lugar de llamarme por mi nombre, como suele, me ha soltado un Buenas, vecino. El tipo también murmura las buenas tardes y yo correspondo, aunque siento esa mirada esquinada y suspicaz que tiene.

Sé que tienen broncas y que discuten. Alguna vez, por la noche, las discusiones estallan en gritos. Y, por lo que oigo, no me extrañaría que el tipo le cascase. Da el perfil.

En cualquier caso, no es asunto mío. Ni siquiera sé a qué carajo viene escribir sobre Candi.

CHECHE el Criminal en realidad se llama Ernesto. Nunca he sabido por qué le dicen Cheche. Lo de llamarlo Criminal, en cambio, queda bastante claro en cuanto le pones la vista encima. Ni siquiera hace falta conocer su historial o las mil y una batallitas que circulan sobre él en los barrios; basta con verle la cara de indio, el pelo rizado apelmazado en su cabezota cuadrada con la frente en forma de culo, las pintas de quinqui con los vaqueros y las camisillas que se pone siempre. Es de esos tíos que dan miedo a primera vista, con los ojos oscuros y hundidos y unos labios groseros que siempre están reseco. Encima es bajito y le sobresale el esternón. Lo que aquí llamamos ser buchudo. Y él es tan buchudo que parece que se ha tragado el caparazón de un galápago. El Criminal va para los sesenta años y se debe de haber pasado la mitad entrando y saliendo del trullo para cumplir por las causas más diversas. Ninguna de ellas podría hacerte cumplir más de tres años seguidos, pero, ya se sabe, cuando se te acumulan marrones, ya te puedes ir acostumbrando al olor a mugre.

A los tipos como Cheche no hay que darles la espalda. En cuanto lo haces, te dan un palo en la cabeza para robarte hasta los zapatos y, si les apetece, darte por el culo. Es ese tipo de elemento: un ruina de los de toda la vida, de los que saben que no hay padre ni madre ni amigo que valga la pena respetar si te quieres buscar la vida y hacerte bisnes.

Pero a mí me tiene ley, porque le salvé el culo alguna vez en el trullo y porque sabe cómo me las gasto y lo conveniente que es no cabrearme.

Fui a buscar a Cheche donde sabía que lo encontraría con toda seguridad si no andaba cumpliendo: al rastro.

Recorrí los puestos de gitanos, senegaleses y hasta indios que ofrecían la mercadería de cada domingo: relojes y transistores, ropa y bolsos, fundas para el móvil y gorras del Real Madrid. Todo falsificado, todo barato, todo listo para el regateo y para ser introducido, una vez adquirido, en bolsas de plástico sin logotipo ni garantías de higiene. Lo único que me atrajo fue el puesto de panadería y repostería en el que compré pan de huevo. Fui comiéndomelo a pellizcos, tranquilamente, mirando la mercadería, hasta llegar a un claro entre los tenderetes. Allí, rodeando el cuadrilátero que forma una especie de tarima en medio de la rambla, se distribuían los

changas desechos de tintera, vendiendo las porquerías que habían robado a sus abuelas o sacado del contenedor de la basura: portavelas, radiocasetes estropeados, cableado de todo tipo, máquinas de escribir, teléfonos viejos o payasos de falsa porcelana.

Esperando a que algún tarado se interesara por aquella quincalla, formaban en grupos de dos o tres, contándose peripecias en las que siempre resultaban ser los más listos o los que tenían más huevos, o murmurando por lo bajini la posibilidad de echar mano a la cámara de algún turista que acababa de pasar.

Cheche me vio a mí antes que yo a él. Abandonó el hueco en el que exponía una palangana llena de juguetes averiados y vino hacia mí con una sonrisota que expuso su piñata de raigones. Después del saludo, del abrazo, de los qué pasó hombre y los poraquímeando, le dije que lo invitaba a algo, que si se podía escaquear un rato. Cheche comprendió enseguida y le pidió a una yonqui cuarentona y pellejuda que le vigilara la mercancía.

Me lo llevé al quiosquillo que hay detrás del Edificio Miller. Si hubiera ido solo, no le hubieran servido. Pero iba conmigo, y yo, hoy por hoy, tengo pinta de tipo respetable, así que el camarero nos sirvió sin ningún problema: a mí un cortado, al Criminal un sol y sombra.

Meterse entre pecho y espalda un coñac con Marie Brizard a las once de la mañana ahora me parece una burrada, pero hubo un tiempo en que yo fui como Cheche, una mala bestia que no desperdiciaba una sola oportunidad de mojar el pico. Ocupamos una de las tres o cuatro mesas de acero inoxidable y nos dejamos atontar por el sol del domingo. Entonces Cheche, sin más preámbulos, me preguntó para qué lo necesitaba y yo saqué el recorte.

—¿Te acuerdas de esto, hermano?

Tardó en recordarlo unos segundos. Luego le vino a las mientes, con toda probabilidad, el momento en el que me sorprendió en el patio, leyendo el recorte y la vaga conversación que tuvimos luego.

En su momento no supe por qué guardaba aquello. Ahora tampoco lo sé. Pero lo cierto es que lo hice y que gracias a eso ahora sé el nombre del madero que me interrogó.

Otra cosa que no sé con seguridad aún es de qué puede servirme, aunque, desde que busqué el recorte y lo releí (eso fue al día siguiente de lo de Felo), no paro de repetírmelo: José María Andrade Ruiz, José María Andrade Ruiz. El nombre se repite, sin que yo lo pretenda, en mi mente, una y otra vez mientras corto embutidos, veo la tele, friego los platos o me ducho. Está ahí, reproduciéndose en bucle: José María Andrade Ruiz, José María Andrade Ruiz.

Y sí, el tipo había hecho su trabajo. Eso es lo que pensé siempre: el tipo solo hizo su trabajo. Interrogó a su sospechoso, un yonqui chaperero desgraciado y desagradecido. Había comprobado que la coartada no se sostenía. Con lo que José

María Andrade Ruiz no había contado era con que el yonqui no había sido el asesino. Así pues, lo dicho: se había limitado a hacer su trabajo.

Al menos eso había pensado yo todos aquellos años. Eso era lo que pensaba, por ejemplo, cuando aquel día, en el patio, Cheche el Criminal me dijo que él sabía quién era aquel pavo. En ese momento le dije que no se cogiera lucha, que daba igual, que el tipo no había hecho más que aquello por lo que le pagaban.

Pero ahora que el nombre de José María Andrade Ruiz me viene a la mente de forma ineluctable, incesante; ahora que sé que Felo el Albacora no me traicionó para proteger a un cómplice; ahora que sé que lo visitó un tipo que olía a madero aunque no lo fuera, mientras yo estaba en comisaría, ya no estoy tan seguro de que José María Andrade Ruiz se limitara a hacer su trabajo.

El recorte de periódico recoge la noticia de una condecoración, la medalla al mérito policial, con distintivo rojo. Eso no es lo importante. Lo importante es la foto, el nombre, la prueba de que en ese año, José María Andrade Ruiz aún continuaba destinado en Canarias. Cheche, tras mirarlo unos minutos, volvió a plegar el recorte, ya marrón y con los dobleces tatuados, y me lo alargó. Luego echó un vistazo alrededor y me preguntó si había cambiado de idea, si iba a ir a por el tío.

—No —mentí. O creo que mentí, porque no estaba del todo seguro—. La cosa no va de eso. Pero hay un colega que tiene un problema. En fin, tú dime lo que puedas y yo te agradezco el favor.

Los ojillos se le iluminaron al oír hablar de agradecimientos.

—Éste es un godo de mierda que se vino para acá jovencito, en la época de los grises, ¿sabes? Se casó con una de los Fuentes de Leza. Una tía de aquí, de pasta. ¿No te suena? —claro que me sonaba: los Fuentes de Leza, aguatenientes durante generaciones; luego intermediarios agrícolas, metidos en consignatarias de buques y en mil negocios más—. Gente rica de Santa Brígida. El Andrade es un caballero de los de misa diaria y tiene una purriada de hijos, ¿sabes? Pijos de éstos, socios del Club Náutico y del Gabinete Literario y toda esa mierda. En la época del Puerto Franco tenía acojonadas a todas las putas de la calle Andamana. Luego, cuando lo ascendieron a inspector, se le refinaron los modales, pero siguió siendo el mismo hijo de puta asqueroso de siempre. Un jediondo, ¿sabes?

Se echó de un trago lo que le quedaba de sol y sombra. Sabía que no había hecho más que empezar a largar. Así que me levanté, fui a la barra y le traje otro. No prosiguió hablando sin antes echarse un buchito de la segunda copa.

—Bueno, pues el Andrade este, lo que te dije: dio un braguetazo. Podía haber dejado hasta la policía, pero, para mí, que siguió para poder seguir abusando, porque es un sádico de los cojones, ¿sabes? Y tú lo ves al muy bastardo, y dices que es un caballero, pero en realidad es un tío mierda.

Dio un trago, para recapitular, y dijo:

—Tú sabes que yo me dediqué una época a controlar a una piba, ¿no? Digo, antes de meterme en esta mierda, cuando iba de legal, tenía a la Sonia, por allí, por Molino de Viento. ¿Te acuerdas?

Yo me acordaba de que me lo había contado. Lo había hecho cientos de veces, en interminables horas de patio, en las que recordaba su pasado de proxeneta como si se tratara de una adolescencia en West Point.

—Pues allí, el tipo, que hacía tanta redada y que tenía acojonada a toda la calle, tenía una casa controlada.

—¿Cómo controlada?

—Controlada, joder. Era suya, ¿sabes? ¿Tú te acuerdas de la Iris?

Hice memoria. La Iris tenía que ser una furcia, de eso no cabía duda. Yo nunca paré demasiado por Molino de Viento y, en todo caso, no era capaz de recordar a ninguna Iris.

—Pues no —respondí al fin.

—La Iris era una que ejercía allí, por su cuenta y riesgo. Atendía en casa de la Isadora, que en paz descanse. Pues por allí, en una redada de éstas, el Andrade conoció a la Iris y parece que se encoñó con la tía, ¿sabes?

De pronto, al Criminal se le atravesó un gargajo. Carraspeó con fuerza y, mirando a su izquierda, soltó un escupitajo tremendo. Se quedó un momento mirando, como si comprobara que el lapo había llegado todo lo lejos que quería. Luego, prosiguió como si tal cosa:

—Natural, porque la Iris en aquella época estaba cojonuda, ¿sabes? Yo, en cuanto la veía, se me ponía el soldadito firme y pidiendo guerra. Unas tetas...

—Al tema, Cheche, que se me va la mañana.

Cheche, que ya tenía las manos ahuecadas para indicar la forma y tamaño de las tetas de la Iris, se paró en seco y volvió a ponerlas sobre la mesa con disgusto.

—Está bien, cortarrollos... El godo se encoñó con la tía, pero no solo eso, sino que le puso negocio, ¿sabes? Una casa allí, en la misma Molino de Viento, más o menos haciendo esquina con Pamochamoso, ¿sabes? Y la otra se lo hacía de madam, y empezó a meter pibas allí. En esa época ya venían pibas de Colombia, pero fue cuando empezaron a venir las africanas y, ya tú sabes: salen más baratas y son más fáciles de controlar, porque las acojonas con que les estás haciendo brujerías y se cagan encima.

—Vale, el madero se trabó con la tal Iris. No será el primer pasma que retira a una puta.

—No, coño, no me entendiste bien, carajo. Lo que te estoy diciendo es que todo estaba a nombre de la Iris, pero el que recaudaba era él, ¿sabes? Todo eso lo sé porque la Sonia era muy amiga de la Iris. De hecho, la Sonia quería trabajar en la casa, pero yo no la dejé. No facturaba tanto como para dar de comer a tanta gente,

¿sabes? Pero, bueno, para no cansarte: el madero hacía de chulo. Eso duró unos cuantos años. Y el tío terminó podrido de pasta.

Me saqué la cartera y la puse sobre la mesa.

—Eso me gusta más. Sigue.

Cheche me enseñó una sonrisilla avariciosa.

—Sigo: todo fue de cojones hasta que a la Iris se le empezó a ir la mano, hizo tratos con gente aparte de Andrade. Sin que él se enterara, se juntó con un mauritano, que por lo visto la traía loca, y se dedicaron a traer pibas de allá, engañadas, ¿sabes?

—Hasta que el otro se enteró —supuse.

—Hasta que el otro se enteró —confirmó el Criminal—. ¿Y cómo se enteró? Pues porque un día la Brigadilla hizo una redada a lo bestia, aquí y en Fuerteventura, y cayeron la Iris y el mauritano y un montón de gente más que tenían currando en los garitos. Sí, porque habían abierto más garitos sin que el madero se enterara: uno en Playa del Inglés y dos en el Majorero, en Puerto del Rosario y Morroja. En total, tenían como a treinta pibas esclavizadas, viviendo en agujeros de mierda y facturando de día y de noche. ¿Tú te puedes creer? A mí me da ganas de vomitar esa basura miserienta, que se dedica a tratar así a las chiquillas, ¿sabes?

Esto lo dijo como si él mismo no hubiera vivido de prostituir a la Sonia. Aunque es cierto que quizá no fuera lo mismo, supongo que la diferencia entre una cosa y la otra es solo una cuestión de grados. En cualquier caso, las valoraciones morales de Cheche el Criminal me interesaban menos que el manual de instrucciones de un vídeo beta, así que atajé:

—Y el madero se cogió un empute.

—Empute es poco.

—¿La Iris lo amenazó con chivarse?

—Hasta ahí no llego. Pero está claro que el negocio se jodió. Ahora, yo creo que lo que de verdad le tocó los cojones al Andrade fue lo del mauritano. ¿Sabes lo que hizo el tío psicópata? Les pagó la fianza: a la Iris y al mauritano.

—¿Y eso, cómo lo sabes?

—Porque la Iris se lo dijo a Sonia. Según salió, fue a la casa con el mauritano, para recoger lo que la madera no había trincado y pirarse. Por lo visto, tenían pasta guardada no sé dónde. Se iban a ir al día siguiente, tampoco sé adónde. Y la Iris llamó a Sonia para despedirse. Pero no les dio tiempo.

—¿No se fueron? —supuse.

Cheche negó varias veces con la cabeza. Se quedó muy serio, con algo muy turbio detrás de la mirada.

—Los encontraron en la casa. A ella le cortaron el pescuezo. Él estaba ahorcado. La cosa quedó en que la había matado él y luego se había suicidado.

—Eso es lo lógico, ¿no?

—Sí, pero no. Porque todo el mundo lo sabía en el barrio. Que había sido él, ¿sabes? El Andrade.

—Pero nadie dijo nada.

—¿Quién va a denunciar a un madero?

—¿Y entonces, para qué me cuentas toda esta mierda?

El Criminal se encogió de hombros.

—Oh, yo qué sé... Para que veas que el tío es un hijoputa.

—Como si me hiciera falta que me contaras esto tú, subnormal —dije levantándome, cabreado por el tiempo que me había hecho perder con aquel chisme, que tenía la misma utilidad que una leyenda urbana y que resultaría aún menos creíble en caso de querer usarlo contra el pasma.

—A ver, Adrián, fíjate cómo es el rollo: el tío está esperando a heredar de los suegros, que tienen una pata en la tumba. Y resulta que la mujer no sabe que el muy hijo de puta tenía negocios con putas. ¿Te quedas con la movida?

Solté un bufido y volví a guardarme la cartera.

—¿Y qué, Cheche? ¿Vas a ir tú a contárselo a la Policía? ¿O a la mujer? No tienes una mierda.

—Sí que tengo.

—¿El qué?

—Que ahora sabes de lo que es capaz el cabrón ese.

Saqué la cartera por última vez. A Cheche se le hizo la boca agua al verla. Con cuidado, lentamente, extraje dos billetes de diez, los estiré bien y los puse debajo de la copa de coñac. Cuando entendió que no le daría más que esos dos billetes, levantó la copa.

A veces me despierto a las dos o las tres de la mañana, con sudores fríos y la boca seca. Normalmente no recuerdo qué estaba soñando, aunque hay ocasiones en que logro rescatar algo: bailarinas ciegas, hombres con cara de gallina, pequineses ahorcados, la convicción de que moriré mañana (aunque sé que no moriré mañana, porque eso sería demasiado fácil) o palabras encadenadas en una serie sin sentido, como «planisferio tópico civil» o «adláter simiesco adventista». Pero, por lo general, mi mente suprime enseguida todo aquello que me perturba. Supongo que ya hace años que me acostumbé a eso, a olvidar todo lo que sea capaz de producirme el suficiente terror como para paralizarme. El miedo es útil, porque te pone en guardia, pero el pánico es un cataclismo, porque te inmoviliza.

Lo que me despertó no fue una pesadilla, sino un griterío y un golpeteo intermitentes y brutales. Tardé un poco en comprender que eran Candi y el tipo quienes gritaban. Él le decía de todo menos bonita. Ella, a ratos lo insultaba, a ratos le pedía que parase. Estoy seguro de que el tío le estaba zurrando. Por cierto, se llama Blas. O ella lo llama Blas.

No sé a qué venía todo aquello, pero se estaba liando una buena.

Noté que me estaban contagiando toda aquella violencia. La agresividad te entra por los poros, como por ósmosis, poniéndote alerta y preparado para repartir hostias.

Me senté al borde de la cama, me puse las chancletas y me levanté. Me quedé parado justo antes de abrir la puerta, porque, de pronto, pensé que era muy mala idea meterme de por medio. Después de todo, podía salir muy cagado si llamaba a la puerta de al lado y el tío se me ponía chulo.

Cada palo que aguante su vela, me dije antes de volverme a la cama y encender un cigarrillo. Ahora ella lloraba y suplicaba. Él la llamaba cabrona, puta, mamona de mierda. Le decía que a él no lo engañaba, que ya sabía de qué iba, que una furcia porculera como ella no le iba a joder la vida a él.

Entonces se escuchó el zumbido del portero automático y ambos se callaron.

Salí al balcón y vi el coche de la policía local. La habría llamado algún vecino. O, a lo mejor, ella misma había tenido tiempo de hacerlo antes de que él se pusiera más violento.

El numerito duró un rato más, mientras los guindillas intentaban dominar la

situación. Oí claramente una pregunta, «¿Quiere usted interponer una denuncia?», hecha por una voz de hombre joven, burocrática, seria, que intentaba, seguramente, poner en práctica los conocimientos adquiridos en algún seminario sobre apoyo a las víctimas.

No alcancé a oír la respuesta. A esas alturas ya me había metido otra vez en la cama y empezaba a relajarme. De lo que sí me enteré fue de que el tal Blas no vive ahí. Están liados, pero no viven juntos, ya que ella insistió, en voz alta, en que él se fuera a *su casa*. La policía y Blas salieron juntos del edificio y por el balcón pude oír al policía de antes aconsejándole al tipo que se fuera y no armara más escándalo, que esperara a que las cosas se enfriasen, que era lo mejor para todos, porque si tenían que volver no haría falta que ella lo denunciara para que ellos se lo llevaran a comisaría.

Cuando se fueron, escuché a Candi trasteando al otro lado del tabique. Probablemente estaba ordenando muebles y enseres que habían volado durante la bronca. Después la oí llorar. Veinte años de cárcel dan para oír llorar a mucha gente por la noche, al otro lado de las paredes o en el catre de al lado. Pero siempre se trataba de hombres. Hacía mucho que no escuchaba el llanto de una mujer. El gemido, el hipido, el sorber de mocos de una mujer tiene algo blandamente desesperanzador que duele y te deja sin saber qué hacer.

En este caso yo sé lo que hubiera hecho. Por ejemplo, me hubiese llevado al amigo Blas de paseo hasta Juan Grande, para enseñarle la finca. O, por lo menos, le hubiese dado un buen repaso. Pero, de nuevo, pensé que eso (que me hubiera apetecido tanto) habría sido una imprudencia y, finalmente, me dormí, diciéndome a mí mismo que no pintaba nada, que nadie me había dado vela en ese entierro. Por último, me pregunté por qué pensaba tanto en todo aquello y, casi sin darme cuenta, la imagen de Candi desnuda comenzó a flotar sobre mí.

EN ocasiones hay una canción, un libro, la escena de una película o un determinado olor que me hacen acordarme de Diego. Salvo por mis salidas de tono, por aquellas veces en que se me ponía la nube delante de los ojos y montaba el pollo antes de largarme por ahí, la convivencia con Diego era buena. Y, en eso, era él quien hacía todo el esfuerzo. Le costaba mucho, por ejemplo, aguantar la eterna perorata de Willy, que no paraba de comerle la oreja para que me echara de allí como agua sucia.

Willy Acevedo, el hijo del gran hombre, el abogado pijo que jugaba al golf y llevaba una vida ejemplar de nieto de aguatenientes de los de toda la vida, experimentaba hacia mí una aversión que le resultaba difícil de dominar. Cuando venía a ver a Diego yo procuraba mantener la distancia, quedarme en la buhardilla o en el jardín de atrás o mandarme a mudar. No soportaba su desprecio diplomático, las miradas de reojo que me lanzaba mientras miraba a Diego de frente, las alusiones a la necesidad de trabajar para ganarse la vida que tienen todos los hombres que se visten por los pies.

El tipo estaba casado y tenía un crío, pero si hay algo que yo he sabido siempre es adivinar lo que le gusta a cada cual, y Willy, por hetero que aparentara ser, era más de la acera nuestra que de la suya, aunque puede que ni él mismo lo supiera. Conozco a esas bujarras católicas y derechosas, esos maricas ocultos que tienen tanto miedo de reconocer que lo que en realidad les gusta es un buen rabo. Alguna vez se lo dije a Diego. No exactamente con esas palabras, pero sí que le di a entender que lo que le pasaba a su amigo era que estaba muertito de celos. Entonces, Diego se reía, me decía que el celoso era yo, que Willy era amigo suyo desde los jesuitas y que nunca había entendido.

—Lo que pasa es que me tiene mucho aprecio y se preocupa mucho por mí —decía—. Y, ¿sabes qué? Quizá tiene razón, porque últimamente me das más disgustos que alegrías, bandido.

Esto me lo decía revolviéndome el pelo, sonriendo o buscándome la boca con la suya, más cariñoso que enfadado, pero yo no tenía más remedio que callarme, porque, tal y como ambos sabíamos, en eso tenía toda la razón. Diego se merecía algo mucho mejor que lo que yo le di, que no fueron más que disgustos y desprecios.

Cuando nos cabreábamos, yo lo llamaba bujarra de mierda, maricona, meapilas. Hubo ocasiones en las que llegué a preguntarle a gritos cuántos niños había violado en el confesionario. Eso llegaba a arrancarle lágrimas de impotencia. Ambos sabíamos que no era cierto, que algo así jamás se le habría ocurrido. Pero, precisamente por eso, yo utilizaba la pregunta como látigo para hacerle daño. Cosas de la rabia.

El recuerdo del cadáver de Diego, aquel muñeco pálido recubierto de sangre, hecho un guiñapo en el suelo de su salón, se mezcla con el del cuerpo de Diego cuando estaba vivo, aquel cuerpo delgado y lampiño, bronceado y pulcro, muy pegado al mío en algún sábado por la mañana, cuando la luz llenaba el dormitorio y nos descubría entre las sábanas. También hay una imagen de Diego en la puerta de casa, esa puerta que yo acabo de cerrar de un portazo y que él ha abierto, llamándome, diciéndome que vuelva, que tenemos que solucionarlo. Es curioso, porque esa imagen no la vi de frente, sino por el rabillo del ojo, mientras llegaba a la cancela y la franqueaba, cerrándola también de un portazo. Sí: la última vez que vi ese cuerpo con vida, fue de reojo.

Willy Acevedo no declaró en el juicio. Papaíto era lo suficientemente poderoso como para conseguir que lo dejaran fuera del asunto. Supongo que la repulsión mutua, en lugar de mitigarse, se ha ido amplificando con los años, igual que la humedad va devorando un techo hasta que éste se desploma. El techo de nuestra repulsión lleva ya tiempo descascarándose, pero aún no ha caído; la distancia lo apuntala.

DE pronto me di cuenta de que si llego a ser más bobo iría cagándome encima por la calle. No necesitaba andar por ahí preguntando. Para dar con Andrade podía seguir el mismo método que para rastrear noticias sobre Felo. Hice una búsqueda con su nombre en Internet. El señor Google me escupió unos cuantos resultados. La mayoría se referían a tíos que se llamaban igual que él. Algunos sí eran sobre Andrade, pero eran cosas muy viejas, relacionadas con alijos o con declaraciones oficiales del año del gofio. También estaba la noticia de la cual yo había conservado el recorte. Programé una alerta con el nombre completo. Luego, antes de apagar, programé otras dos: una con el apellido de su mujer, Fuentes de Leza, y, finalmente, otra con la combinación de ambos apellidos: Andrade Fuentes. Enseguida apareció un resultado, una noticia de un periódico local: EL MAR Y PATRICIA ANDRADE FUENTES. Bastante laudatoria, como hecha por encargo, la noticia anunciaba la exposición de la pintora Patricia Andrade Fuentes, titulada *El mar y la mirada* que estaban a punto de inaugurar en el Club Náutico. Había una entrevista con la pintora, una tía de unos treinta y muchos, con el pelo largo y teñido y un tufo a pija que tiraba de espaldas. La habían retratado junto a uno de sus cuadros, una marina aburrida y decorativa que cualquier estudiante hubiera podido pintar con el piloto automático puesto. En la entrevista Patricia decía sentirse influenciada por Sorolla. Pues cógeme la polla, pensé, mientras le calculaba la edad exacta y acababa abrazando la idea de que la diletante (porque no podía ser que aquella tipeja fuera artista, salvo en una acepción muy cursi del término), podía perfectamente ser hija de Andrade Ruiz. La exposición se inauguraba ese jueves, tres días más tarde. No me pareció mala idea pasarme por allí y ver qué pasaba.

Para ir a un sitio así era fundamental organizarme bien para pasar desapercibido. No llegar demasiado temprano, no llamar la atención, ir bien vestido, pero no demasiado y, sobre todo, que nadie viera mi cochambrosa Seat Trans.

TOMÁS me pagó religiosamente desde que comencé a trabajar con él. Yoli no me cobraba un alquiler demasiado alto. Gastaba algo en gasoil, en tabaco, en café, en libros, pero nunca demasiado. Así, siempre había un dinerillo con el que podía contar.

Con parte de ese dinero me fui de compras y renové el guardarropa: unos pantalones chinos, unos zapatos de color marrón, un par de camisas (estaban de oferta) y una buena chaqueta. Esto fue lo más caro, pero valía la pena, porque era una americana de sport color tabaco que podría ponerme tanto para ir elegante como con unos vaqueros de diario.

Por último, el día antes de la exposición, alquilé un coche. Como tenían una oferta, pude sacar del rentacar un bonito Opel Astra de color gris de conducción suave al que me costó acostumbrarme, porque ya estaba hecho a la brusquedad de cambios y la suspensión asnal de la furgona.

Me corté el pelo en una barbería de la calle Ripoché. Ya casi no quedan barberías en la ciudad; ahora son todo peluquerías de caballeros o unisex, pero aún existe alguna como ésa de Ripoché, esos recintos pequeños donde los viejos se reúnen a charlar entre el olor a Floi'd y a pelo recién cortado. Me hice un buen corte y, además, pedí que me arreglaran la barba. Salí de allí hecho un Geyperman.

Volví a casa y me di una buena ducha, frotando bien para sacarme el olor a carnicería. De lo que se trataba era de parecer uno de esos tipos que no han hecho un trabajo manual en su vida. Sobre las siete y media lo había conseguido y me miré al espejo con algo de orgullo: aquel tío de la americana y los pantalones planchados con raya, aquel tipo erguido que me miraba con serena virilidad, con seguridad casi burocrática desde el otro lado del cristal, era yo. O, más exactamente, era el hombre que yo hubiera podido ser si hubiera tomado la dirección adecuada. Y lo peor era que ese tipo casi me gustaba, cosa que no me ocurre con el hombre que soy normalmente.

Al salir del apartamento me crucé con Candi, que volvía del trabajo. Aún llevaba gafas de sol, pero casi le había desaparecido el moratón del ojo izquierdo. O quizá era que el maquillaje lograba disimularlo bien. En todo caso, jamás habíamos hablado sobre aquel morado, ni sobre las broncas con Blas. No era una actitud hipócrita, porque ella sabía que yo no soy sordo; solo nos limitábamos a obviar el asunto.

Nada más verme, se quedó boquiabierta y alzó las cejas.

—¡Vaya! ¡Qué guapo vas, hombre!

Le di las gracias, casi tartamudeando.

—¿Quién es la afortunada? —preguntó, con coquetería de barrio.

Por un momento no supe qué responder. Luego, seguramente colorado como un tomate, dije:

—No hay afortunada, reina. Tengo un compromiso.

—Jo, pues es una lástima, mi niño.

—¿Cómo?

—Que es una lástima que nadie vaya a disfrutar hoy de eso.

Seguí andando hacia el corredor, mientras ella metía la llave en su cerradura, y dije:

—Bueno, la noche es larga.

—Vale, pero si se te hace *demasiado* larga, cuenta conmigo, que no tengo plan —dijo, en actitud de darlo todo, antes de soltar una risita.

Me detuve y me volví un momento a mirarla. Le lamí el cuerpo con los ojos, desde los tobillos que sobresalían de sus zapatos de plataforma hasta los hombros desnudos, pasando por aquellas piernazas que mostraba la minifalda, por la camisilla ceñida a la cintura y los pechos rotundos. Ella también se había quedado quieta, con la mano en el pomo de la puerta y mostrándome un falso perfil que exhibía el poderío animal que despedía.

—Cualquier día te voy a tomar la palabra —repuse, entre bromas y veras—, y seguro que me vas a decir que era broma.

Se dio un suave mordisco en el labio inferior y luego dejó un momento la boca entreabierta, antes de decir con voz de leona sesteante:

—Prueba a ver. Igual te llevas una sorpresa.

Le guiñé un ojo y le dije hasta luego. Cuando entré en el ascensor, aún no había cerrado la puerta.

EL aparcamiento del Real Club Náutico es solo para socios. Tuve que aparcar fuera, en un lateral del edificio, en la bajada a la playa de Alcaravaneras. Acababan de dar las ocho. Podía entrar ya en el edificio, buscar el bar y tomar un café para hacer tiempo. Sin embargo, preferí fumar un cigarrillo en la avenida, mirando a la playa. Alcaravaneras es como la cara B del disco playero de la ciudad, una canción del verano que se quedó sin entrar en las listas. Cuando era chico, mi madre a veces nos traía. Aquí había menos oleaje y la playa es más pequeña; como a tantas otras madres, le parecía más segura para venir con Tomás y conmigo.

Ahora hablan de planes urbanísticos, de cargarse esta playa que es un pulmón para la gente del barrio, pese a sus aguas sucias de muelle y su arena llena de jeringuillas. Supongo que sería una putada. Pero también supongo que los políticos están ahí justamente para eso: para hacernos putadas. Que se joden los vecinos si los políticos los joden. No haberles votado.

Me colé en el Club Náutico sin ningún problema. En el vestíbulo de entrada, clavado a un caballete, estaba el cartel de la exposición, diseñado por algún aficionado. Patricia Andrade lo miraba a uno de frente desde una foto de estudio, algo más grande que la imagen de uno de los cuadros (el que había aparecido en el periódico). En la sala la presentación ya había comenzado. Unas treinta personas se agrupaban en torno a la artista y a un viejo con traje y corbata de lazo que debía de ser el presentador.

La momia enchaquetada hablaba de la segunda entrega de una carrera prometedora, de la peculiaridad de una mirada nueva y fresca sobre nuestro paisaje, sobre ese mar que, como dijo el poeta, es al mismo tiempo dogma, grillete y sendero innumerable. Eché un vistazo al cuadro que tenía más cerca: a lo mejor lo de la frescura hacía referencia a que la pintura aún estaba fresca, pero me privé de tocar el lienzo con el dedajo. De lo que sí estoy seguro es de que el viejo debía de soltar el mismo discurso en todas las exposiciones, porque aquellas marinas no tenían nada de peculiar ni la carrera de la Andrade prometía demasiado. A esto el viejo volvió a nombrar a Sorolla y yo volví a decir mentalmente que me cogiera la polla.

Después de unos aplausitos, le tocó el turno a Patricia, que agradeció emocionada la presencia de tantos amigos y prometió ser breve, antes de contar que aquella

exposición era la culminación de un largo camino de trabajo duro, hecho desde el corazón y con la inspiración que este paisaje privilegiado del que disfrutábamos en las Islas Afortunadas sembraba en su alma (sí, empleó esas palabras: Islas Afortunadas, sembrar, alma, privilegio). Pero no podía dejar de expresar su agradecimiento al Real Club Náutico, por hacer posible aquel evento, a su querido Juan Antonio (ése debía de ser la momia) y, sobre todo, a las personas que la habían apoyado a lo largo de tanto tiempo. Aquí empezó a decir nombres. Por supuesto, sus abuelos, sus hermanos, su marido y sus dos hijas. En ese momento me pregunté si iría a mencionar a la niñera, la cocinera y las criadas que seguramente se encargaban de todo mientras ella gastaba su tiempo en perpetrar aquellos horrores, pero de eso no dijo ni mu. Entonces fue cuando se le humedeció la mirada y dijo que, muy especialmente, quería dar las gracias a las dos personas sin las cuales jamás hubiera comenzado a amar el arte. Afiné los sentidos, porque me olí la tostada. Y, efectivamente, en ese instante, Patricia señaló a una pareja mayor que estaba en primera fila del corrillo, sus padres.

Tras los aplausos, el corrillo se deshizo en otros corrillos más pequeños, la gente comenzó a disfrutar del cóctel y a charlar delante de los lienzos, a fingir que los apreciaban y les gustaban, mientras las bandejas de canapés pasaban de un lado a otro, perseguidas por viejitas emperifolladas y un par de treintañeros que miraban con sorna al paisaje y al paisanaje. Ésos sí que debían de ser realmente artistas, a juzgar por su voracidad, sus chascarrillos y sus miradas de reojo a los óleos.

Pero los artistas no eran de mi negociado. Yo estaba allí por Andrade y, desde un rincón, me dediqué a observarlo. El madero había encogido. Sus movimientos eran un poco más suaves, casi leves. Su bigote era ahora entrecano, pero menos que el pelo, ralo y totalmente blanco. Ya no daba miedo. De no haber sido porque venía buscándolo precisamente a él, me hubiera resultado imposible reconocerlo. Pero era él. Debía de estar ya jubilado y habría olvidado sus años en la madera. Viviría una existencia plácida y muelle, disfrutando de sus nietos (había varios correteando aquí y allá, vestidos en la misma sección de El Corte Inglés, molestando a los camareros sin que sus padres, tíos o abuelos tuvieran la decencia de llamarles la atención) y demás dulzuras de la senectud.

Por disimular, acepté un refresco y un pisco-labis y fingí que admiraba una de las marinas. A pocos metros a mi izquierda, Andrade se había apartado de su mujer y bebía vino charlando con otros dos viejos, al parecer de confianza, y que parecían tan interesados en el arte como en la vida sexual del escarabajo pelotero.

No pude escuchar lo que decían, porque, repentinamente, por el otro lado me atacó la artista, haciendo la pregunta que ningún artista debe hacer a alguien que está observando su trabajo.

—¿Le gusta?

Lo preguntó con una sonrisa expectante. Rápidamente, me hice una idea de la situación, porque yo debía de ser el único (o uno de los pocos) que no era ni familiar ni amigo ni conocido suyo, así que la muy imbécil debió de pensar que yo había acudido realmente interesado en su, llamémosla así, obra. Con la misma, aquella diletante pensaba que yo era crítico, marchante o mero comprador de arte. De pronto se me ocurrió que me convenía alimentarle la fantasía e, incluso, que sería divertido. Hice una pausa dramática (que aproveché para acabar de zamparme el pisco), me limpié, siempre mirando al lienzo, los dedos y las comisuras de los labios con la servilleta, bebí un trago de refresco y le dije:

—Ve algo interesante, un destello de algo especial.

Después guardé silencio, sin dejar de mirar al cuadro (que representaba un atardecer visto desde, muy probablemente, alguna de las playas del norte de la isla), sabiendo que a la Patricia se le empezaba a hacer el coño pepsicola con la idea de que hubiera en ella un *destello especial*.

—Lo cierto es que esta serie tiene ya algún tiempo. Ahora estoy trabajando en otra cosa, más... más madura, creo yo —dijo—. Bueno, no sé si más madura. En todo caso, más arriesgada.

Eché un rápido vistazo en derredor. El marido de Patricia, un calvito con gafas de pasta y pinta de calzonazos acendrado, estaba hablando con su suegra, junto a la mesa del bufé.

Innecesariamente, ella se presentó.

—Claudio Román —mentí—. Encantado —me ofreció una mano blanda, que estreché suavemente, pero luego pareció cambiar de idea y dio un beso al aire junto a mi mejilla. Olía a perfume caro—. Me encantaría ver algo de lo que está preparando. ¿Trabaja usted al aire libre?

—Oh, no. Tengo un estudio. Mi familia tenía un ático en Vegueta sin utilizar y lo he organizado todo para trabajar allí. Ya entenderá, con dos niñas pequeñas, una necesita aislarse para poder tener concentración.

Asentí con una sonrisilla meliflua de experto. Me fijé en que la Patri estaba nerviosa, intrigada, halagada y hasta puede que interesada en mí. Eso lo noté en la forma en que se retiraba hacia atrás un fleco rebelde de su melena teñida de oro.

—¿Es usted crítico de arte?

Decidí sacarle partido al personaje enigmático que acababa de construirme.

—¿Tengo pinta de serlo? —repuse con una expresión cómplice, que ella me devolvió enseguida—. No, un simple amante.

Dejé que la última palabra flotara unos segundos entre ella y yo. Patricia echó una ojeada casi imperceptible a su no menos imperceptible marido y luego volvió a clavarme la mirada. Tenía los ojos de color marrón claro, casi zarcos.

Bonitos, aunque algo tristes. No obstante, en ese momento, brillaban.

Seguramente veía en mí a un potencial comprador. O quizá se aburría bastante y buscaba otra cosa. De cualquier manera, cuando me vine a dar cuenta, ella me había puesto en la mano una tarjeta de visita.

—Si en algún momento le apetece ver la serie en la que estoy trabajando, estaré encantada de mostrársela.

Eso sí que no me lo esperaba. Pero intenté reponerme y contraatacar.

—Será un placer y un honor. Aunque voy a estar poco tiempo más en Las Palmas.

—¿No vive aquí?

—No.

Se quedó esperando a que le dijera dónde. Al constatar que yo prolongaba el silencio, repitió:

—Pues cuando le apetezca, antes de marcharse, puede venir al estudio. Cualquier tarde, de lunes a viernes.

Pensé que, definitivamente, tenía que comprarme más ropa como aquélla.

Escuché a mis espaldas la voz de Andrade Ruiz, que se sorprendía ante la llegada de alguien y lo saludaba por su nombre. Era, ni más ni menos, que Ernesto Acevedo Blay, el expresidente, el presi, el gran hombre. La Patri también se percató de la llegada de Acevedo y, rápidamente, se excusó conmigo y fue a su encuentro.

El gran hombre era ahora un pobre viejo que arrastraba los pies al andar y no podía disimular su dentadura postiza, su peluquín y su comienzo de Parkinson. En medio del grupito que se formó en torno a él, se disculpó por llegar tarde y, con su vocecita de marioneta afónica, dijo algo que me inquietó: que Willy vendría enseguida, que estaba aparcando. Pensé que ya me había dejado ver lo suficiente e hice mutis sin despedirme. Y es que yo, para Andrade Ruiz no era nadie. Igual que para el presi. Pero estaba seguro de que si Willy Acevedo entraba en aquella sala, me reconocería nada más verme.

Salí de la sala de exposiciones y atravesé el corredor hacia las escaleras. Estaba a punto de comenzar a ascenderlas cuando, de pronto, en lo alto, vi la figura alta y delgada de Willy. No podía dar media vuelta ni podía quedarme allí ni, mucho menos, continuar subiendo las escaleras y cruzarme con él, porque eso hubiera sido tentar demasiado a la suerte. La solución fue sencilla y, en ese momento, me alegré de conservar aún en la mano la servilleta de papel. Pasé junto a él sonándome, con el papel desplegado cubriéndome la cara. Nadie le clava la mirada a un desconocido que se suena estruendosamente con una servilleta roja.

EL aparcamiento del club está separado del exterior por una simple verja. Desde la calle, bajo unas palmeras que hay en el parterre de enfrente, esperé pacientemente a que los asistentes a la exposición fueran retirándose. Willy Acevedo y su padre tardaron un buen rato en salir. Se fueron andando, rumbo, seguramente, a alguna plaza privada de parquin donde habrían dejado el coche. Luego salieron las viejas, los jóvenes socarrones y, paulatinamente, los hermanos y hermanas y cuñados y cuñadas de Patricia Andrade, con su tropa de críos. Finalmente, salió José Luis Andrade Ruiz, con su mujer, y se dirigieron hacia un enorme cuatro por cuatro que estaba estacionado al fondo.

Para cuando llegaron a la puerta y el vigilante les alzó la barra, yo ya estaba al volante del Astra, preparado para seguirlos sin que se dieran cuenta. Cosa fácil, porque el coche que yo llevaba era de éstos que no llaman la atención, todo lo contrario que el cuatro por cuatro de Andrade, el Chevrolet negro, enorme y reluciente, que destacaba entre el tráfico de utilitarios como un mamut en un gallinero. El madero conducía con mucha prudencia, por debajo del límite, cediendo el paso, sin saltarse ni un solo semáforo. Eso me pareció extraño: tener ese cochazo y no darle gas era como tener dos pollas y que no se te empinara ninguna. A lo mejor el tipo había bebido más de la cuenta o a su mujer no le gustaba que corriera. En cualquier caso, no hubo problemas. Andrade giró hacia el sur en la rotonda y recorrió la autopista hasta el Teatro Pérez Galdós. Allí tomó la carretera del Centro, remontó el barranco del Guiniguada hasta la carretera de la Tropical y continuó subiendo hasta llegar al camino de Los Pérez. Allí frenaron ante una enorme tapia y esperaron a que se abriera la puerta metálica. No esperé a verlos entrar. Pasé de largo, llegué hasta el final de la carretera y volví. Ahora sí, al pasar ante la tapia, aminoré. Ya habían metido el coche y la puerta automática acababa de cerrarse. La tapia era inconfundible: pintada de color teja, con muros gruesos, mucho más alta que las de las casas cercanas, disponía de al menos una cámara de vigilancia. Eso supondría un riesgo y un inconveniente en caso de que tuviera que hacer guardia por allí.

Por lo demás, prueba superada. Puse la radio y comencé a recapitular. No solo había conseguido los objetivos que me había marcado —localizar a Andrade Ruiz y seguirlo hasta su casa para averiguar dónde vivía—, sino que, además, me había

enterado de unas cuantas cosas más. Para empezar, sabía que Andrade Ruiz tenía el riñón aún mejor cubierto de lo que yo había supuesto. Imaginé, tras aquellos muros, un amplio terreno, quizá sembrado de frutales, un camino que llegaba hasta una casa antigua y grande, donde no faltaría de nada: piscina, barbacoa, jardín y hasta un pequeño huerto, para que sus propietarios se hicieran a la ilusión de que aún seguían conservando el contacto con la tierra.

Evidentemente, el madero había dado un braguetazo, pero, además de eso, me llamaban la atención sus relaciones. Porque, ¿qué hacían allí los Acevedo? Uno podría pensar que eran amigos de la familia de su mujer. Sin embargo, cuando la momia entró, se fue directa a donde estaba el poli y no hacia su mujer, a quien solo saludó después. Por tanto, había confianza entre aquellos dos.

Por último, debía pensar en aquella tarjeta de visita que tenía en el bolsillo. Si hay algo que sé hacer, es leer entre líneas y saber si alguien, hombre o mujer, está disponible para echar un polvo. Patricia Andrade estaba más que disponible. Para eso no había más que ver la cara de acelga de su marido y cómo le chispeaban a ella los ojos mientras hablaba conmigo. Tener un lío con ella podría suponer una gran ventaja para mí, porque es una verdad universal que, después de echar un polvo, a las mujeres como la Patri les gusta hablar.

Así pues, mientras conducía hacia casa, empecé a modificar mi estrategia. Salvo ese momento de peligro en el cual estuve a punto de que Willy me viera la cara, la noche había sido redonda y yo había conseguido incluso mucho más de lo que me proponía.

Esa noche, al llegar, me detuve un momento ante la puerta de Candi. Aún no eran las once de la noche. Al otro lado de la puerta, ella veía la tele. Pensé en nuestro encuentro de por la tarde, en lo fácil que me lo había puesto y en un ligero cosquilleo que había sentido en la entrepierna mientras pensaba en Patricia. Estaba a punto de tocar cuando noté que sobre el sonido del televisor se escuchaba una voz de hombre. No alcancé a entender lo que decía, pero estoy seguro de que se trataba de Blas. Hay gente que no escarmienta, pensé, sacando las llaves de mi piso.

P ODRÍA haber llamado a Patricia al día siguiente, pero preferí dejar que se cociera en su propia expectación. Tampoco me pareció oportuno telefonarla durante el fin de semana, porque el marido y las crías andarían a su alrededor. No, sería mejor llamarla el lunes.

Había pagado el alquiler del coche durante una semana y pensé que no me apetecía quedarme en casa el sábado y el domingo, así que volví a tomar una habitación en el hotel de Playa del Inglés, aquel donde había estado cuando lo de Felo. Me llevé un par de libros, el bañador y una caja de condones.

Llegué allí el sábado por la tarde y, tras pasar las últimas horas de sol en la piscina, me vestí, cené y me fui al Yumbo. Los antiguos locales de ambiente habían cambiado de nombre, de dueño o ambas cosas, pero el Yumbo, que de día era un centro comercial de zona turística cualquiera, por la noche seguía siendo el mismo pantano de vicio en el que no costaba encontrar a gente sin nombre y sin apenas rostro que pasara contigo un buen rato. No entré en los garitos más agresivos, en aquéllos que anunciaban desnudos integrales o cuartos oscuros. Tampoco me detuve en ninguno de los que ofrecían números de *drag queens*. Preferí alguno de los locales tranquilos de la planta sótano, bares con terraza y música de los ochenta donde tipos maduros y parejas de lesbianas conversaban tomando cócteles. Pedí un San Francisco y permanecí allí, en medio, esperando a que alguien me dirigiera la palabra. Aún no me lo había terminado cuando un tío alto de cabeza afeitada, que tomaba copas con otros dos en una mesa cercana, me lanzó una sonrisa. Por supuesto, se la devolví con intereses. Evidentemente, los otros dos eran pareja y el calvo andaba de cacería. Debía de tener unos cuarenta. Llevaba una camiseta de licra bien ajustada a un torso musculoso. No era exactamente guapo, pero tenía un déjame entrar en la sonrisa que me dio buena espina. Me pareció oportuno acercarme a pedirle fuego. Al fin y al cabo, nunca he tenido nada en contra de los calvos.

ES muy fácil llevarse al huerto a mujeres como Patricia Andrade Fuentes. En realidad, lo difícil es no acabar con ellas en la cama. Se pasan la vida ejerciendo de chicas modernas, sofisticadas, cultas e informadas, pero en realidad no son más que una versión contemporánea de las marujas de pasta de toda la vida y viven con tipos con quienes comparten el aburrimiento, el coñazo de los críos y un montón de relaciones sociales tan sabrosas como una hoja de lechuga. Por las tardes, mientras sus hijos juegan en algún parque que está a la vista, pero lo bastante lejano, se reúnen para tomar té o gin tonics con sus amigas, mirando con disimulo el culo de camareros a quienes nunca se follarán y charlando acerca de *Sexo en Nueva York*, el último libro de María Dueñas o el déficit de atención y la hiperactividad del hijo de alguna supuesta amiga ausente. Parecen tenerlo todo, pero en realidad son tan pobres que solo tienen dinero. Por eso son como los conejos cuando los alumbramos con los faros de un automóvil: se quedan absolutamente deslumbradas, paralizadas, sin saber qué hacer ante cualquier cosa medianamente brillante que irrumpa en sus vidas. Y por eso todas quieren hacer algo diferente que llene sus existencias desabridas y se apuntan en tromba a clases de Tai Chi, Yoga, meditación trascendental, risoterapia, programación neurolingüística o Feng Shui, cuando no optan por el arte terapéutico tradicional y se inscriben en cursos de pintura, de alfarería, de escritura creativa, de escultura o de canto. Da igual la actividad, siempre que les haga sentir que ellas son algo más que lo que en realidad han escogido ser: una vagina disfrazada de mujer que finge carecer de ella. Así que no es difícil meterse en sus camas. Basta encender una linterna y alumbrarlas de frente, de golpe y sin avisar. Excusas hay tantas como disciplinas. Mi excusa era el arte.

Para llamar a Patricia Andrade fui al locutorio telefónico que hay a un par de manzanas de mi casa. Podría haber utilizado el móvil, pero me pareció buena idea no dejar ninguna pista rastreable. Llevaba en la mano su tarjeta de visita y, en la cabeza, una buena historia, madurada a lo largo del fin de semana. Ella comenzó tuteándome, preguntando, entre bromas y veras, por qué me había ido a la francesa de la exposición. Le dije que tenía que conducir mucho y que no quería que se me hiciera tarde, que, después de todo, ella debía atender a sus invitados, a posibles compradores. Se interesó por los motivos de que tuviera que conducir tanto y

aproveché para desplegar mi batallita, que más o menos, consistía en lo siguiente: yo vivía hacía ya muchos años en Barcelona, aunque había nacido en Gran Canaria; desde mi divorcio venía un par de veces al año y me quedaba en un hotel de Playa del Inglés; en Barcelona regentaba una librería de viejo; y, por supuesto, me interesaba el arte y había ido haciéndome con una pequeña colección; adquiriendo principalmente obras de artistas emergentes, porque solían resultar económicos y representaban una inversión interesante a medio o largo plazo.

Se tragó toda la mentira. Enterita. Hasta en sus detalles más inverosímiles. Acaso porque era exactamente lo que deseaba oír: que yo era un hombre de mundo divorciado y sin hijos, que andaba de paso por la isla, que adquiriría obras de primerizos. Era una mentira completita, de diseño, confeccionada especialmente para ella, que buscaba un potencial comprador y, muy posiblemente, un potencial amante.

Nos citamos para la tarde siguiente en su estudio. Me invitaría a un té y me mostraría sus nuevos trabajos. Lo dijo de una manera que dejó claro que, si jugaba bien mis cartas, seguramente me enseñaría algo más.

SI quería meterme de lleno en todo aquello, necesitaba tiempo libre. Le pregunté a Tomás si podía tomarme algunos días de vacaciones. Me miró con curiosidad y me preguntó cuántos. Pero debió de cambiar de idea sobre la marcha, porque no me dejó responder.

—Bueno, qué cojones, desde que saliste no has parado de currar, tío. Tómate un tiempito. Un par de semanas o un mes. ¿Te vas a ir a algún lado?

—A lo mejor unos días, al Sur. Pero, en principio, lo que quiero es relajarme, leer, ordenar la cabeza.

—Pues me parece muy bien. Encima, ya has trabajado por lo menos seis meses, así que, por contrato, te puedes coger ya quince días. Pero, de todos modos, cógete los que te dé la gana.

—Gracias, tío. De todos modos, si tienen lío o te falta alguien a currar, de la isla no voy a salir. Me das un toque y listo.

—O pongo a currar a los gandules de mis hijos, que se mueven menos que Don Pimpón en una cama de velcro —rezongó—. Tú relájate, que bastante que trabajas. Lo que me preocupa es que estés bien y que no te metas en follones —esto último lo dijo con cierta suspicacia, mirándome de fijo, antes de preguntar—: No estás bebiendo, ni nada por el estilo, ¿verdad?

Cuando Tomás se pone en plan hermano mayor, me dan ganas de pellizcarle los cachetes, como a los niños chicos.

Pero ya estamos talluditos para eso. Me conformé con devolverle la mirada y sonreír:

—De eso ya tuve de sobra.

Como no se le quitaba la intriga, busqué una explicación lógica para aquella necesidad de tiempo libre.

—Tengo un rollete.

Por el rostro se le cruzó una nube de luz.

—Coño, con eso me das una alegría, ya tú ves... A ver si sientas la cabeza, carajo.

—La cabeza no creo que vaya a sentarla, pero hay que darle una alegría al cuerpo de vez en cuando, ¿no?

E STRENÉ las vacaciones volviendo a ir de compras, cuestión de renovar guardarropa aprovechando las rebajas. Como las tiendas a las que fui estaban en Las Arenas, aproveché que andaba por Guanarteme para ir a hacer una visita a la Yoli. Además, tocaba pagar el alquiler.

La Coja estaba haciendo un potaje y me ofreció un café en la cocina. Marín estaba en el cuarto de la azotea, limpiando el palomar. Por lo visto, anda nervioso con una suelta que hay dentro de poco. Entre los palomeros, en un alarde de imaginación, lo llaman Marín el Guineano. Es respetado y tiene fama de buen criador, ganada, supongo, a pulso, porque en la colombofilia el respeto es muy bonito y los elogios no se regalan. Pero no creo que estuviera tan nervioso como para no bajar a saludar. Estoy seguro de que se dio cuenta de que yo estaba allí, pero prefirió no darse por enterado. Decliné la invitación a comer que me hizo Yoli. Solo el café, pagarle y, si acaso, comentar cómo iba el mundo. El mundo iba mal, como siempre, pero se acababa justo a la puerta de aquella casa. Supongo que ésa es la ventaja de ser inmigrante, travestí, expresidiario o camello: si estás excluido del mundo, también estás excluido de sus miserias.

Pasamos media hora así, hablando de cualquier cosa (el tiempo, la prima de riesgo, el pelo teñido de Rajoy, la ropa que yo había comprado, las ofertas de Hiperdino y la subida de la gasolina), hasta que anuncié que me marchaba a casa. Entonces me clavó la mirada y preguntó a bocajarro:

—¿Qué pasó con Felo?

Le devolví la pregunta y la Coja insistió.

—¿Qué pasó con Felo? ¿Qué hiciste con él? Marín dice que no se le ha vuelto a ver por el barrio.

—No sé. Estará de vacaciones.

Yoli parecía preocupada.

—Adrián, es mucha casualidad que salgas tú del talego, me preguntes por Felo y luego él vaya y se haga humo...

—¡Y yo qué sé! Estuve preguntando por ahí, pero no llegué a dar con él. Igual se enteró de que lo andaba buscando, le dio miedo y se mandó a mudar.

—Espero que no me estés diciendo mentiras, Adrián. Porque Marín también

estuvo preguntando por ahí por él. Y como metas en un lío a Marín —y lo siguiente lo dijo arañando el aire con su zarpa de dedos larguísimos—, te saco los ojos con las uñas de las manos. ¿Me estás oyendo, hurón?

—Yoli: si hay alguien a quien no le diría una mentira es a ti. De verdad, no he llegado ni a verlo.

Cuando me fui, aún me miraba de reojo. Sé que sabía que yo mentía. Pero aquella conversación la exculparía si las cosas venían mal dadas.

EL estudio está en Vegueta, cerca de la plaza de Santo Domingo, una zona con poco tráfico, muchas familias patricias y bastantes bufetes de abogados. Ése es el barrio colombino: una zona de edificaciones criollas de antes de que existiera el criollismo donde cuatro viejas sagas de aristócratas venidos a menos o aliadas con una burguesía comercial igualmente decadente conservan los caserones que no han sido ocupados por picapleitos.

Subí dos tramos de escaleras de madera de nogal hasta llegar a la puerta donde Patricia me esperaba, vestida con una falda amplia de color rojo y una sencilla camisa de seda de un tono que creo que llaman blanco hueso, y que se transparentaba. Llevaba el pelo recogido, carmín y sombra de ojos y olía a vainilla. Me saludó con una sonrisa amplia, un beso en la mejilla y una invitación a pasar tan meliflua que se quedó flotando en el descansillo como una nube de sándalo.

El estudio era en realidad una vivienda con suelos de parqué de madera, techos altos y grandes ventanales, en la que flotaba un denso y no del todo desagradable efluvio a trementina. El recibidor daba a una estancia donde había un sofá y una mesita. Más allá, comunicaba con una cocina y un pequeño cuarto de baño. No había dormitorio, pero el sofá se convertía en una cama, en caso necesario, tal y como Patricia sugirió de pasada. La habitación principal, la que en su momento debió de ser el *hall*, era la que albergaba realmente el taller.

En el centro un caballete mostraba un lienzo que estaba a medias y que había sido colocado de forma estratégica para que yo lo viera nada más entrar. Cuando estuviera acabado, representaría la silueta de una mujer desnuda, tumbada sobre un canapé, dando la espalda al espectador. Absurdamente, el canapé se encontraba situado en una playa de arena rubia y toda la parte superior del cuadro estaba ocupada por el mar.

Los óleos apilados contra la pared cercana, y que Patricia procedió a mostrarme, eran similares: desnudos masculinos y femeninos, individuales o colectivos, localizados en camas, canapés y sofás que alguien había plantado en la playa. Llamaba la atención que la diletante se las hubiera arreglado para que no aparecieran nunca los genitales de sus personajes: ni un atisbo de chichi, ni una sombra de pene, ni un pelo de coño; todo escorzos de caderas, hombros, piernas y nalgas, atributos de

una perfección que los situaba en el reino de lo irreal.

Me explicó que esa serie era un paso más, que representar a la naturaleza no le resultaba suficiente, que quería buscar algo que ella denominaba *la magia de los cuerpos*, que Dalí y Juan Ismael la inspiraban. Pensé que Dalí o Juan Ismael, de haber podido estar en mi lugar, después de ver aquellos horrores, se la hubieran puesto en el regazo y le hubieran dado una buena azotaina en su glorioso culo.

Sin embargo, fingí, porque era lo que me tocaba, que los cuadros me interesaban. Aparté uno de ellos, lo situé de forma que pudiera verse desde la entrada al estudio y le dije que quería familiarizarme con él, *dejar que me hablara*. La muy lela se lo creyó y permaneció junto a mí mientras yo me quedaba allí, parado a unos metros de la pintura, mirándola durante minutos y minutos eternos. Esperé a que fuera ella quien rompiera el hielo y me ofreciera un té en el recibidor. Le dije que encantado.

Cuando volvió con la bandeja del té, se quedó extasiada al ver que yo había apoyado el cuadro contra la pared que había frente al sofá y que continuaba mirándolo. Era un óleo sobre lienzo que representaba a una pareja que se daba la mano frente a un mar de tonos azules que iban desde el celeste al azul índigo. Los cuerpos, claro está, eran esculturales, sin una sola arruga ni indicio de grasa, celulitis o estrías y el color de su piel era acaso lo menos conseguido del cuadro, porque se trataba de un beige que se oscurecía progresivamente hasta llegar al anaranjado en los contornos de las siluetas. El cielo era de un colorado tan chillón que me daban ganas de arrancarle el hígado a alguien a dentelladas. En general, el puto cuadro me hería los ojos, pero conseguí disimularlo.

Patricia se sentó a mi lado, sirvió el té —un té negro que apestaba a canela y cardamomo— y me pidió que le contara algo más acerca de mí. Le conté poquito, pero entre lo que le conté había un dato que me venía muy bien: que solo estaría en Las Palmas hasta el lunes siguiente. Luego le devolví la pregunta y ella peroró durante un buen rato acerca de estudios de Historia del Arte que no concluyó, de sus dos hijas, que eran su pasión sobre todas las cosas, de algunas temporadas pasadas en Londres cuando era soltera, ciudad a la que volvía siempre que podía, porque era, también, una de sus pasiones.

Me pregunté si entre tanta pasión por sus hijas, por el arte, por *la magia de los cuerpos* y por Londres, quedaría un poco de pasión para su marido. No lo había mencionado ni una sola vez. Cuando le tiré de la lengua, contó que él era arquitecto para un ayuntamiento (no dijo cuál) y que solía estar muy ocupado. Además, casi veinte años de matrimonio desgastan bastante, aunque les iba bien, a su manera. Como ella estaba llevando las cosas directamente al terreno que ambos sabíamos que acabaríamos pisando, y como ya eran casi las seis de la tarde, esperé a que explorara solo un par de lugares comunes más y, sin previo aviso, me puse en pie fingiendo admirar el cuadro.

—¿Qué? ¿Ya te habla? —la escuché decir desde su sitio en el sofá, con algo de burla en el tono.

Ésa era la mía. Me volví con aire interesante y me aproximé adónde ella estaba, asintiendo.

—¿Y qué te dice? —preguntó con una voz suave como un descorrerse de edredones.

Me senté a su lado, con una rodilla doblada debajo de mí y el brazo apoyado en el respaldo, muy cerca de ella.

—Me dice que tienes muchas cosas que decir, pero que no tienes a quién contárselas.

Lo demás fue pan comido. Susurrarle unas cuantas chorradas más y dejar que se impusieran un par de silencios mientras me acercaba a ella, oler el aire dulzón que había cerca de su cuello y buscarle los ojos y el aliento, echar hacia atrás la cabeza a su primera tentativa y luego comenzar a olisquearla de nuevo hasta que ya no pudo más y se abrió como se abren las jareas.

Le gusta follar fuerte, que le digan porquerías, que le den alguna cachetada suave y la trinquen por el cuello, pero, al mismo tiempo, me advirtió que no debía dejarle marcas, lo cual me confirmó en mis sospechas de que no era la primera vez que le ponía los tarros al marido. Demasiado atenta a los detalles, demasiado lanzada, demasiado calculadora para una primera vez.

Una hora más tarde ella reposaba boca abajo en el sofá, desnuda. El olor de la vainilla y la trementina se habían mezclado ya con el de mi semen y su sexo. Fui a la cocina, bebí un vaso de agua y volví. No me tumbé: me arrodillé en el suelo y me dediqué a acariciarle con dos dedos la espalda sudorosa arrancándole algunos suspiros.

—¿No me lo vas a preguntar? —dijo.

—¿El qué?

—Si ha estado bien, Claudio. Todos los hombres preguntan lo mismo.

—No me hace falta.

Eso provocó que se incorporara haciéndose la escandalizada y me propinara un falso bofetón.

—¡Serás bobo y creído!

Después se rio, cogió de la mesa el paquete de cigarrillos, me dio uno, tomó otro, encendió ambos y se sentó. Me quedé allí, con la cabeza cerca de su rodilla, entreviendo su coño rosado, afeitado, seguramente para la ocasión.

—Desde que te vi en la exposición supe que serías así —le dije.

—¿Cómo?

Por la cabeza se me pasaron varias palabras, como guarrilla, ramera aficionada o puta de garrafón, pero finalmente elegí una que la halagara.

—Desinhibida. Eso me gusta: probablemente, el único espacio de libertad que nos queda es éste.

Asintió, exhalando una larga bocanada.

—Pero tú no puedes disimular que eres un animal sexual, chiquilla. Aunque en la sociedad seas una auténtica dama.

—La mujer perfecta: una dama en la sociedad y una puta en la cama —bromeó—. ¿Quién lo dijo? ¿Henry Miller?

—Me da igual, pero es una verdad como un puño. —Le di algunos besos sueltos en la rodilla. Cambié de postura y, como si sintiera curiosidad, le pregunté—: Oye, el otro día estaban tus padres allí, ¿verdad?

—Sí. No se lo hubieran perdido por nada del mundo. La verdad es que mi madre es la que más me ha animado. Esta casa es suya. Y mi padre también me ayuda mucho. Se encarga de negociar las ventas. Es una especie de marchante aficionado.

—Y al señor que vino justo antes de irme yo, lo conozco de algo, pero no sé de qué.

—¿Neto? ¿Cómo no lo vas a conocer, hombre? Ernesto Acevedo Blay. Fue presidente, en los ochenta. ¿No te acuerdas?

—Ah, claro. Acevedo. Ya decía yo.

—Mi madre y él son familia. Bueno, familia lejana: los Fuentes de Leza están emparentados con los Ossorio. La mujer de Neto, Fina, que en paz descanse, era Ossorio de primer apellido.

La verdad es que me la sudaba el árbol familiar de los Fuentes de Leza, de los Ossorio y de la madre que los parió a todos. Lo que me importaba era la relación que había entre el madero y el presi.

—Se lleva muy bien con tu padre, ¿no? Vamos, le hizo un recibimiento, que...

—Ah, sí, son muy amigos, desde siempre. Desde mucho antes de que se metiera en política, cuando Neto se dedicaba al Derecho. Fue un gran abogado, ese hombre, por lo que mis padres han dicho siempre: un fuera de serie. Pues desde esa época eran amigos, cuando papá vino destinado aquí. De hecho, él los presentó.

—¿A quiénes?

—A mis padres. Fue Neto quien los presentó.

A lo largo de la conversación mis manos habían ido abriendo suavemente sus piernas, acariciando las caras interiores de sus muslos. Ella, al mismo tiempo, había ido arrimando el culo al borde del asiento. Ahora estaba despatarrada, con las plantas de los pies apoyadas en el filo de la mesita y mi cara muy cerca de su entrepierna. Le quité el cigarrillo y, como había hecho con el mío, lo dejé en el cenicero. Luego continué olisqueándole el sexo; aquel tufillo evocaba al mar bastante mejor que sus cuadros de mierda.

—Oye —me dijo—, la verdad es que me corta un poco el rollo hablar de mis

padres mientras haces eso.

—Entonces, mejor dejamos de hablar de tus padres.

Lo dije sinceramente. Ya tenía lo que quería. Hacía más de veinticinco años que no me comía un coño. Y el de Patricia es un coño de primera división. Así que me dejé de interrogatorios y zambullí mi cara en aquella almeja que me llamaba como una sirena y que se había abierto y humedecido al contacto con mi aliento. Sabía que después la Patri sería buena chica y me devolvería el favor.

VOLVÍ a casa poco después de anochecer. Ya había obtenido todo lo que había ido a buscar allí y Patricia tenía que ir a recoger a las niñas, que estaban en clases de vete tú a saber qué. Para asegurarme de que volvíamos a tener contacto, salí de allí con su número de cuenta corriente para ingresarle una paga y señal por el cuadro. El adefesio valía seiscientos. Yo le ingresaría cien. Ella insistió en regalármelo en ese mismo momento, pero le dije que no, que ciertas cosas no debían mezclarse y que me quedaría más tranquilo si hacíamos las cosas como había que hacerlas.

Nada más llegar, me di una ducha tibia, me preparé una buena tortilla de papas y comencé a comérmela, viendo un programa de telerrealidad. Quería cenar temprano y meterme en la cama. Por un lado, había tenido más sexo en cuatro días que en los últimos seis meses. Por otro, quería madrugar para comenzar a seguir a Andrade. Mientras veía cómo unos polis yanquis vestidos con trajes baratos y corbatas imposibles investigaban el asesinato de un camello negro a manos de otros camellos negros, comencé a hacer cábalas sobre la relación entre Andrade, Ernesto Acevedo y lo que podía haber ocurrido hacía veinticinco años. Me faltaba, sin embargo, un eslabón que los relacionara con el famoso bizco, de quien no sabía ni el nombre. Y yo quería asegurarme de que no me equivocaba.

Debió de ser más o menos entonces (en ese momento en que pensaba en que debía asegurarme antes de hacer nada), cuando llamaron a la puerta. Estaba en pantalones cortos y sandalias. Me puse una camiseta antes de ir a abrir, creyendo que era Candi. Pero me equivocaba.

Eran dos y parecían salidos del programa que estaba viendo, solo que no eran yanquis, no llevaban corbata y su ropa era aún más barata. Uno de ellos no llegaba a los treinta. Era musculoso, pero algo pálido, con uno de esos rostros de barbilla cuadrada, bien dibujado, que lucía un afeitado perfecto, bajo un casquete de pelo negro y rizado que me recordó al pelo de un clic de Playmobil. Iba en vaqueros y camiseta, sobre la cual llevaba una camisa abierta y con los faldones colgando, a la hawaiana. El otro tendría mi edad y no era tan fornido. Su ropa era algo más formal: pantalones chinos de color negro, un polo de color verde oscuro, bajo una chaqueta de sport de color canela. Tenía la mirada de los perros viejos y, evidentemente, el pelo

que le faltaba lo había perdido pateando la calle. Se llamaba Alonso (no sé si era su nombre o su apellido). Del nombre del otro ni me acuerdo. Después de que me preguntaran si yo era Adrián Miranda Gil, casi no hizo falta que se identificasen, porque apestaban a madero. Conozco bien a los monos. En el fondo, si les facilitas el trabajo y pareces colaborador, te los quitas de encima rápidamente. Por eso los invité a entrar antes de que me lo pidieran. Dieron las gracias, muy educaditos, y pasaron al cuarto de estar, echando rápidos vistazos a su alrededor. Sé que les sorprendió que aquello estuviera limpio, que les llamó la atención el bolso de viaje, en un rincón. Empecé a preguntarme si estaban investigando la desaparición de Felo, si sospechaban de mí, si Nono el Batata se había ido de la lengua. Hasta llegué a pensar que Marín o la propia Yoli me habían hecho una jugada. Eso era inconcebible, pero cuando dos maderos se presentan en tu casa a las nueve de la noche, eres capaz de pensar cualquier cosa.

Les ofrecí el sofá y ambos tomaron asiento, uno junto al otro. Yo utilicé una silla, que situé enfrente.

—Ustedes me tendrán que disculpar el desorden. Estaba cenando.

—Oh, no lo vamos a entretener mucho —dijo Alonso, que era, evidentemente, el que llevaba la voz cantante. Hasta ese momento, no me había fijado en que llevaba una pequeña carpeta. Ahora la abrió sobre la mesa, junto a la tortilla, que se iba enfriando en tanto él fingía ser cortés—. Solo queremos comprobar una cosita.

—¿Les apetece algo? ¿Un café? ¿Un refresco?

—No se moleste, gracias.

—No es ninguna molestia. Enseguida...

Hice ademán de levantarme, pero el más joven me cortó con la mirada, un gesto de la mano y un «no» que sonó a insulto. Me quedé quieto, intentando mantener la calma mientras Alonso consultaba los papeles. Uno de ellos era una fotocopia del impreso que yo había rellenado en el rentacar. Alonso leyó en voz alta el número de la matrícula. Después me preguntó:

—Ése es el coche que tiene usted alquilado ahora mismo.

Solté una risita y dije:

—Se va usted a reír, pero no sé la matrícula de memoria. ¿Es un Opel Astra gris?

—Eso es.

—Pues será ése. ¿Por qué? ¿Hay algún problema con ese coche?

—No exactamente. Vamos a ver, según los datos que tenemos, usted matriculó a su nombre otro coche hace unos meses, una Seat Trans...

—Sí, señor. Una Trans vieja. Era de mi padre y mi hermano me la dio cuando salí de prisión. Porque, seguro que ustedes saben que salí de la cárcel este año, ¿verdad? Que estoy en libertad condicional.

Ambos asintieron. Alonso dijo:

—Sí, lo sabemos. Sabemos cuánto cumplió y por qué. Hemos estado hablando esta tarde con su educador.

—Entonces sabrán que no faltó a una sola cita, que tengo trabajo y que no me meto en líos.

—Efectivamente, algo así nos dijo.

—Pues no entiendo. ¿Está prohibido que alquile un coche?

El joven se puso en pie. Evidentemente, jugaban al poli bueno y el poli malo, pero no debían de haber ensayado mucho.

—No se trata de eso —prosiguió Alonso—, pero me gustaría preguntarle una cosa: ¿por qué, teniendo una furgoneta, alquiló el Opel?

—¿Miró la matrícula de la Trans? Es del año del gofio y está hecha polvo. El otro día me dejó tirado y, como justo cogía unos días de vacaciones y pensaba irme a Playa del Inglés, alquilé un coche. Además, me daba hasta vergüenza ir al hotel con ese cacharro.

El joven curioseaba ahora los libros de las estanterías. Aquel tipo se comportaba como si tuviera hormigas en los calzoncillos. Cuando me levanté y fui adónde estaba el bolso de viaje, estuvo a punto de saltar. Saqué de la bolsa un folleto del hotel, se lo di a Alonso y volví a sentarme. El poli le echó un vistazo y yo comenté:

—He ido ya un par de veces y me relaja bastante. Está bien situado, es barato para ser un tres estrellas y la piscina es cojonuda. A lo mejor me voy este fin de semana otra vez.

Hizo ademán de devolverme el folleto, pero le hice un gesto con la mano.

—No, hombre, quédese, por si le apetece ir con su señora. Es *gay friendly*, pero también van parejas convencionales.

Con algo parecido al disgusto (supongo que *gay friendly* no es el término favorito de un madero cuarentón), lo añadió a los papeles que tenía en la carpeta. Por supuesto, harían una llamada al hotel para comprobar mi historia.

—Bien, eso fue el fin de semana. Pero ¿qué hizo el jueves por la noche?

Fingí hacer memoria.

—¿El jueves pasado? Fui a una exposición. En el Club Náutico. Una exposición de pintura.

—Vaya, vaya —dijo el joven, aún junto la estantería, dirigiéndose a su compañero—. Parece que ha resultado un tipo de gustos refinados.

—Digamos que en la cárcel me di cuenta de que me había equivocado mucho en la vida —procuré remedar esa dignidad que solemos tener todos los que hemos comido trullo y miré de frente al chiquillaje—. Yo no seré rico ni tendré gran cosa, pero al menos estudié todo lo que pude. No perdí el tiempo. Pero, vamos a ver si entiendo todo esto: ¿hice algo malo? ¿Los expresidarios no podemos ir a exposiciones o qué?

El tipo dio dos pasos hacia mí, pero se contuvo a tiempo, a una señal de Alonso, que me apeó el tratamiento y dijo:

—Pasa que no es casualidad que fueras precisamente a esa exposición. Pasa que después estuviste siguiendo a alguien. ¿O no?

Ahí se había destapado el caldero. La visita no era oficial. De haberlo sido, esa conversación hubiera estado teniendo lugar en Comisaría. Lo que ocurría, más bien, era que Andrade se había dado cuenta de que lo seguían y que debió de anotar la matrícula y pedirle a algún antiguo subordinado que olisqueara por ahí. Así que yo debía jugar bien mis cartas, mezclar en mi actuación la ignorancia, la sorpresa y la indignación por ser objeto de un abuso.

—No tengo ni puta idea de lo que quiere decir.

—Esa lengua —dijo el joven.

Sin alzar la voz, repuse:

—Me parece que en mi casa tengo derecho a hablar como me pete. Ahora, si me están acusando de algo, vamos a Comisaría, me acusan y yo llamo a mi abogado para que se entienda con ustedes. ¿Le parece mejor?

—Bueno, vamos a ver si nos calmamos todos —dijo Alonso, al ver que el otro daba otro paso más—. Adrián, ¿de quién era la exposición?

—De una pintora nueva, una tal Patricia Andrade. Nada del otro mundo, por cierto.

—Vale. Las críticas, para el periódico. Lo que quiero saber es si no te suena de algo ese apellido.

Me encogí de hombros. Ellos intercambiaron una mirada. Estaban comenzando a morder el anzuelo.

—Dejemos eso aparte, Adrián. ¿Qué hiciste después de la exposición?

De nuevo fingí pensar.

—Me fui del cóctel enseguida. Ya le dije que aquello no me interesaba. Y yo ya no bebo. Bajé a Alcaravaneras y di una vuelta. Luego cogí el coche y me fui a comerme un cachito de tarta.

—¿Dónde?

—En Santa Brígida.

Otra vez se miraron, esta vez muy sorprendidos.

—¿Y por qué tan lejos?

Di un bufido.

—No sé. En Santa Brígida hay un restaurante que hace unas tartas cojonudas. Me acordé y se me antojó. De vez en cuando, me pasa eso: me acuerdo de cosas que he estado años sin hacer y voy y las hago.

—¿Cómo fumarte un boliche? —preguntó el joven.

Le eché una mirada de desprecio. Esta vez no fingía.

—No, como comerme un dulce o ir a una exposición de pintura o conducir hasta la Cumbre o irme a Sardina del Norte para ver atardecer. Alguna de esas cosas que no pude hacer durante los veinte años que me comí a pulso.

—O ir a hoteles de bujarrones... —apuntó.

—*Gay fiendly*, si no le importa. El término «bujarrones» me lo reservo para ese tipo de gente que viene a olerte el culo en tu propia casa.

El machango fue a contestarme algo, pero Alonso volvió a cortarle el rollo. Incluso soltó una sonrisilla, que le devolví, diciéndole con la mirada que, después de todo, el otro se había buscado esa respuesta. Luego les vi en la cara que estaban pensando que se habían salido del plato, que se habían equivocado, así que elegí ese momento para ponerme en pie.

—Y me parece que ya han preguntado bastante sin contarme ustedes nada. ¿A qué viene todo esto? ¿Qué se supone que hice el jueves?

Alonso se puso en pie, cerrando su carpeta. El joven se volvió hacia la puerta.

—Te ruego que nos disculpes, Adrián. Me parece que esto ha sido un error, pero teníamos que comprobarlo.

—No, párese ahí un momento. Yo he contestado a todo lo que me preguntaron.

El tipo casi me dio pena. Parecía realmente avergonzado. Se miró las puntas de los pies y dijo:

—Bueno, el jueves pasado parece ser que se dio una casualidad. Resulta que una persona de las que fueron a la inauguración pensó que la estaban siguiendo. Y, como al comprobar la matrícula, salió tu nombre...

—¿Y qué, que saliera mi nombre?

—Que era una persona relacionada con tu causa. Vamos, que esta ciudad es chica, qué se le va a hacer. Eso es todo...

—¿Quién?

El otro ya había abierto la puerta. Alonso se acercó a mí y me habló en voz baja.

—Un mando. Alguien que investigó lo tuyo. Uno de la vieja guardia. Retirado. Tú ya te imaginas cómo son los mandos, están siempre preocupados por la seguridad y todo eso. Y razón no les falta. Esto no es el País Vasco, pero hay mucha gente vengativa por ahí. Ponte en su lugar: de repente, lo siguen, o él cree que lo siguen, y cuando investigamos sale el nombre de un tío que él mandó a prisión, ¿entiendes?

Había que rematar la faena. Entré a matar.

—Sí. Entiendo que da igual que haya cumplido, porque me van a seguir jodiendo la vida hasta el día que me muera. Lo mejor va a ser que me tire de la azotea para que todo el mundo se quede tranquilo, me cago en la puta.

El tipo me puso hasta una mano en el hombro.

—Que no, hombre, tranquilízate. Todo esto fue una maldita casualidad. Yo lo explico. Mientras tú te sigas portando bien, nadie te va a volver a molestar. Eso te lo

aseguro yo.

Antes de irse, ambos me dieron la mano y el joven, incluso, se disculpó. Cuando se marcharon sentí un gran alivio, no solo porque la cosa no hubiera llegado a mayores, sino porque había montado mi numerito de forma que procurarían no volver a tocarme los huevos. Aunque, me dije, en lo sucesivo habría de tener más cuidado.

VIGILAR a Andrade con el Astra no era opción. A la mañana siguiente, después de hacerle el ingreso a Patricia, lo entregué. Fui a otra casa de alquiler de coches y alquilé un Ford Fiesta. Me lo dieron en color azul. Me la sudaba el color. Lo que me interesaba era que salía barato, cosa que me convenía, porque había devuelto el Opel cuando tenía pagados aún unos cuantos días de alquiler. No pasé por casa. Compré tabaco, un bocadillo y una botella de agua en un bar y me fui directamente al vecindario de Andrade. Justo en el desvío hacia el camino de Los Pérez, había un hueco con coches aparcados. Allí estacioné y me dispuse a esperar, con un libro y la radio. Desde allí, no se veía la entrada, pero sí la tapia. Y, en todo caso, si Andrade iba o venía con el Chevrolet, tendría que pasar por delante de donde yo estaba.

Durante varias horas no ocurrió nada. Sobre la una, el Chevrolet llegó. Debía de venir desde Las Palmas. No pude ver si conducía él o su mujer. Poco después, me comí el bocadillo y seguí leyendo. En la radio comenzaron a poner baladas y la lectura empezó a hacerme pesada, así que estuve a punto de quedarme dormido. Dieron las tres y después las tres y media y, finalmente, sobre las cuatro menos cuarto, el Chevrolet volvió a pasar, pero en sentido contrario, conducido, ahora sí pude verlo, por el mismísimo José María Andrade Ruiz.

E STA vez ya no iba tan despacio como la otra noche, pero conseguí no perderle la pista hasta que llegó a un parquin de la calle León y Castillo, cerca de la calle Murga. Aparqué no lejos de él y esperé a que saliera del garaje antes de bajarme del coche. Cuando pasó por mi lado, me fijé en que Andrade llevaba en las manos un sobre acolchado, de color crema. Me pregunté qué contendría.

También me fijé en algo que me sorprendió: Andrade parecía haber rejuvenecido. Ya no era un abuelo de ademanes suaves. Antes bien, se movía con resolución, vigoroso, firme. Era como si saber que alguien había andado siguiéndole le hubiera quitado diez o quince años de encima. Anoté mentalmente ese cambio, porque no hay nada tan idiota como subestimar a un enemigo.

Llegué a la calle y tuve tiempo de ver que ya había cruzado la acera y se dirigía a un edificio de tres plantas, probablemente de los años sesenta, leproso en los muros llenos de carbonilla y con las ventanas con postigos de madera pintados de color cucaracha. Bajo uno de esos postigos, a la altura de la primera planta, había un rótulo de metal también bastante deteriorado. En letras negras sobre fondo amarillo, el rótulo decía: ACL INVESTIGACIÓN PRIVADA.

Esperé media hora tomando cerveza sin alcohol en un pisolabis, hasta que Andrade salió y volvió sobre sus pasos hacia el aparcamiento. Ya no llevaba el sobre. No fui tras él. Sospeché que no hacía falta. No lejos de allí, en la misma calle Murga, hay un cibercafé. Entré, alquilé media hora de conexión a Internet y me informé acerca de ACL INVESTIGACIÓN PRIVADA. Resultó ser una «agencia pionera en Las Palmas», fundada en 1984, con licencia profesional doscientos y pico que se ocupaba de todo tipo de asuntos. Anoté el número de teléfono y, por curiosidad, busqué otras agencias en la ciudad. No fue difícil entender varias cosas: la primera, que ACL era la más anticuada de ellas; que quien llevaba ACL trabajaba solo, porque en las otras figuraban varios números de licencia; que debía de ser bastante cutre.

Me moví un par de calles y encontré una ferretería abierta. Compré un martillo, un rollo de cinta americana y una navaja de electricista. Luego volví a León y Castillo y, desde una cabina, telefoneé a la oficina de ACL. Enseguida, se dejó oír la voz, algo gangosa, de un hombre mayor.

—ACL, dígame.

—¿ACL Investigaciones? —pregunté haciéndome el longuis.

—Sí, aquí es.

—Quería pedir una cita. Hoy, si puede ser.

El hombre, simulando consultar una agenda que supuse vacía, me preguntó mi nombre. Dije que me llamaba Claudio Román y él respondió que estarían abiertos hasta las siete. Eran las cinco y cuarto, así que respondí que intentaría llegar en quince minutos, aproximadamente.

Hay cuartos de hora que se pueden hacer eternos. Yo gasté ese concreto cuarto de hora en ir y venir por la calle ante la fachada del edificio, entre el tráfico anónimo que agobia cualquier tarde la calle más larga de la ciudad.

Cuando llamé al portero automático, no tardaron en abrirme. Subí las escaleras (dos tramos estrechos y mal iluminados) con tranquilidad, para no llegar demasiado asfixiado. Mientras, fui sacando el martillo de la bolsa de plástico. Al llegar al descansillo lo tenía en la mano derecha, oculto a mi espalda.

El hombre que abrió tenía unos sesenta y muchos. Vestía un polo de color crema y pantalones de sintético gris. No tuve tiempo de fijarme en sus zapatos. Centré la atención en su cara, que pasó de la amabilidad al estupor, de ahí a la sorpresa y, finalmente, se llenó de alarma. Luego, el hombre hizo un inútil intento de cerrar la puerta. Fui más rápido que él: interpuse un pie, di un empujón y, aprovechando que se tambaleaba, le propiné un martillazo en la sien izquierda, a solo un par de centímetros de su redondo y asqueroso ojo bizco.

NO me había equivocado: el bizco trabajaba solo. Las dependencias de ACL consistían en un vestíbulo y una exigua oficina, a través de la cual una puerta de contrachapado permitía el acceso a una vivienda. El despacho parecía un viaje en el tiempo a la época de Franco: muebles baratos de madera oscura o de aluminio pintado de gris, una estantería con libros de Derecho de los años cincuenta y varios archivadores. De las paredes pendían una foto del rey; un título de criminólogo, expedido a nombre de Ángel Curbelo Ledesma; otra fotografía, ésta del bizco, cuando era joven, con un uniforme de policía, recibiendo una condecoración de alguien que debía de ser ministro cuando yo aún iba al colegio, junto a una marina de pésimo gusto pintada, como comprobé por la firma, por Patricia Andrade.

Desde la silla a la que lo había atado, Ángel Curbelo, amordazado y ya espabilado, seguía mis movimientos con los ojos. Al menos con el bueno: el otro estaba siempre mirando a Moya. Torpemente, ese ojo bueno se posó en el sobre que Andrade le había traído y que estaba encima de la mesa. Lo vacié sobre el tapete y enseguida entendí el asombro y el miedo pintados en la cara del tipo. Para empezar, del sobre salieron seis Bin Laden. Eso hacían tres mil euracos en aquellos billetes de quinientos que yo jamás había visto antes. También había un folio donde estaban anotados a mano un nombre, una dirección y dos matrículas. Las matrículas eran, respectivamente, las de mi Seat Trans y el Opel alquilado. La dirección y el nombre eran los míos. Por último había una fotografía: la foto de mi ficha policial.

Me senté al borde de la mesa con esa foto en las manos, muy cerca de Curbelo, mirándola divertido.

—Eres rápido: enseguida te diste cuenta de que era yo, aunque esta foto es del año del cólera.

Me crují el cuello y, de un solo tirón, le quité la cinta de la boca.

El detective hizo ejercicios de mandíbula y dio un par de resoplidos, al tiempo que yo rodeaba la mesa e iba a sentarme en su cochambroso sillón de trabajo.

—Coño, es cómodo —dije escarranchándome. Luego me hice hacia delante y apoyé los codos en el tapete, volviendo a contar los billetes—. Tres mil euracos, Ángel. No estoy al tanto de las tarifas, pero eso me parece demasiada pasta solo por seguirme. ¿Qué tenías que hacer? ¿Darme un susto? ¿O quitarme de en medio,

directamente?

Estaba claro que los tenía bien puestos, porque no respondió: se limitó a mirarme con desprecio. Yo no había ido allí para jugar al lobo, así que proseguí hablando:

—Bueno, no sé con qué coño ibas a asustarme tú, que no tienes media hostia. Por eso me da a mí que la cosa iba más bien de lo segundo. Vamos a ver cómo lo pensabas hacer.

Comencé a rebuscar en los cajones del viejo escritorio. El inferior tenía cerradura. No me costó dar con la llave en el manajo que había sobre la mesa. Dentro del cajón había una caja de baquelita, de color azul oscuro. También una lata de aceite, un paño grasiento, una pequeña baqueta, una caja de cartuchos del 9 parabellum. Saqué la caja, la puse sobre la mesa y comprobé que también tenía cerradura. Nuevamente, busqué una llave apropiada en el llavero y encontré un pequeño llavín que encajaba. En el interior, en un molde de espuma, había una pistola automática y un cargador.

El individuo había seguido todos mis movimientos con frialdad, casi con desinterés. Ahora, cuando vio cómo yo introducía el cargador y montaba el cerrojo, un brillo de preocupación le cruzó por las pupilas. Cerré la caja y la metí nuevamente en el cajón. Puse la pistola sobre la mesa y volví a apoyar los codos, rascándome la cabeza. Ángel Curbelo continuaba callado, clavándome la mirada, desafiante.

—No tengo todo el día, Ángel. Así que empieza a hablar.

—¿O si no, qué? —dijo de pronto—. ¿Me vas a disparar? Tú no tienes huevos.

No pude reprimir una carcajada. Después me levanté, saqué la navaja, que había guardado en el bolsillo, fui hasta él y le di un tajo detrás de la oreja, no demasiado profundo, pero sí lo suficiente como para arrancarle un alarido de horror y sorpresa.

—Claro que no te voy a disparar —dije volviendo a la mesa—. Tan bobo no soy. No. Lo que voy a hacer es pasármelo pipa contigo.

Se cagó en mi puta madre y, para dejarle claro que debía controlar la lengüita, le hice otro corte similar en la otra oreja.

—Así están parejas —comenté.

La sangre había comenzado a caer sobre sus hombros y se escurría hacia el suelo formando dos charquitos oscuros y brillantes. Anoté mentalmente la prohibición de pisar esos charcos. Él no gritaba, pero se quejaba.

—Joder, esto duele, coño —masculló, intentando conservar la calma.

—No, eso no es dolor. Eso es solo escozor. Lo que te va a doler es el ojo bueno, cuando te lo raje. Así que empieza a hablar de una puta vez.

—¿Y qué quieres que te cuente, cojones?

—Por qué me jodiste la vida. Por qué le hiciste aquella visita a Felo y le diste pasta para que mintiera como un puto bellaco.

Guardó silencio un momento, pero al ver que yo hacía ademán de levantarme de nuevo, cantó.

—Solo cumplí con un encargo.

—¿De quién?

—¿De quién va a ser, totorota? De Pepe. Pepe Andrade. Me llamó y me dijo que tenía que hacer eso: hablar con tu amigo Felo.

—¿Y tú siempre haces lo que te dice Andrade?

—Cuando paga, sí.

—¿Y por qué quería Andrade joderme la vida?

—Exactamente no lo sé. Yo no hago más preguntas que las que me toca hacer. Pero me dijo que tú eras un... —se paró un momento antes de continuar hablando. Estaba claro que no quería cabrearme. Huevos tenía, pero no le quedaban más orejas sanas—. Él decía que tú eras un chapero, que te habías buscado una coartada, pero que eras tú el que se había cargado al tipo ese de Santa Brígida, ya ni me acuerdo del nombre, el que trabajaba para Acevedo. Me dijo que tú le querías joder la vida a los Acevedo y a él, que había que pararte las patas.

Reflexioné un momento.

—¿Joderles la vida a los Acevedo? ¿Y a él? Pero si yo no lo había visto en mi puta vida hasta que me detuvieron.

—Eso fue lo que dijo. Por lo visto, ellos tenían un negocio... Quiero decir, Acevedo y Andrade, tenían un negocio juntos.

—¿Qué negocio?

—Si te digo, te miento. Vaya, tenían muchos negocios juntos, pero había uno en concreto que tú les podías joder, por lo visto. Pero no sé cuál. No lo sé, de verdad. Lo que sé es lo que te acabo de contar.

Asentí, dando una vuelta por la oficina, llegándome al archivador y abriendo uno al azar. Allí, por orden alfabético, Curbelo archivaba los informes de sus casos. Entendí por qué no tenía ordenador, sino una vieja máquina de escribir eléctrica, arrimada en un rincón.

—¿Yo estoy aquí?

Volvió a poner una cara de profundo desprecio.

—¿Tú te crees que soy gilipollas?

Asentí. Me había colado. Tenía razón. Nadie guarda pruebas cuando hace cosas como las que Ángel Curbelo me hizo a mí. Lo miré un buen rato, preguntándome qué hacer con él. El tío adivinó mis dudas y comenzó a hablar, procurando ser convincente.

—Mi niño, esto es lo que hay. Yo no sé nada más. Ni siquiera te conocía. Yo me limité a hacer mi trabajo, a cumplir con lo que me encargaron. Te puedes quedar con el dinero. Si buscas en los cajones, hasta hay algo más. Incluso, si quieres, quédate con la cacharra. Es una Glock. Vale un dineral.

—Ya, y tú te vas a estar quieto y calladito, ¿no?

—¿Yo? ¿Qué voy a decir yo? Si me acaban de pagar por ir a por ti, hombre...

Eso era verdad. Pero el caso es que yo no tenía pruebas de eso y, sin embargo, a él no le hubiera resultado difícil probar que yo me había metido por la fuerza en el despacho, le había agredido y le había robado. Sobre todo si me llevaba la pistola y me trincaban con ella encima. Por otro lado, el tipo ya me había dicho todo lo que me iba a decir.

Por eso no lo escuché cuando siguió intentando convencerme de que me fuera, de que ya me había comido un marrón y, ahora que ya había salido, no era plan de comerme otro, de que lo mejor sería que me pirara. Eso fue lo último que le escuché decir antes de ponerle de nuevo la mordaza. También fue lo último que dijo. Después, situándome detrás de él, arrastré su silla algo más atrás, para no pisar la sangre, le pasé el antebrazo derecho por debajo del mentón, apoyé esa mano en el reverso del codo izquierdo, puse la otra mano en la parte posterior de su cabeza y apreté. Era más fuerte de lo que imaginaba y resistió bastante, pero en algún momento noté el crujido de su nuez hundiéndose y después ya todo fue cuestión de tiempo.

Pasé un buen rato más en el despacho de Curbelo. El hecho de que no conservara un archivo con mi nombre no quería decir que no tuviera uno a nombre de Andrade o de Acevedo: ese tipo de gente suele cubrirse bien las espaldas. Acerté. Había dos subcarpetas, cada una con el nombre de cada uno de ellos.

Cuando las aparté, me dediqué a borrar todo rastro de mi visita. La casa era la de un hombre solo que acaso algún día fue abandonado por una mujer hastiada, la casa de alguien que sobrevivía a base de míseros trabajos, de pequeñas infamias artesanales en un mundo en el que ya no son rentables, porque la iniquidad gasta métodos industriales. Allí, entre la mugre y la penumbra, encontré aparatos de escucha, cámaras fotográficas y una minicámara. También un par de billetes de veinte euros, un reloj de pulsera y un anillo de oro. Lo metí todo en una mochila que había en el ropero de la alcoba. Eso era necesario si quería simular un robo. En la bolsa de la ferretería, metí las subcarpetas, mi foto y la hoja en la que estaban mis datos. Volví a meter la pistola en su caja y le hice sitio dentro de la mochila. Luego, con una bayeta de la cocina, dediqué un buen rato a borrar mis huellas de todo aquello que recordaba haber tocado. La cinta con la que inmovilicé a Curbelo era mejor arrancarla y llevármela que limpiarla. Al dejarlo libre, el cuerpo se fue deslizando desde la silla poco a poco, con un sonido de babosa suicida, hasta que el fin se desplomó y quedó tirado en el suelo, en medio de aquella sangre que comenzaba a coagular. Para finalizar, metí también en la mochila el martillo, la navaja y el rollo de cinta, llevé la mochila y la bolsa a la entrada y volví. En el momento en que comprobaba que todo había quedado en orden en el despacho, me recordé a mí mismo que debía limpiar también las huellas de la puerta de la calle y del botón del portero automático.

H ABÍA anochecido ya cuando llegué a Juan Grande. Ni siquiera me molesté en esconder demasiado la mochila. Si algún yonqui se metía allí y robaba aquel percal, peor para él. En caso de que lo trincaran con todo aquello, le colgarían ese muerto. Mejor para mí.

Lo único que me llevé fue el dinero y las subcarpetas con los informes. Mi foto y la hoja con mis datos las quemé.

Mientras conducía de regreso a Las Palmas me pregunté una y mil veces si me habría dejado algún cabo suelto, algún sitio que hubiera tocado, un salivazo, un arañazo de Curbelo en mi piel cuando entré a saco en la oficina y lo aporreé. Me dije que no. No le dio tiempo de oponer resistencia, había limpiado todas y cada una de las cosas que había tocado. En cuanto a la saliva, la violencia siempre me seca la boca.

Antes de subir a casa fui a una cabina y telefoneé a la Yoli. La conversación fue breve. Solo le dije:

—Yoli, tienes que hacerme un favor, mi niña. Nadie te va a preguntar, pero si alguien te pregunta, hoy me pasé la tarde en tu casa. Desde las cinco hasta ahora.

Al otro lado de la línea se escuchó un silencio lleno de desasosiego. Luego, Yoli dio un bufido largo y contestó:

—Vale, pero escúchame bien lo que te voy a decir: último favor que te hago. Porque me da que tú te estás metiendo en follones y yo no quiero tener nada que ver con eso. Así que última vez. ¿Está clarito?

—Está claro, Yoli. No te preocupes, que va a ser la última. Muchas gracias, querida. Te debo la vida.

—No lo sabes tú bien —dijo antes de colgar.

TODO es mejor cuando lo deseo que cuando lo obtengo.

El sexo de Patricia sabía mejor en mi imaginación que en mi boca. Tener a Felo a mi merced tenía para mí un algo liberador cuando fantaseaba con ello, pero luego no encontré esa sensación cuando finalmente ocurrió. Encontrar al bizco. Encontrar al bizco parecía un premio al desearlo, pero acabó resultando una experiencia frustrante. Principalmente porque abrió la puerta a otro laberinto. Quiero decir: cuando buscaba a Felo, yo creía que él me diría el nombre del asesino de Diego. Al darme cuenta de que no había sido un palo que hubiera dado ninguno de los que conocía, al descubrir que todo formaba parte de algo parecido a una conspiración de éstas que salen en las películas, creí que el bizco me diría por qué habían hecho aquello. Pero solo me dijo quién, y no el por qué. El *quién* era Andrade, probablemente de parte de Acevedo Padre. Sí, pero ¿quién había matado a Diego? Porque esa gente es gente fina: no se matan entre ellos. La gente como Acevedo no se mancha las manos jamás. Si quieren acabar con alguien, lo despiden, lo defenestran desde su torre de marfil, le cierran las puertas de sus clubes exclusivos y sus cenáculos. Nunca le dan treinta puñaladas a nadie. No es su estilo ni es su negocio.

Así que no se trataba de descubrir quién, sino por qué. Si averiguaba el porqué, el quién no será más que un nombre que vendrá a completar el cuadro. Sí, averiguar por qué. Ahora los porqués ya no me la sudaban.

Y el porqué estaba escrito ahí, ante mí, pero en un idioma incomprensible para mí. Estaba entre alguno de esos papeles, de esos informes que Curbelo redactó, de los extractos bancarios y los impresos de Hacienda que vaya usted a saber cómo cayeron en sus manos. El porqué podía estar en aquellos recortes de periódico y las anotaciones a mano que Curbelo añadió al contenido de las subcarpetas y que, como el resto, yo tenía ahora desparramados sobre la mesa.

Escarbar en lo que había ocurrido era como estar completamente a oscuras en un lugar desconocido, que supones pequeño, y encender un fósforo e intuir que hay algo oculto en las sombras más allá de ese pequeño círculo de luz. Por eso enciendes una bujía, amplías el dominio de lo luminoso, pero solo para comprobar que el sitio en el que estás no es pequeño, que la oscuridad se extiende aún más allá. Hacerse entonces con un foco de luz mayor, o acaso encontrar el interruptor de la luz y encender una

bombilla, y sentir una repentina frustración al constatar que cuanto más extenso es el territorio de la luz, más lo es el de las sombras, que la luz siempre tiene límites, pero la oscuridad es infinita. Así era ir adentrándome en el pasado. O, para ser más exactos, en esa parte del pasado que yo ignoraba.

Por ejemplo, un recorte de periódico de 1987, con una foto de Acevedo en una comparecencia ante periodistas al retornar de una visita oficial a Marruecos. En la foto aparece también Diego, entre micrófonos y cámaras, mirando hacia algo que está fuera de plano, a su izquierda. Diego lleva sus gafas de pasta, el peinado con raya a un lado y mechón rebelde, el rostro afeitado y pálido de siempre. Y el traje que lleva puesto es el azul. La foto es en blanco y negro, pero yo sé que es el traje azul marino de Hugo Boss. Lo sé porque cuando lo compró se empeñó en comprarme uno exactamente igual, que es, por cierto, el único traje completo que he tenido en mi vida. Luego he sabido que Hugo Boss en persona diseñó los uniformes de las SS, las SA y la Gestapo. Pero eso no viene al caso, no es más que otra de esas cosas que uno ignora sobre el pasado y que averigua gracias a un documental. El caso es que Diego está ahí, volviendo de un viaje a Marruecos con Acevedo y, sin embargo, yo no recuerdo que Diego me hablara jamás de ese viaje. Sí, fue en 1987 y puede que coincidiera con alguna de nuestras peleas, con alguna de mis ausencias. Pero, cuando viajaba (y eso era frecuente), solía decirme adónde iba a ir o, al volver, me contaba dónde había estado.

En el titular y los subtítulos se habla de Marruecos como Estado amigo, de oportunidades de inversión para los empresarios canarios. Lo de siempre: Marruecos siempre es una oportunidad, un Estado amigo. Salvo cuando no lo es y resulta una amenaza.

Me veo a mí mismo ahí, en el piso de La Puntilla, mirando ese recorte. Me veo haciéndome preguntas. Me gustaría, por ejemplo, saber qué miraba Diego con tanta atención. Me gustaría saber si ese maletín que muestra en la mano izquierda (no se ve completamente, solo el asa y una esquina de la parte superior, porque la foto es en plano americano y él tiene el brazo estirado) es el maletín rojo, ése que siempre tenía bajo control, ése en el que una vez me dijo que no había nada de valor pero cuyo contenido era crucial.

Eso me lo dijo una de esas veces en que descubrió que yo le había hecho la cuenta de la pata con un dinero que me había dado para comprar. Me duele recordarlo ahora. Me avergüenza acordarme de cómo me miró, con una suerte de vaga resignación, más melancólico que enfadado, y me dijo: «Sé que a ti todo te da igual, pero te tengo que pedir una cosa: no te lleses nunca el maletín. Dentro no hay nada que pueda servirte, pero tengo siempre ahí cosas importantes del trabajo».

A pesar de todo, un día, medio enmonado, abrí el maletín de marras mientras él se estaba duchando. Y, efectivamente, en el maletín no había más que documentos.

Papeles que yo entendía aún menos que éstos que tenía ahora delante.

De aquéllos no recuerdo prácticamente nada. Éstos los tenía en la mesa desde hacía un buen rato. Me había pasado la noche y la mañana haciendo lo mismo: los sacaba, los leía, los revisaba y no entendía nada, salvo los informes de Curbelo y los recortes, claro está; pero las fotocopias de impresos, de lo que parecían contratos (la jerga legal era tan inconfundible como incomprensible), las interminables tablas de cifras y siglas y el sentido de las anotaciones sueltas de Curbelo resultaban un misterio. Sobre todo, la relación que guardaban los documentos entre sí se me escapaba totalmente. Sí, Acevedo y Andrade eran (o habían sido) socios. No obstante, aparte de eso, ¿cuál era el nexo, el hilo común de toda aquella información? Quizá no existía hilo alguno. Quizá, simplemente, Curbelo había ido acumulando datos, reuniendo noticias dispersas, documentos que le salían al paso, estadísticas relacionadas con cada uno de ellos. A lo mejor el bizco no era más que un paranoico, un conspiranoico, un jodelapavananoico.

Eran las cuatro de la tarde. Me tocaba dejar todo aquello, afeitarme, ducharme y ponerme elegante, porque había quedado a las cinco y media con Patricia. Se suponía que tenía que ir a pagarle el cuadro y llevármelo. Y ambos sabíamos que eso no sería lo único que haría.

PATRICIA me esperaba abierta y lúbrica hasta lo grotesco.

No solo llevaba puesto un vestidito negro demasiado minifalda y demasiado palabra de honor para un jueves por la tarde, sino que había servido champán y montaditos de falso caviar en la mesita que había frente al sofá. Cuando le pregunté a qué venía el convite, me dijo que estaba muy contenta, porque era la primera vez que vendía ella misma una tela, sin que su padre hiciera de intermediario.

—Así que esto es para celebrar mi venta. Y que nos hayamos conocido —concluyó, cachondona, mientras yo leía la etiqueta de la botella. El champán no era tan falso como el caviar.

Se le ensombreció la expresión cuando le dije que yo no bebo.

—¿Nunca?

—Nunca. Prescripción facultativa.

Eso era más fácil que explicarle que el alcohol me convierte en un hijo de puta. O, más bien, que me impide fingir que no lo soy. Y aún debía fingir durante unos minutos más. Debía fingir, mientras ella acababa de embalarlo, que el cuadro me gustaba. Fingir que mi interés por ella acababa en el deseo. Que no deseaba hacerle ningún daño.

Sin embargo, los disimulos duraron poco. La primera vez había intentado ser un buen amante, que ella quedara satisfecha. Esta vez no me preocupé en absoluto de si disfrutaba o no. Es más: si no disfrutaba, mejor que mejor. Quiso abrir el sofá cama, pero no se lo permití. Me la follé de pie, desde atrás, sin ponerme condón, sin tan siquiera darle tiempo a quitarse la ropa. Sencilla, brutalmente, le di la vuelta y ella se apoyó contra la pared para no caer y yo le bajé las bragas y se la encajé de golpe y hasta el fondo, obviando su gemido de dolor, propinándole empellones fuertes y lentos, mientras le tironeaba del pelo, le cacheteaba las nalgas, la cubría de insultos ignominiosos, la estrangulaba hasta el borde de la asfixia. Eso era todo lo contrario a la cita convencionalmente romántica que ella había imaginado. La escuchaba quejarse, decir no y pedirme que esperara, pero también oí quebrarse su voz cuando mis pulgares húmedos de saliva comenzaron a hurgar en su culo. Y entonces sus negativas y sus peticiones de moratoria se mezclaron con gemidos que evidenciaban un placer que yo no le deseaba. Por eso la saqué de su coño y, tras darle un último

salivazo, mi polla tomó el relevo de mis dedos. El temblor se apoderó de ella al tiempo que la frase que estaba diciendo en ese instante, aquel «Por ahí no», moría quebrada por un alarido en el que había más sorpresa que sufrimiento. No fue rápido. Me tomé todo el tiempo del mundo mientras ella intentaba zafarse sin conseguirlo; aunque, pienso ahora, acaso no lo deseaba realmente. Justo en el instante en que estaba a punto de correrme, salí de ella y, de un tirón de pelo, la puse de rodillas ante mí. Su maquillaje era ya una máscara descompuesta de sudor y lágrimas, una careta en la que se mezclaban el pavor, la súplica y algo lejanamente parecido al placer. Dijo algo pero no la entendí, porque mi polla se había metido ya en su boca, tan adentro que le produjo arcadas cuando los sabores de su vagina, de su sangre y de su mierda se juntaron con el de mi semen en su garganta.

Lo que me sorprendió fue lo que vino inmediatamente después, la manera en que suspiró con saciedad y dulzura, mientras se abrazaba a mi pierna, poniendo su mejilla contra el mismo miembro que había pretendido humillarla y que, solamente ahora lo entendí, le había dado lo que en realidad le gustaba.

—Puta loca —le dije apartándola de un manotazo.

Me subí los pantalones, saqué mi cartera y, de ella, un billete de quinientos euros. Con una sola mano, arrugué el billete y se lo arrojé a la cara. Por supuesto, era uno de los billetes que su padre le había dado a Ángel Curbelo y que a mí me pareció justo que tuviera ese destino. Después cogí sus bragas y me las guardé en el bolsillo. Ella había empezado a levantarse, apoyándose en el sillón. Evidentemente, tenía el cuerpo dolorido, aunque también intentaba comprender lo que estaba sucediendo. Miró el billete, que había caído al suelo y luego se fijó en mí, que me dirigía ya a la puerta.

—Pero ¿no vas a llevarte...?

Me volví y le clavé una mirada fría.

—¿El qué? ¿El cuadro? No, hija. El dinero es por tus servicios. Esa mierda te la quedas tú.

Tardó unos segundos en reaccionar. Cuando lo hizo, yo ya había salido. Me insultó desde el interior de la casa, pero, al llegar al descansillo de la escalera, no le quedó más remedio que callarse. Vegueta es un barrio respetable.

ESE viernes entregué el Ford Fiesta en la casa de alquiler, que está cerca del parque de Santa Catalina y, en vez de regresar a casa por la calle Sagasta, lo hice paseando por la avenida de Las Canteras. El día estaba lindo y ya se olía el fin de semana en la animación del paseo. La gente sonreía y era cordial, hablaba con desconocidos sobre nimiedades y caminaba más despacio que de costumbre, contemplando las vistas, el cielo claro, la sombra del Teide adivinándose a la derecha de la montaña de Gáldar. En días así, en playas así, con cielos como ése, la gente se da a sí misma un respiro de las tribulaciones y sabe que esa tregua durará hasta el lunes o, con un poco de mala suerte, hasta el domingo por la tarde, cuando ya todo se vuelva más triste, más silencioso, más contiguo a la muerte.

Por la mañana, antes de entregar el coche, había estado en Correos. Según me dijo la empleada, los envíos para la misma provincia no tardan en llegar más de un día hábil. Eso quería decir que el lunes a esa hora o, como tarde, el martes, José Luis Andrade recibiría en su casa un sobre acolchado similar al que utilizó para informar y pagar a Ángel Curbelo. Un sobre sellado con autocierre y manipulado con guantes hasta llegar a la oficina de correos dentro de una bolsa de plástico. Un sobre remitido por un tal Claudio Román, nombre absolutamente desconocido para él. Se extrañaría y se asquearía, cuando de él saliera una prenda femenina, unas braguitas tipo tanga, de color negro, arrugadas y sucias. Contendría su repulsión mientras se preguntaba de quién eran esas bragas, quién había podido enviarle eso y qué significaba. Entonces buscaría en el interior del sobre y encontraría la nota, escrita a ordenador, impresa (eso jamás llegaría a averiguarlo) en el cibercafé de mi barrio, recogida de manos del paquistaní impertérrito y ausente que lo regenta y a quien le da exactamente igual lo que se haga en sus equipos siempre que no pueda demostrarse que él sabía que se trataba de algo ilegal. Y la puerta del infierno acabaría de abrirse de par en par a Andrade unos segundos más tarde, al leer el texto contenido en la hoja, que a Times New Roman tamaño 18, decía:

Esto es de tu hija Patricia. Devuélveselas de mi parte. Se las iba a mandar al cornudo de su marido, pero no sé su dirección. La tuya,

sí.

Lo ocurrido inmediatamente después nunca lo sabré, pero puedo adivinarlo. Imagino una conversación con su mujer. Que acabó en bronca. Una llamada a su hija. Que también acabó en bronca. Un lunes (o, como tarde, martes) negro, que sería una bronca interminable.

Todo eso me resultaba indiferente. Con joderle la vida a Andrade tenía de sobra. Ser testigo de ello era ya un lujo que no podía permitirme. Me conformé con saber que ocurriría, con imaginarlo y pasármelo teta pintándole detalles al escarnio. Eso fue lo que hice (imaginarle la rabia, el horror, la desorientación, la suciedad con la que se habrá manchado su mundo perfecto y mezquino, como un váter immaculado desde el cual, de pronto, comienza a subir la mierda) mientras paseaba por la avenida y contemplaba el mar, el cielo, la playa, la sonrisa de los transeúntes.

Por algún motivo que se me escapaba, sentía una extraña y limpia alegría. Y no me apetecía comer solo. Después de aquellos días andando entre basura, me apetecía algún contacto humano agradable. No sabía el número de móvil de Candi, pero solo tenía que estar pendiente de cuándo se oyera movimiento en su casa. Mientras tanto, fui empezando a cocinar. Haría pollo al curry, con arroz. Me sale muy bueno. En media hora, el pollo estaría preparado. Y Candi a punto de llegar.

A Candi se le iluminó la cara cuando le chisté desde el balcón. Venía acalorada, pese a que vestía una camisilla de tiros y su minifalda vaquera. La excusa fue que había hecho demasiada comida para mí solo, pero no hicieron falta muchas excusas ni explicaciones. Me pidió unos minutos para refrescarse y un cuarto de hora más tarde volvió a tocar a mi puerta, con otra camisilla y oliendo a jabón de brea y a un perfume que expedía un cierto aroma a mandarina. Esta vez, en su pelo, que seguía siendo azabache, había un mechón blanco que le daba un toque a lo Yvonne de Carlo. Y sus uñas eran diez pequeñas banderas de Gran Bretaña. Cuando le pregunté cómo se hacía ese trabajo de chinos, me habló de una chica que tenía empleada en la peluquería, una muchacha joven que era una artista.

Decidimos comer en el balcón, escuchando los rumores de la gente que paseaba por Sagasta o charlaba sentada en las terrazas de los restaurantes.

Candi comenzó diciendo que le gustaba que yo cocinase. Una de las cualidades que le agradaban en un hombre era ésa. Candi sobrevivió a un matrimonio prematuro y torpe, con un tipo que nunca la trató mal, pero que era un desastre, y a quien dejó de querer a los seis meses de vivir juntos. Ya no lo veía nunca, pero había averiguado que él seguía por ahí, arrastrándose de estafa en estafa en un largo camino hacia la miseria, interrumpido por breves estancias en el trullo. Sobre Blas no habló. Sí lo hizo sobre su familia: dos hermanas mayores que tenían sus propias vidas con sus propios maridos o exmaridos y sus propios hijos e hijas; y unos padres que eran dos panes benditos. La madre, limpiadora; el padre, conserje. Ambos a punto de jubilarse y vivir felices los años que les quedaban, en el barrio de Schamann, donde siempre habitaron, si entre ella y sus hermanas y los nietos no los mataban antes a disgustos.

Cuando le dije que yo era de Escaleritas, el barrio de al lado, enarcó las cejas (siempre demasiado depiladas para mi gusto) y preguntó de qué calle. Ella dijo que ella era de la calle Sor Simona. Entonces hice alusión (como se hace siempre que se menciona alguna calle de Schamann) al hecho de que sus calles tengan nombres de libros y personajes de Pérez Galdós: Sor Simona, Pedro Infinito, Mariucha, Pablo Penáguilas, don Pío Coronado, Federico Viera. Asintió, con aire cómplice, pero estoy seguro de que no sabría decir en qué novela aparecía cada personaje. Su conocimiento de Galdós seguramente se reducía a saber que escribió los *Episodios*

Nacionales o, tal vez, a haber leído *Marianela* en el instituto, como hicimos muchos. Entonces le pregunté a bocajarro si había leído *Misericordia*. Respondió que le gustaba leer, sobre todo novelas románticas, pero que a Galdós no lo había leído. Le imaginé una biblioteca de baratillo, compuesta de novelas de Danielle Steele, Nora Roberts y ese tipo de basura. Ya casi habíamos terminado de comer. Sin decirle más, me levanté, fui a la estantería y volví con un ejemplar de bolsillo, poniéndolo ante ella. Le dije que quizá le gustara, que era la historia de una sirvienta que pedía caridad para alimentar a la familia a la que servía, gente de postín venida a menos, altanera y desagradecida.

—Échale un vistazo. Si no te gusta, me la devuelves.

—Seguro que me gusta.

Detrás de las lentillas, le brillaban los ojos mientras manoseaba el libro. Y yo pensé que no podía morirme sin averiguar de qué color eran esos ojos.

Mientras se hacía el café curioseó en las estanterías, como curioseó el poli la otra noche, pero con una mirada en la que se mezclaban la admiración y el afecto.

—¿Te los has leído todos? —me preguntó al verme volver de la cocina con la bandejita. Yo continué hasta el balcón, dejé la bandeja sobre la mesa y regresé.

—Casi todos. Sí. Pero no suelo comprar. Normalmente, los saco de la biblioteca. Los que me gustan mucho, los compro.

—Pero, si ya te los has leído, ¿para qué los compras?

—Los libros son como la gente. Cuando te encuentras con buena gente, te gusta tenerla cerca.

Al escuchar esto, puso una sonrisa maliciosa y dio un paso hacia mí, hasta que quedamos enfrentados.

—¿Así de cerca, por ejemplo?

Se quedó quieta, esperando a que yo iniciara el contacto. *Es tu vecina, la vas a liar, al Blas no le va a sentar bien y vas a tener un pleito, en este momento no te conviene, ya has tenido suficiente sexo esta semana y cosas así, tan razonables, tan lógicas, tan de sentido común. Pero el sentido común es una cosa y otra muy distinta es tener ahí, justamente delante, un cuerpo caliente que te abre los labios y se te aproxima y que huele a mandarina y pecado. El beso no duró más de unos segundos y no pasó de los labios. Cuando di un paso atrás, había en su rostro una mueca de sorpresa, de incompreensión.*

Volví al balcón y a la silla, y ella imitó mis gestos. Servimos los cafés, ella expectante, yo sin encontrar un modo de explicarme.

—¿No te gusto? —preguntó al fin.

—No es eso.

—¿No te gustan la mujeres? ¿Prefieres los tíos?

Le clavé una mirada de sorpresa. Lo sopesé un instante y determiné que se

merecía, al menos, algo de sinceridad.

—Lo cierto es que me resulta indiferente. Me gustan los tíos y también las tías. Solo depende de qué tío y qué tía.

—Y esta tía no te gusta —esto lo dijo sin sorpresa ni indignación, solo con tristeza.

—No es que no me gustes. Todo lo contrario. Me pones muchísimo, Candi. Pero, piénsalo un momento: somos vecinos. Si no sale bien, luego nos vamos a tener que ver el jocico a cada momento. Y, por otro lado, tú estás con ese tío.

—¿Con Blas? Lo de Blas se acabó. Esta vez se acabó. Le di la baja el lunes.

—Sí, pero ¿hasta cuándo se acabó? ¿Cuántas veces no habrás dicho lo mismo antes?

Ahora se picó. Me miró de perfil, con el cabreo naciéndole en los labios temblorosos.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Pues porque no soy tonto y porque he visto algo de mundo. Y sé que hay muchas mujeres como tú: pibas lindas y buenas que dependen de tíos que no les llegan a las suelas de los zapatos.

La verdad es que a veces soy un cabrón. La pobre mujer se echó a llorar. Y yo no pretendía eso. Pero se me echó a llorar y no me quedó otro remedio que levantarme y situarme detrás de ella y acariciarle el pelo y el cuello hasta que mis manos quedaron sobre sus hombros. Ella respondió al contacto cogiendo las mías. Nos quedamos así hasta que se le pasó el llanto.

Luego ella también se levantó y se metió en la casa. La seguí. Cogió el bolso y me dio las gracias por la comida y por el buen rato. Sonaba a sarcasmo, pero el agradecimiento debía de ser sincero, porque, tras decir eso, me abrazó y yo sentí su cuerpo largo y caliente contra el mío, y su aliento en mi cuello y, casi sin darme cuenta, mis manos ya se paseaban por su espalda y su cintura y sus caderas y mi boca se encontraba con la suya, lenta, muy lentamente, y nuestras salivas se mezclaban mientras ella hacía pequeños paréntesis para susurrar:

—Es solo una vez... Ya verás que no te vas a arrepentir... Una vez... Solo una.

En ese instante se me encendió una luz y la rechacé de nuevo, suave, firmemente.

Hubo una mirada larga, con la que yo le decía que no debía o que no podía ser y en la que Candi respondía que lo comprendía, que no pasaba nada, que estaba bien así, aunque fuera una lástima.

Luego me senté e intenté leer, para distraerme, mientras la oía andar por su casa, poner la tele y, seguramente, hundirse en el sofá, pero sin cantar coplas, probablemente reflexionando sobre lo que acababa de ocurrir, preguntándose qué ocurriría ahora entre ella y yo, cómo sería nuestro trato entre vecinos-amigos-pretendientes a partir de ahora.

Más tarde, la oí dar un portazo y taconear por el pasillo hacia la calle, para volver al trabajo, porque el viernes, en una peluquería, suele ser un día grande, según me dijo durante la comida, pero también, seguro, porque siempre era mejor la calle y el trabajo que quedarse en casa a constatar cómo el silencio rebota contra las paredes, como hacía, en ese instante, yo mismo.

EL sábado descubrieron el cadáver de Ángel Curbelo Ledesma. Se decretó el secreto de sumario, pero trascendió que todo apuntaba a un delito de robo con violencia que acabó en homicidio. Hay ciertos paralelismos que te hacen dudar de la verosimilitud de la vida: como en el caso de Diego, fue la asistenta quien realizó el «macabro hallazgo». Los buitres de la prensa no habían podido averiguar más, pero con eso me bastaba. Lo que debía saber ya lo sabía: que la máquina se había puesto en marcha. No era probable, pero tampoco imposible, que el amigo Alonso y su amigo subnormal pasaran por mi casa para preguntarme cómo me iba y, ya puestos, qué andaba haciendo el miércoles. Si realmente existía esa posibilidad, no me convenía conservar en casa los papeles de Curbelo, aunque aún no era momento de deshacerme de ellos. Entonces, me acordé de Tomás y de que en la oficina tiene una impresora con escáner. Le di un telefonazo y me dijo que por supuesto que me dejaba usarla.

Compré un *pen drive* en una de las tiendas de indios de Sagasta. Como no sé mucho de eso, acabé pidiendo consejo a uno de los dependientes. Llegué al supermercado a las ocho y media y estaban a punto de cerrar.

Tomás me abrió la oficina y me enseñó a usar el escáner. Llamar oficina a los dos paneles que forman un cuadrilátero minúsculo con uno de los rincones del almacén quizá sea algo pretencioso, pero tiene una mesa, archivadores, un ordenador y, sobre todo, el escáner, que era lo que a mí me interesaba.

Mi hermano me dejó solo para dedicarse al cierre y, cuando todos se habían marchado, vino a la oficina con dos cervezas: una normal para él y otra sin alcohol para mí. Mientras yo escaneaba documentos (el proceso era más lento de lo que había pensado), hablamos de cómo me iba y de qué había estado haciendo. Le conté que había estado dándome garbeos arriba y abajo por la isla, que había ido bastante al Sur y que también me había dedicado a leer. Charlamos un rato más, sobre cómo iba el negocio y sobre el pibe y la chiquilla. A la Jenny le había dado ahora por hacerse un tatuaje en el cuello. Por suerte, era carísimo y, entretanto reunía el dinero (ellos se habían negado a dárselo), intentaban convencerla de que no era buena idea. Mareamos la perdiz un rato más, hasta que por fin fue al grano y me preguntó por los papeles que estaba escaneando. Lo dijo sentándose al escritorio y echando un vistazo

a un par de ellos al azar.

Le conté aquello que podía contarle sin comprometerlo ni ponerme en evidencia: que en 1988 alguien había matado a Diego y me había tendido una trampa a mí; que yo había pensado en un principio que se trataba de que habían querido robarle, pero que todo apuntaba a una conspiración urdida por aquellos dos, Andrade y Acevedo; que había relación entre ellos, aunque yo no alcanzaba a entender los motivos que les hubieran podido llevar a ir a por Diego. Escuchó todo esto atónito, con la boca abierta, mirándonos de hito en hito a mí y a los papeles. Cuando paré de hablar, dijo:

—Entonces, ¿no fuiste tú?

Ahora fui yo quien lo miró asombrado.

—Yo... Yo siempre creí —balbuceó— que... Bueno, ya sabes...

—¿Pensabas que había sido yo? —de su silencio deduje que así era—. ¿Y aun así, me ayudaste todo este tiempo?

Se encogió de hombros.

—¿Y qué iba a hacer? Eres mi hermano, ¿no?

Me lo habría comido a besos allí mismo. Aquel alma de cántaro nunca había creído en mi inocencia. Y, así y todo, no me había fallado ni una sola vez.

Continué escaneando y él continuó leyendo los papeles, ahora con más orden, con método. De pronto, algo más tarde, levantó la cabeza de la mesa y dijo:

—Buscas algo turbio que les haga pupa, ¿verdad?

—Sí. Algo que fuera peligroso para ellos y que les hubiera llevado a teparle la boca a Diego.

Alzó un par de folios y preguntó:

—¿Te suena una empresa llamada Veteled?

El nombre me sonaba, pero no recordaba de qué. Quizá de leerlo en la prensa o en los papeles de Curbelo.

—¿A qué se dedican? —le pregunté.

—Ahora no se dedican a nada. Pero en los ochenta se hicieron de oro. Se habló mucho de eso, de que había chanchullo y esas cosas... Vamos a ver, se fueron haciendo propietarios de terrenos rústicos en el Sur. Eran fincas que no servían para nada, como la del viejo, pero que estaban muy cerca de la costa. Las compraron por cuatro perras. Y después, en algún momento, el gobierno autónomo sacó una ley que permitía calificarlas como terreno urbanizable. Y la mayoría de las tierras eran un verdadero caramelo para la hostelería. Se hicieron urbanizaciones exclusivas, campos de golf, hoteles de lujo... Imagínate.

—¿Y por eso el escándalo?

Tomás sonrió ante mi ingenuidad.

—No, el escándalo vino por quién era uno de los consejeros delegados de la empresa. ¿Sabes quién era?

—¿El presi? ¿Acevedo?

—No, qué carajo. Eso hubiera sido demasiado descarado. Pero el hijo sí.

—¿Willy?

—Eso es: Guillermo Acevedo. Estaba en el consejo de administración. Y, por lo que leo —me mostró un folio impreso—, una de las empresas que participaban en Veteled era Ansoario S.L., que, según esto —alzó otra hoja—, viene a ser propiedad de ese policía, el tal Andrade, a medias con una tal Margarita Fuentes de Leza y Ossorio.

—Su mujer —apunté.

—Supongo. Bueno, pues si yo fuera un presidente del gobierno autónomo y no quisiera que algo se supiera sobre mí, sería exactamente esto. Porque, además, en 1987 —cogió unos cuantos papeles más—, Veteled comenzó a comprar terrenos a lo bestia en Marruecos, Mauritania y Cabo Verde. Y, si te fijas en los recortes de prensa y en estos informes hechos a máquina, las compras siempre coincidían más o menos con visitas oficiales de Acevedo a esos sitios.

Me quedé parado, pensativo. «Joder», dije.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué pasa?

—Coño, pasa que llevo un montón de días mirando todo esto como un bobo, sin enterarme de nada. Y tú vas, y, en veinte minutos, descubres dónde está la madre del cordero.

—Hombre, Adrián, no digo yo que sea así. También me puedo equivocar. Y a lo mejor hay algo más.

—No te me pongas modesto ahora, hermano. Tú naciste para detective, carajo.

—No es eso. Un par de cursillos de administración de empresas en Cecapyme y estar al cabo de la calle y leer el periódico.

Nos quedamos callados un rato. En algún momento, Tomás me adivinó el pensamiento:

—Pero yo no veo a esta gente matando a nadie a puñaladas —dijo.

—Ahí está la cosa: yo tampoco. Nadie se los imagina acuchillando a alguien. Pero a mí sí. A mí cualquiera me imaginaría haciendo eso, ¿no?

A Tomás se le pusieron los ojos turbios y barrió el suelo con la mirada. Me sentí mal: no tenía derecho a descargar con él toda aquella mierda. Si alguien, aparte de la Coja, me había mostrado lealtad en esos años, ése había sido él. Le di una palmadita en la espalda y me puse a recoger los papeles.

—¿Tú puedes guardar todo esto en algún lugar seguro? —Asintió y yo añadí, metiéndome el *pen drive* en el bolsillo—: Te debo un favor de los gordos. Otro más.

—No me debes nada. En todo caso...

No continuó hablando. Tampoco se levantó para despedirme. Lo dejé allí, en la soledad del cuartucho, atravesé el almacén y salí por la puerta de servicio. Cuando estaba a punto de abrirla, escuché, a mis espaldas, el sonido de un puñetazo sobre la

mesa del despacho.

SI yo hubiese sido un tío razonable, habría echado tierra sobre todo aquello. Habría intentado rehacer mi vida, arrastrarme más o menos dignamente hacia la vejez, hacia una muerte tranquila y natural. Eso es lo que hubiera hecho alguien razonable: apartarse del asunto.

Sin embargo, yo no soy un tipo razonable. Yo soy un cabronazo cabreado, un don nadie, un tipo al que borraron del mundo, un olvidado. Y sobre lo que este olvidado echaría tierra sería sobre cada uno de los hijos de puta que mataron a Diego y me buscaron la ruina.

Me di cuenta de lo importante que era anotar todo lo que estaba ocurriendo, todo lo que había pasado, todo lo que aún podía suceder. Todo debía quedar registrado: lo que había hecho, lo que había averiguado, lo que haría y averiguaría más adelante. No sabía hasta cuándo podría hacerlo. Muy probablemente, las páginas finales no las escribiría yo.

Transcurrió el domingo y después el lunes y finalmente llegamos al martes. Durante todos esos días yo no hice otra cosa que escribir.

Pero el martes era día quince, día de la entrevista con mi educador, así que subí a visitarlo en su oficina de Salto del Negro. Me jodía volver allá, llegar a ese cruce, entre un vertedero y un valle plomizo, ingresar nuevamente en esa tierra de nadie que es la cárcel. Pero cuando hay que ir, hay que ir.

Pensé que el educador me preguntaría sobre la visita de Alonso y el subnormal, pero también me equivocaba en esto. La policía debió de avisarle de que no tenían nada contra mí, porque el tipo obvió completamente el asunto y no sería yo quien sacara el tema. Como siempre, me preguntó si estaba bebiendo, si me había drogado, si estaba yendo al trabajo, si todo iba bien. Le conté que estaba de vacaciones, que solía bajar al Sur, que leía y me daba paseos, toda esa murga que a mí me aburría tanto contar como a él oír, pero que no quedaba más remedio que soltar, un guión insoslayable al que debíamos ceñirnos. La visita acabó como siempre: un blando apretón de manos, recomendaciones de que siguiera como iba, ofrecimiento de ayuda en caso de que yo la necesitara, recordatorio de que él nunca apagaba su teléfono móvil.

Después de la visita, comí algo en el Muelle Deportivo. Solo, en un restaurante

casi vacío, mirando los veleros y yates de la dársena y, más allá, el mar, el Puerto de Las Palmas, el horizonte. Mientras tomaba el café, me pregunté qué iba a hacer ahora. Quizá ya lo sabía, aunque no lo hubiera pensado. Quizá por eso había ido a comer precisamente allí, tan cerca de Ciudad Jardín. Era ahí, en Ciudad Jardín, donde estaba la mansión de los Acevedo, que alguno de ellos continuaría habitando. Me daba igual si el padre o el hijo o ambos: la casa de los Acevedo estaba ahí, muy cerca, a mis espaldas; con solo cruzar un parque y un par de calles me internaría en el laberinto de parquecitos arbolados y chalés del Barrio Inglés, ese vestigio de la gloria pasada de la flota comercial británica en la isla, la pequeña ciudad colonial dentro de la ciudad colonial que los ingleses se construyeron para no echar de menos su estilo de vida mientras utilizaban la isla como base de operaciones para continuar saqueando África.

TODO el mundo sabe, aunque nadie quiera recordarlo en voz alta, que, antes de la muerte de Franco, Ernesto Acevedo Blay ya era uno de esos abogaduchos afines al Movimiento que desoyeron los consejos del Caudillo y se metieron en política hasta alcanzar discretos pero influyentes puestos en el escalafón de la tecnocracia. No le resultó complicado: a fin de cuentas, era el vástago primogénito de la última generación de una larga casta de oligarcas aguatenientes, una de las muchas familias de rancio abolengo que no habían dudado en sumarse a la Gloriosa Cruzada del 36.

Todo el mundo sabe igualmente, aunque todo el mundo lo olvida cuando habla en público sobre él, que hasta 1978 no se puso la chaqueta de monárquico, de centrista, de templado demócrata convencido, católico pero tolerante, conservador pero reformista, nacionalista pero europeísta. Como tantos otros, ejerció de paladín de la reconciliación, de la modernización, de la moderación. Formó, pues, parte (y una parte notable) de las fuerzas coadyuvantes a eso que se llamó Transición Democrática, aquel proceso de reorganización de las elites en torno a nuevas fuentes de poder: libertad, pero solo para los liberales; justicia, pero solo para quienes pudieran pagársela; tolerancia, especialmente para los intolerantes. Y todo ello gracias a una amnesia general disfrazada de espíritu fraterno.

El presi, el gran hombre, el hombre del pueblo, el hombre que se ha hecho a sí mismo, el hombre acaudalado y poderoso, pero campechano, asiduo al Estadio Insular y a las romerías, el apasionado colombófilo que convive con las clases populares en las sueltas de palomas, a quien puede abordarse en la calle o en su despacho, porque siempre tiene su puerta abierta para escuchar a sus conciudadanos, aun cuando se haya retirado de la política hace tiempo y ahora solo desempeñe un papel honorífico como presidente de la sede territorial de una fundación que lleva el nombre de su mentor en política, y cuyas funciones no van más allá de colaborar en labores sociales: cuestaciones para la lucha contra el cáncer y las enfermedades raras, recogidas de alimentos o de material escolar para donarlos a las misiones católicas. Pura farsa, mero lavado de cara, pobre caridad disfrazada de solidaridad para que señoras bien y caballeros circunspectos puedan dormir tranquilos entre expolio y expolio.

Y eso me vino de perlas, porque al llegar a las puertas de la mansión de los Acevedo me encontré con que una plaquita indicaba que allí estaba también la sede de la fundación. Observando la fachada, resultaba fácil entender que la construcción de una planta que había en uno de los flancos del edificio era mucho más reciente, aunque el arquitecto hubiese intentado no romper la armonía modernista de la fachada. Entre los dos interruptores que había en la entrada, elegí el que designaba a la fundación. Nadie preguntó quién era. Sencillamente, la cancela se abrió y atravesé los metros de patio que me separaban de la puerta. Allí me esperaba una cuarentona gordita, pulcra y amable que, cuando pregunté por don Ernesto me pidió mi nombre.

—Claudio Román. No me espera. Bueno, de hecho, no nos conocemos personalmente. Pero quería hablar con él porque tengo previsto hacer una donación.

La sonrisa de la gordita se amplió aún más. Me señaló un sofá donde podía esperar y desapareció tras una puerta que debía de dar al despacho del presi.

No hice uso del sofá. En lugar de eso me dediqué a echar un vistazo. De las paredes pendían diplomas y premios concedidos por sociedades filantrópicas, doctorados *honoris causa* y diversas fotografías más o menos de estudio, más o menos gastadas por el tiempo, más o menos idénticas, excepción hecha de quienes acompañaban a Acevedo. Recuerdo solo unas cuantas: Acevedo con Pepe Dámaso, Acevedo con Mari Sánchez, Acevedo con Adolfo Suárez, Acevedo con el Rey. Estas dos últimas parecían algo más grandes, sus marcos eran de ébano y ocupaban un puesto de honor en el centro de una de las paredes, justo a la altura de los ojos. Junto a ellas (ejemplo de humildad y sencillez) había una en la que, en mangas de camisa, el viejo posaba en un palomar, con un buchón canario en la mano. También había una foto más reciente, de Acevedo rodeado de damas de caridad en una mesa en la que se recogían donaciones para el Domund. La segunda dama a la izquierda del presi era Patricia, menos teñida y más turgente que ahora. Una de sus marinas ocupaba, por cierto, otro puesto de honor al final de aquella misma pared, junto a una puerta que debía de ser la del cuarto de baño.

No hay nada como llegar a un prostíbulo diciendo que tienes dinero para gastarlo en él. La secretaria o ayudante o lo que quiera que fuese de Acevedo regresó feliz como si llevara encajadas unas bolas chinas y me hizo pasar, preguntándome de paso si quería tomar un café o un té. Rehusé el refrigerio, porque eso supondría que en algún momento la gorda irrumpiría en el despacho para servirlo y yo no deseaba nada tanto como tener intimidad con el presi.

Él me esperaba en pie junto a su escritorio, terminando de ajustarse el nudo de la corbata y tirándose de las mangas de la camisa debajo de la americana. Evidentemente, había vuelto a ponerse esa chaqueta y esa corbata al saber que un tarugo con pasta quería verlo para regalársela.

En contra de lo que yo había supuesto, el despacho no era demasiado grande ni

lujoso. Delante de una pared completamente ocupada por una estantería repleta de viejos libros de leyes, había un escritorio con ordenador y teléfono, con dos sillas para recibir. A un lado existía una mesa redonda preparada para reuniones. Al otro, un gran ventanal daba al jardín. Eso era todo, si exceptuamos los dos archivadores que había junto al escritorio y otro de los horribles cuadros de Patricia, que convertía el rincón de las reuniones en una puerta al puto infierno.

El viejo se presentó, mostrando su blanca y ordenada piñata, demasiado blanca y demasiado ordenada para ser la dentadura verdadera de un tipo de más de setenta años. Me tendió una mano blanda y arrugada y me ofreció asiento. Sospechando que deseaba que me sentase en la mesa de reuniones (seguramente buscaba una informalidad útil al propósito de esquilmamiento del donante filantrópico), lo hice en una de las dos sillas que había frente al escritorio, lo cual lo obligó a sentarse él al otro lado, en su sillón giratorio.

Desplegué rápidamente la telaraña del camelo, tras esa identidad que ya había inventado para Patricia, pero esta vez me aseguré de incluir que había estudiado en los Jesuitas, con Guillermo.

—Por cierto, ¿cómo está Willy? —me apresuré a añadir—. Hace siglos que no sé nada de él.

—Oh, muy bien. Muy dedicado a la familia. Tiene dos chiquillos. El más grande ya va a la universidad. Derecho, como el abuelo —dijo, con la boca llena de dientes y baba.

—¿Sigue con Veteled? —el viejo hizo gesto de no entender a la primera y, sobre la marcha, lo saqué de dudas—. Willy. La última vez que hablamos, estaba trabajando en Veteled.

Acevedo apartó a Veteled de la conversación con un ademán y una simple frase:

—Ah, no. Esa sociedad se disolvió. Willy tiene ahora una consultoría. No le va mal, teniendo en cuenta cómo está la cosa. Bueno, ¿y en qué puedo...?

El presi intentaba llevarme al terreno de mi presunta donación, pero no lo dejé: lo interrumpí dando un suspiro.

—Ah, cuánto tiempo sin venir a la isla... Uno echa de menos a los viejos amigos... Tengo que llamar a Willy un día de éstos...

—Llámelo. Seguro que le da una alegría.

—¿Tiene usted su móvil?

—Pues claro.

Esto último lo dijo intentando disimular el fastidio. Cogió su móvil con esa mano flaca y temblona que tiene y buscó el número de Willy en la agenda, explicando que desde que existían esos cacharros había perdido la práctica de memorizar los números. Le sonreí el comentario mientras anotaba el número en un papel y me lo daba. Lo guardé, diciendo:

—Lo llamo esta misma tarde, fíjese. Qué pena que no pueda hacer lo mismo con todos. Al pobre Diego, por ejemplo, ya no se le puede llamar.

Acevedo puso la misma cara que habría puesto si le hubieran puesto un cúter en los huevos.

—¿Diego?

—Sí, Diego. Diego Jiménez Darías. Se acuerda de él, ¿no? De hecho, trabajaba con usted.

—Sí, el pobre Diego... —empezó a decir. Pero luego se calló y se me quedó mirando muy fijamente con sus ojillos turbios. Le sostuve la mirada, permitiéndole que averiguara en qué jardín estaba metido. Lentamente, comenzó a comprender que las cosas no andaban en su sitio, que no es prudente permitir que cualquiera entre en tu oficina, sobre todo si viene con el pretexto de firmarte un cheque, porque ya nadie da nada por nada y, en ocasiones, ni siquiera da, sino que viene a quitarte. Y ése era exactamente el caso: yo había venido a arrebatarse a Acevedo el sosiego, la seguridad, la falsamente optimista sensación de que se tiene la conciencia tranquila —. Usted... Usted...

Repitió lo mismo una vez más. Luego se quedó callado, masticando el aire, barruntando y moviendo la mano torpona hacia el teléfono. Decidí que había llegado el momento de hablar en plata, aunque solo fuera para no tener que impedirle entrar en pánico dándole una hostia.

—No se preocupe, que no le voy a hacer nada. Después puede llamar a quien quiera, pero ahora escúcheme. Usted sabe quién soy, ¿verdad? Ande, dígalo: ¿quién soy?

—Usted es el que... Usted es el de Diego, el que le hizo... —masculló.

—Qué desilusión, don Ernesto. Ni siquiera me recuerda el nombre. Adrián. Me llamo Adrián Miranda. Y sí, soy el que andaba con Diego, el que fue a la cárcel por matarlo. Solo que no fui yo quien lo mató.

—¿Cómo que no? Le condenaron y...

—Me condenaron, pero no fui yo.

Hice una pausa, para permitirle que preguntara quién se suponía entonces que había sido. Pero eso no le interesaba una mierda. Le interesaba más bien, otra cosa:

—¿Qué es lo que quiere? ¿Quiere dinero?

Solté una carcajada.

—Por mí, su dinero lo puede emplear en cosas mejores: poner una escuela en África o metérselo en el culo. Eso me da igual. Lo que quiero es otra cosa.

—¿Qué?

—Justicia. Quiero justicia y la voy a tener. Porque me comí un marrón que no era mío.

Otra vez movió la zarpa hacia el teléfono. Lo disuadí levantándome y sentándome

a medias en mi lado de la mesa, dándole el perfil y apoyándome en una mano que puse junto al aparato. Acevedo no es tonto: un septuagenario escuchimizado contra un tipo como yo no tenía ni una sola oportunidad, así que dejó la mano quietecita y se echó hacia atrás en el asiento, por si las moscas.

—Me pasé veintitantos años pensando que a Diego lo habría matado algún yonqui, para robarle, o algo así. Pero hace poquito me he venido a dar cuenta de que no: de que la ruina me la echó encima un madero. Muy amigo suyo, por cierto: José Luis Andrade Ruiz.

Puso cara de póquer. Me obligaba a refrescarle la memoria.

—José Luis Andrade Ruiz. El marido de Margarita Fuentes de Leza y Ossorio, la prima de su mujer. Ellos, el madero y doña Margarita, tenían una empresa que se llamaba Ansorio, que participaba en Veteled. Si todavía no cae, le diré que tiene una foto con una hija suya ahí al lado, en el vestíbulo, y un cuadro de los de ella al lado de la puerta del baño. Y otro ahí mismo. Ya sabe a quién me estoy refiriendo, ¿verdad?

Asintió.

—Pues me enteré de que este hombre fue el que me buscó la ruina. Entonces, empecé a preguntarme qué le había hecho yo, por qué cojones me hundió en la miseria. Y, ¿a que no sabe qué? A cada paso que doy para enterarme, más me acerco a Willy, a usted y a esas empresas con las que todos ustedes se hicieron de oro en la época en que usted era presidente. ¿Qué le parece la vaina?

—No sé lo que está pretendiendo usted decir...

—Lo que pretendo decir es que ustedes estaban muy interesados en que me culparan a mí. Así que seguramente quien lo mató lo hizo por encargo de ustedes.

—¿Y por qué iba a querer nadie de mi entorno...? Quiero decir: ¿por qué íbamos a querer hacerle nada malo a Diego? Diego era para mí como un hijo, era un cacho de pan...

—Creo que ésa es la única verdad que ha dicho usted en muchos años. Diego era un cacho de pan, un tío de puta madre. Y sabía mucho de los asuntos de usted. Lo guardaba todo en un maletín que llevaba siempre. Y no me extrañaría nada que se enterara de algo muy chungo que tuviera que ver con los negocios de la familia. ¿O me equivoco?

—Se equivoca de cabo a rabo, señor mío —dijo con una indignación tan impostada como ridícula—. Los negocios de mi hijo y del resto de mi familia, incluida mi prima y su marido, son de una probidad que...

—Pare el carro ahí —lo corté. Había pronunciado la palabra «probidad» con una solemnidad tan falsa, tan gastada y tan vieja como la propia palabra. Me produjo asco y lástima al mismo tiempo—. No hace falta que me suelte discursitos, que no está hablando con ningún periodista. Y tampoco hace falta que venga a intentar vacilarme

ni a decirme de qué color es la cabra, porque los pelos de la cabra los tengo yo en la mano y ya sé perfectamente de qué color es.

El viejo sacó pecho:

—¿Y entonces? ¿Para qué vino? ¿Qué quiere? ¿Dinero? ¿Amenazarme?

—No necesito amenazarlo. Solo vine para verle el jocico y decirle en la cara que sé quién coño son ustedes en realidad; que no me engañan con el rollito de la apariencia honorable y las obritas de caridad; que sé lo que hicieron y que voy a tirar de la manta —hice una cruz con los dedos y le di un sonoro beso—. Por éstas. Por los huesos de mi madre, que se murió con un hijo en la cárcel, le juro que voy a tirar de la manta y los voy a dejar a todos ustedes con el culo al aire.

Fue lo último que le dije antes de irme, dejándolo con cara de espanto y la mano nuevamente acercándose al teléfono.

NO fui a casa de Diego inmediatamente. Después de dejar a Acevedo, preferí esperar hasta el atardecer, hasta esa hora en que todos comenzamos a ser sombras, cuando la gente regresa del trabajo y está demasiado cansada para fijarse en el rostro de nadie y, sobre todo, para recordarlo.

Cuando salté la tapia, llevaba conmigo una linterna y una pata de cabra. Lo primero porque en un cuarto de hora sería de noche y, en todo caso, en el interior estaría oscuro como boca de lobo. Lo segundo porque me había propuesto entrar y enfrentarme a la oscuridad y el pasado fuera como fuese y, si no encontraba una forma más sencilla, me cargaría la cadena y el candado de la puerta delantera. Atravesar las malezas crecidas del patio delantero me hizo sentirme como esos caballeros de los cuentos, cuando se aproximan al castillo donde el dragón retiene a la princesa. Pero aquí no había castillos ni dragones ni princesas ni, mucho menos, caballeros: solo un tipo que se mete en una propiedad abandonada que un día fue su casa, buscando no se sabe qué.

Ni yo mismo lo sabía con exactitud, mientras rodeaba la fachada, inspeccionaba el patio trasero, la puerta y las ventanas de la cocina, también tapiadas, hasta descubrir, por fin, una ventana en el piso alto (la ventana del cuarto de baño correspondiente al dormitorio), que no estaba tapiada. No sé si se les acabó el cemento o los ladrillos o si, simplemente, decidieron que no valía la pena, pero el caso es que se habían limitado a condenarla con unas tablas de madera sin desbastar, ahora podridas por las inclemencias de los tiempos atmosféricos y cronológicos.

Trepé con poca dificultad, ayudándome de salientes en el muro rústico de piedra que el constructor había ideado para este lado de la casa. Ni siquiera hizo falta usar la pata de cabra. De un simple puñetazo abrí un boquete en lo que un día fue un maderaje. Del agujero salió una vaharada de aire sucio, hediondo a polvajera y humedad. Repetí la operación un par de veces, hasta que no hubo más que arrancar con la mano los trozos que faltaban. Metí la cabeza, los brazos y los hombros y, después, el resto del cuerpo. Aterricé de cara contra la bañera, seca, pero llena de mierda añeja. No me di contra la loza, pero sentí en la frente el golpe con algo de metal: la pata de cabra, que aún llevaba en la mano.

Antes de comenzar a recorrer la casa, me quedé sentado al borde de la bañera,

mirando al vacío, acostumbrando los ojos a la oscuridad. Sentí el líquido caliente resbalándome por la cara desde la brecha que la pata de cabra me había abierto. Escocía, pero era solo un rasguño.

Salí al dormitorio, donde quedaba el armazón de la cama y el ropero, vacío, salvo por algunas cajas de cartón en las que encontré cortinas, sábanas y edredones acartonados.

Del pasillo se habían llevado la cómoda y los cuadros. Solo habían dejado, al parecer, los dos plafones que iluminaban el camino hacia el despacho, que era la habitación que debían de haber elegido como trastero, porque estaba atestado de muebles, cajas apiladas y trastos inútiles, entre los que descubrí la bicicleta estática de Diego.

En la biblioteca quedaban solo las estanterías y algún libro solitario, tirado aquí o allá. La familia se los habría llevado o los habría donado, igual que la ropa. Los que no habían merecido esa suerte, eran un volumen suelto de la *Historia de la Filosofía* de Hirschberger (en concreto el tomo II), un manual de bricolaje, la *Filosofía de la religión* de Manuel Fraijó y un libro de Derecho Canónico. Aparté el de Hirschberger para llevármelo como recuerdo.

El resto de la casa estaba prácticamente desnuda, salvo el poyo de la cocina, sobre el cual había tres cajas llenas de menaje y utensilios. Los empaquetaron para llevárselos y luego los olvidaron o decidieron que no querían cargar con ellos.

Volví al despacho y removí trastos y cajas durante un buen rato. Finalmente, en el fondo de una de ellas, descubrí por qué había venido, qué era lo que buscaba en aquella tumba de penumbra y mugre, cuando palpé la superficie dura del maletín rojo, aquél que Diego cuidaba con celo, aquél que me estaba prohibido tocar porque guardaba los secretos de Ernesto Acevedo y de los suyos.

Ya era noche cerrada, tenía la ropa y las manos sucias y la cara aún llena de sangre. Solucioné lo de la cara y las manos como pude, con el agua de una botella y unas servilletas que tenía en la Trans. Luego miré a lo que había en el asiento del acompañante: un maletín rojo y el libro de Hirschberger. El libro daba igual adónde lo llevara, porque los libros de Filosofía le sudan la polla a todo el mundo, pero aquel maletín, lleno de documentos, no podía guardarlo en mi casa. Así que me fui a Juan Grande.

En la oscuridad, las luces de la nueva prisión brillaban en la noche de Gran Canaria como debieron de brillar las de Dachau en Baviera, como las linternas de un barco fantasma en medio de la nada. Por bien que me saliera la jugada, como mínimo acabaría dando con mis huesos ahí, de nuevo en prisión. Me resbalaba, si lograba hacer todo lo que tenía que hacer antes de que me trincaran.

La puerta del barracón de Juan Grande seguía tal cual. El interior también. Nadie había entrado. Dejé las cosas de Curbelo tal y como estaban, con una sola excepción:

la pistola. Ésta la cargué y la monté, asegurándome de que el seguro quedara puesto. Después la metí en el maletín, entre los papeles.

Por último, lo introduje todo en el aparador, en la gaveta inferior, cuya puerta aún cierra.

He escrito esto en mi casa, después de darme una buena ducha y echarme yodo en la herida de la frente. Casi no se nota. Ahora, junto a la libreta, tengo el libro de Hirschberger, que tantas veces vi en las manos de Diego en las tardes aburridas de domingo. Algo más allá, sobre la mesa, está el papel con el número de teléfono de Willy. Puedo esperar unas horas, dormir y darme un buen desayuno, antes de joderle la vida.

Dejo de escribir. Llaman a la puerta.

C ANDI acaba de irse. Al abrir la puerta anoche (tengo que escribir «anoche» porque fue solo hace unas horas, aunque a mí me parezca que hace ya años que ocurrió), me la encontré ahí, en el pasillo, en chancletas, vestida de andar por casa con un pantalón de pijama y una camiseta publicitaria. No llevaba maquillaje y, en lugar de las lentillas, tenía puestas unas gafas de montura de pasta de color celeste. Tenía el pelo recogido en un moño y su olor a mandarina era un recuerdo del perfume que se habría puesto a primera hora de la tarde. Llevaba en la mano el ejemplar de *Misericordia* que le había prestado. Acababa de terminárselo. Me acompañó al interior y mientras yo iba a ponerlo en su sitio, cerró la puerta tras de sí.

—Me lo leí añurgada, Adrián. Con un nudo aquí todo el rato —dijo, poniéndose una mano en la garganta—. Yo sé que soy una pobre inculta y a lo mejor no lo entiendo bien todo, pero me emocionó.

—Este tío escribía para nosotros, para los de abajo —le dije—. No hay por qué ser culto para entenderlo. Al contrario: yo creo que son los de arriba los que no lo entienden.

—¿Los de arriba?

—Sí, los que tienen la sartén por el mango y quieren el mango también.

No hizo falta explicarle mucho más. Cuando siempre se ha estado abajo, se sabe perfectamente quiénes son los de arriba.

—¿Quieres que te preste otro?

Al volverme, me di cuenta de que se me había plantado muy cerca.

—Quiero que me demuestres que el mundo no es así de feo.

—El que quiera milagros, que se vaya a Lourdes, Candi. El mundo es como es.

—Pero no toda la gente es así. Tú no eres así.

—Yo soy un cacho de cabrón, Candi. Y no te conviene acercarte demasiado.

Justo después de que yo dijera esto, Candi se quitó las gafas, dejándolas en la estantería y dio un paso hacia mí. Entonces vi por primera vez sus ojos, que son marrones, del color de la caoba, con un destello ambarino que me sorprendió. Aquellos ojos se agrandaban al clavarse en los míos, como si dos tormentas solares se aproximaran hacia mí para devorarme.

Entonces todo sucedió de pronto, pero muy suavemente, como una danza que

hubiéramos ensayado mil veces. No sé quién inició el contacto, pero poco después estábamos enzarzados, sintiendo carne contra carne. Nuestros cuerpos imperfectos, nuestros cueros de mediana edad, acabaron pronto en la cama. Lo hicimos aquí, en esta cama de cuerpo y medio donde ahora sé que caben dos cuerpos. No fue apasionado ni violento ni ardoroso. Lo hicimos como se hace con los viejos amantes, como dos viejos amigos que se han deseado durante años y ya no tienen que impresionarse mutuamente, sino disfrutar minuciosamente el uno del otro.

Nos dormimos formando una cuchara, ella envuelta en mi abrazo, y por primera vez en mucho tiempo no tuve pesadillas. Por la mañana la sentí moverse, darme un beso en la frente y levantarse con mucho cuidado. Fingí estar dormido durante unos minutos, pero luego pensé que, si todo salía como debía salir, esa podía ser la última vez que la viese. Hacerme el dormido, teniendo en cuenta eso, me pareció mezquino, así que me levanté. Ella estaba en el sofá. Había encontrado su ropa y estaba poniéndosela. Al verme se quedó parada un momento, con la camiseta en la mano, me sonrió y, antes de introducir en ella la cabeza y los brazos, me dijo que no quería despertarme. Después, ya vestida, vino hacia mí, diciéndome que volviera a acostarme, que era temprano, que ella debía prepararse para ir a trabajar.

—No, yo también tengo cosas que hacer —dije—. Te hago un café y desayunamos juntos, ¿vale?

Negó con la cabeza.

—No, en serio, tengo que prepararme. Además, anoche, cuando vine, me dejé todas las luces encendidas. No tenía previsto que... Bueno, que acabáramos así.

Se aproximó y me miró con esos ojos de leona que tiene.

—¿Te arrepientes? —pregunté.

Me regaló un beso largo, uno de esos besos, lentos, calientes y lambusiones, antes de responder:

—Ni de coña. Fue lindo.

Me dio un par de muerdos más, antes de marcharse. No le dije que a lo mejor no volveríamos a vernos, que hoy voy a hacer algo que me llevará al talego o al depósito de cadáveres o lejos, muy lejos de la isla. Eso hubiera sido melodramático, cursi e innecesario. Preferí quedarme con esa imagen de ella en pijama y camiseta, caminando sonriente hacia la puerta, diciéndome con esa voz ronca y dulce de ocho de la mañana que ya nos veríamos en la siguiente caricatura.

TRAS la visita al presi, supuse que se andarían con tiento, que no me echarían otra vez encima a la madera antes de saber qué era exactamente lo que yo sabía. Tenía cierto margen de maniobra y lo aproveché.

El trullo, en realidad, te enseña pocas cosas: a mentir convincentemente, a mantener la boca cerrada, a cubrirte lo mejor posible cuando no tienes posibilidad de ganar una pelea y a hacer tu maleta en cinco minutos. Esta vez tardé diez. Metí lo indispensable en el bolso de viaje. Para el final dejé el transistor, el libro de Hirschberger, el libro que estoy leyendo en estos días (una novela de Samuel Beckett que me gustaría poder terminar) y el ejemplar de *Misericordia* que Candi había leído. Ese libro había estado en sus manos. Sería el único recuerdo suyo que me llevara, ahora que me había duchado y el chorro se había llevado al desagüe su sudor y su saliva.

Me vestí con unos pantalones de faena, unas playeras y una camiseta de manga larga. Prefería estar cómodo, poder moverme sin dificultad.

Luego desayuné tranquilamente, viendo las noticias en la tele. La prima de riesgo seguía dando sustos, habría elecciones anticipadas y en Madrid y Barcelona la gente continuaba manifestándose. Nada nuevo bajo el sol: una mierda de país en el mismo mundo de mierda de siempre.

Solo cuando me acabé el café, apagué la tele, encendí un cigarrillo y llamé a Willy.

No lo dejó sonar demasiado y, cuando descolgó, preguntó quién era más por costumbre que por necesidad. Le dije mi nombre, dio un suspiro y dijo:

—Cuéntame a qué viene todo esto.

—¿No lo sabes?

—Sé que estuviste en la oficina de mi padre y que le dijiste cosas muy feas. Solo eso.

—Mentira. Sabes bastante más. Sabes todo lo relacionado con Veteled y con Ansorio. Y sabes que yo no le hice aquello a Diego.

Otro suspiro. Otra larga pausa para que su esfínter hiciera flexiones. Pero hay que reconocer que Willy mantenía la compostura. Contra lo que yo esperaba, ni siquiera se molestó en intentar negarlo.

—¿Qué es lo que pretendes?

Ahí estaba el aclarado. Me tocaba hacer mi jugada.

—¿Cuánto dinero en metálico eres capaz de conseguir hoy?

Debía de tenerlo previsto, porque enseguida respondió que unos seis o siete mil euros.

—Entonces, que sean diez.

—¿Diez?

—Diez mil euros. Pero me los tienes que dar tú personalmente.

—¿Yo? ¿Por qué yo? Tengo gente a la que pago para...

—Tú. O me voy a la policía con todo lo que tengo.

Soltó una risita teatral.

—¿A la policía? ¿Y tú crees que te van a hacer puto caso?

—Cuando vean lo que tengo, sí.

—¿Y qué tienes?

—Enterarte de eso te va a costar diez mil euros. Llámame a este teléfono cuando tengas la pasta. Y vete pensando en algún sitio agradable donde nos podamos ver.

Seguro que tardó menos en reunir la pasta que en elegir un sitio. El caso es que me llamó un par de horas después, citándome a las once en una oficina que tiene en Rafael Cabrera. Evidentemente, quería que la reunión fuese privada. Eso era lo que yo quería saber, así que le propuse lo contrario.

—Pensándolo mejor, hace un día bonito. Nos vemos a las once, pero en el bodegón del Pueblo Canario.

—Oye, no... —empezó a decir, pero, antes de que lograra decir nada más, corté. Volvió a llamar un par de veces. No respondí.

EL Pueblo Canario es una edificación rectangular de argamasa y piedra de cantería que remeda una supuesta plaza de pueblo tradicional, con su ermita y su torreón, en cuyos extremos se sitúan respectivamente un bar y un museo en memoria de quien tuvo la idea del artefacto, Néstor Martín Fernández de la Torre, pintor y diseñador modernista, impulsor de todo el proyecto junto con su hermano, a la sazón arquitecto.

Me pareció una buena opción: es público, pero, a esa hora y en día laborable, suele estar muy poco concurrido; resulta un lugar céntrico (está situado en Ciudad Jardín, junto al parque Doramas y el Hotel Santa Catalina) con aparcamientos cercanos y, además, no queda lejos de la casa del presi, de donde, con toda seguridad, saldría una parte del dinero. Por último, había algo de preferencia estética en esa elección: con ese embuste arquitectónico, Néstor de la Torre contribuyó a la uniformidad de una identidad insular artificial, donde acaso quede una pizca de verdad, lo suficientemente diluida como para poder venderla a los foráneos en su macedonia de cachorros, naifes, timplas, bandurrias y fajines. Esa estafa etnográfica resultaría un sitio perfecto para citarme con el último vástago (por el momento) de la vieja oligarquía.

Willy era eso: el puente que prolongaba el maridaje entre los viejos zánganos y los nuevos poderosos; el ejemplo viviente de que las castas de la opresión se prolongan solamente si son capaces de inventar nuevos mecanismos de control del poder, cada vez más sutiles, más ocultos. De vez en cuando, para fingir que el sistema es justo, que funciona, que tiene sus garantías y es democrático, trincan a alguno de ellos con las manos pringadas, normalmente por la denuncia de otro que es de su mismo palo; pero la Ley siempre es más lenta, más torpe, y está menos interesada en llevar al talego a estos hijos de la gran pauta que a los cuatro miserables que sobreviven a base de vender mandanga o dar tirones. En todo caso, tras «limpiar su nombre» (porque las causas caducan o porque la memoria colectiva es débil), sus papás o sus amiguitos vuelven a llevarlos al terreno de juego, para que jueguen el segundo tiempo en algún lugar discreto.

Aparqué en la entrada norte, la que da al parque Doramas y el Hotel Santa Catalina, en un estacionamiento situado junto a un busto que representa a Néstor de la

Torre, el padre de la criatura. No está mal: mientras visitas su Pueblo Canario, el propio Néstor te vigila el coche. No me extrañó ver allí cierto todoterreno que me resultaba muy familiar. Al fin y al cabo, parte de la pasta debía de ser del dueño de ese cuatro por cuatro. Esto estaba previsto, entraba en la lógica natural de las cosas.

Entré al recinto, bajé las escalinatas que dan al patio y me senté en una de las mesas más lejanas al bar. El camarero, no obstante, me vio enseguida y vino a tomarme nota. Pedí café con leche y un bocadillo de pata asada.

En sus tiempos, el Pueblo Canario fue una juerga continua, el sitio al que iban a parar inevitablemente todos los guiris que quisieran comer algo parecido a las papas arrugadas con mojo o escuchar algo similar a la isa canaria divertida y parrandera. No sé si los domingos seguirá siendo animado, pero un miércoles a las once de la mañana es un recinto prácticamente desierto.

Willy llegó por la puerta sur. Venía vestido de pantalón de pinzas y camisa gris. No llevaba chaqueta ni corbata. No porque hiciera calor, que lo hacía, sino porque los pequeños chorizos como yo no nos merecemos elegancia: eso se guarda para los otros chorizos, los grandes, los que cortan el bacalao y trabajan como asesores o figuran en listas electorales o en consejos de administración. Vi cómo se acercaba su figura enteca y alta, cómo su cabeza de glande con el pelo engominado y su rostro anguloso y bronceado se movía a un lado y otro. No le costó dar conmigo: era el único cliente de la terraza, aparte de la pareja de guiris que, muchas mesas más allá, consultaban planos de la ciudad y guías de viaje. Ni nos saludamos ni hicimos ademán de tendernos la mano. Simplemente, se sentó frente a mí y se hizo hacia atrás en la silla. El camarero no lo conocía, pero debía de saber quién era, porque voló hasta él con sonrisa lameculera y se apresuró a traerle su cerveza, acompañada de unas papas fritas.

PROLONGUÉ el silencio hasta que me hube acabado el bocata, porque solo hay dos cosas que merezcan postergar la recepción de diez mil euros: la pata asada y la humillación de un enemigo; y yo disponía, en ese momento, de ambas.

Luego encendí un cigarrillo para disfrutar del último resto de café con leche. Willy prosiguió mirándome con su cara de caballo un buen rato más, hasta que por fin se cansó y dijo:

—Veo que hay cosas que no cambian: sigues siendo el mismo borde de siempre.

—Muy equivocado estás tú, Willy. Hay cosas que sí cambian. Yo he cambiado mucho. Ya no soy un jacoso. Ya ves: ni siquiera bebo.

—Que no te metas jaco no quiere decir que no seas un jacoso.

—Puede que ahí lleves razón. Pero sí que he cambiado. Mucho. He leído. He estudiado. He aprendido a pensar.

—Siempre fuiste un hijo de mala madre y eso tampoco habrá cambiado.

—Eso sí puede ser.

—*Puede ser*, no. Seguro. Mira que le dije veces a Diego que tú solo lo querías por las perras. Pero él, todavía no sé lo que te vio, confiaba en poder cambiarte. Y no, mi niño: los tipos como tú no cambian.

—Ya sé lo que le decías. Lo sé porque él me lo contaba a mí. Tiene gracia la cosa: nunca te atreviste a liarle con él, pero luego venías a meterle bichos conmigo.

Un resorte saltó a su cara, enrojeciéndola de ira.

—Alto ahí, maricón. Yo soy un hombre casado, con hijos. Y me gusta más un coño...

—Que comer con los dedos —completé con todo el sarcasmo que fui capaz de mostrar—. Eso es lo que le dices a tus amigotes y a tu padre, cuando vas al estadio a ver los partidos. Pero seguro que cuando te acuestas con esa mujercita tuya tan flaca y tan elegante, se te vienen a la mente los culos de los futbolistas. Fijo que le pides que te deje hacérselo por detrás, para consolarte. A mí no me engañas: me dediqué mucho tiempo a la chapa. Solo hace falta verte caminar para saber que eres una marica de tapadillo.

—Vete a la mierda.

—En la mierda me he pasado más de veinte años. Ahora te toca el turno a ti.

Dio un bufido, miró en derredor, intentó calmarse y acabar con todo aquello de una buena vez.

—Vale. La reinsertión es cojonuda, te has convertido en un hombre nuevo y hasta puede que te haya crecido más el rabo. Ahora vamos al asunto: ¿por qué se supone que tengo que darte diez mil euros?

Saqué el *pen drive* y lo puse sobre la mesa. Quedó allí, junto a la taza, acariciado por la mirada almendrada de Willy.

—¿Y qué se supone que hay ahí?

—Todo. Para empezar, los archivos de Curbelo.

—¿Curbelo?

—El detective, el bizco. El tipo que les hacía el trabajo sucio a ustedes —entendí que Willy no conocía a Curbelo, que solo sabía de él por lo que Andrade le había contado. Cuando estuve seguro de que comprendía de quién hablaba, proseguí—: Resulta que el tal Curbelo no era tonto del todo. Tenía ficha completa de tu viejo y de tu amigo el madero. De las empresas: Veteled, Ansorio... ¿Te suenan? Ficha tuya no tenía, pero tu nombre sale por ahí también, claro.

Willy se pasó la mano por la coronilla, intentando mantener la compostura.

—Curbelo murió hace poco, ¿no?

—Sí, una desgracia —dije con cinismo.

—Hay que reconocer que los tienes cuadrados. ¿Quién te dice a ti que no te voy a denunciar?

—Para empezar, el hecho de que cuando me pregunten por qué lo maté, voy a contar todo esto. Yo ya me comí una muerte. Puedo comerme otra. Sé vivir ahí dentro. Tu viejo puede que no llegara a pisar el trullo. Pero contigo... Vamos, contigo iba a ser muy distinto; conozco a un par de bujarrones que se lo iban a pasar pipa empujándote la caquita.

Obvió el último comentario y pasó a hacer su órdago:

—¿Tú crees que la policía te iba a creer?

Le sostuve la mirada.

—Yo creo que sí. Sobre todo cuando les hable de otra fuente de información que tenía pruebas de lo que estaban haciendo con esas empresas cuando el presi era el presi.

—¿Qué otra fuente?

—¿Cuál va a ser? Diego.

Ahora sí que la cara se le quedó a cuadros. Parecía no tener ni puta idea de qué quería decir yo con aquello. Procedí a explicárselo.

—¿Te acuerdas del maletín rojo que llevaba siempre? Pues, mira tú lo que son las cosas, yo vine a dar con él hace muy poquito. Y está a buen recaudo. Muy succulento.

Ahora jugó de farol, soltando una gran carcajada.

—Tú eres tolete... Aunque todo eso fuera verdad, se trataría de delitos económicos. Ya prescribieron hace un montón.

—El homicidio no es un delito económico.

—El homicidio fue cosa tuya.

—No, señor. Yo no maté a Diego. Y lo sabes bien.

La rabia se le vino arriba y tuvo que contenerse para no gritar. Pero no pudo evitar dar una palmada sobre la mesa:

—Hijo de puta. Lo mataste tú. A lo mejor no tenías el cuchillo en la mano, pero fuiste tú quien lo mató...

—Déjate de mierdas. Me comí un marrón de veinte años por culpa de ustedes, ladrones, hijos de puta. Ahora no me vengas con tu rollo del amigo fiel, porque fueron ustedes los que se lo cargaron, no yo. Afloja la pasta y vete al coño de tu madre de una puta vez.

—¿O si no, qué?

—O si no, me voy a comisaría y me entrego por lo de Curbelo, pero de paso me llevo toda la documentación. Ah, y por si no hacen nada, primero mando todo eso a los periódicos. Tengo un montón de direcciones de email. Hay que ver lo que se puede difundir por ahí con solo hacer un clic.

Pareció tranquilizarse, intentar dominar la situación, obrar con cautela. Se metió una mano en el bolsillo delantero del pantalón, donde seguramente tenía el móvil. Yo no hubiera necesitado mucho más para saber que él no era el único que me estaba escuchando.

—¿Y el maletín? —preguntó.

Señalé al *pen drive*.

—Lo que contiene el maletín está ahí, escaneado —mentí—. Pero los papeles, igual que los archivos de Curbelo, están a buen recaudo. Y así se van a quedar hasta que yo esté donde tu amigo Andrade no pueda venir a joderme.

—Pero, vamos a ver, ¿tú piensas que yo te voy a dar diez mil euros por unas copias escaneadas?

—No. Me vas a dar diez mil euros porque me comí veinte años de una muerte que era de ustedes. Me vas a dar diez mil euros como compensación por eso. Pero, sobre todo, me los vas a dar para que me calle. A ti, a tu viejo y al madero les conviene que me esté calladito y que me olvide de todos ustedes de una puta vez. Porque, colega, yo no sé qué vas a hacer tú, pero yo me voy a largar de esta mierda de país. Me puedo ir con tus diez mil euros en el bolsillo o me puedo ir con lo puesto, pero después de poner todo eso que hay ahí en los papeles. Sé de más de un periodista que se lo pasaría de puta madre con esto. —Volví a señalar el lápiz de memoria—. Tú eliges. Pero elige pronto, porque, pirarme, me piro.

Dicho esto, hice ademán de levantarme, pero me atajó con un gesto de la mano.

Seguidamente, se incorporó hasta alcanzar el bolsillo trasero de su pantalón. Extrajo de él un sobre doblado. Lo cogí, estaba caliente y ya húmedo por el sudor de sus nalgas.

Lo puse entre mis piernas y lo abrí. En el interior había un fajo de billetes de quinientos. Una vez leí que la Agencia Tributaria estaba intentando averiguar dónde andaban un montón de millones de estos billetes que no aparecían por ningún lado. ¿Dónde iban a estar? Estaban en manos de hijos de puta como Andrade y los Acevedo. Saqué uno y lo arrugué. Luego los conté: había unos veinte. Pero, en realidad, me daba igual. El dinero era la última de mis prioridades, solo una parte del atrezzo de la función.

Me metí el sobre en el bolsillón lateral de los pantalones. Después, sencillamente, me puse en pie.

—Bueno, Willy, que te vaya bonito. Te dejo la cuenta ahí. No creo que estos tíos tengan cambio de quinientos.

El camarero ya venía hacia la mesa. Mientras me alejaba, escuché la voz de Willy llamándome cabrón. Me han llamado cosas más bonitas. Y más feas.

LA Trans estaba ahí, esperándome. Algo más allá, en el Chevrolet negro, también había alguien esperándome. Vi su silueta moverse en el interior. Seguramente guardaba el móvil con el que había estado escuchando la conversación. Pensé que iba a seguirme en el cuatro por cuatro, pero entendí que estaba abriendo la portezuela para salir, así que me demoré todo lo posible en sacar las llaves de la Trans, para darle tiempo de llegar hasta mí.

No me volví hasta que no lo tuve a mi lado. Entonces vi sus gafas de cristales de espejo, su cazadora bomber marrón. Nadie lleva una chaqueta así en una mañana de treinta grados si no es para ocultar algo. Lo que ocultaba me lo mostró con un lento ademán, abriéndola hasta que pude ver la culata de un pequeño revólver entibiándose contra su cadera panzona. No había pronunciado aún ni una sola palabra. Ahora, con ademán chulesco, dio un paso atrás y dijo:

—Ya tenía yo ganas de verte. ¿Te acuerdas de mí?

Le enseñé algo parecido a una sonrisa.

—Claro que sí. El señor Mierda Número 3.

El tipo miró en derredor y, solo tras asegurarse de que no había nadie mirando, me arreó una piña de las de te-la-debo en plena boca del estómago. No me cogió por sorpresa, pero no esperaba que me diera ahí. Sin embargo, procuré no perder el equilibrio y apoyé el brazo izquierdo y la frente en la carrocería mientras recobraba el aliento.

—Ésta es la última gilipollez que me sueltas.

Andrade también esperó a que me recuperara del golpe. No parecía tener ninguna prisa, aunque aprovechó para cachearme. Escuché los pasos de Willy llegando hasta nosotros, poniéndose a su lado.

—Escúchame bien, Adrián —dijo el madero—, porque la cosa no es complicada. Nos vas a dar los papeles del maletín y los papeles de Curbelo.

Me metí la mano en el bolsillo de la pernera para sacar el sobre y dárselo, pero él puso la suya sobre mi hombro.

—No, chico, no te preocupes. Ese dinero es tuyo.

Willy comenzó a protestar, pero Andrade lo atajó.

—No, Willy, el muchacho tiene razón: se lo merece, por las molestias.

—¿Lo vas a dejar que se lleve mi dinero?

—Una parte es mía. Y, fíjate, a mí no me importa. Lo que es justo es justo, ¿verdad, Adrián?

Willy soltó un bufido, pero Andrade le dio la espalda y se dirigió a mí:

—La pasta te la quedas tú, sin problema. Pero, vamos a ver si nos entendemos: hasta que no me des hasta el último papel, no te voy a dejar tranquilo.

—No los tengo aquí.

—Claro que no. Hasta bueno estaría. Tan tonto no eres. ¿Dónde están?

—Están fuera, en el Sur, en un sitio que tengo.

—Muy bien. Vamos para allá, nos los das y, después, cada uno por su lado. Tú te vas a Cancún o donde te dé la gana y nosotros nos olvidamos de que tú existes.

Los tipos como Andrade nunca son tan amistosos, tan negociadores ni, por supuesto, tan generosos. Darle los papeles era un suicidio. El ofrecimiento de dejarme ir con la pasta era un incentivo para que yo aceptara meterme dócilmente en la boca del lobo. Willy no lo sabía, pero yo sí. Yo aún sopesaba el asunto cuando el madero insistió:

—¿Qué? ¿Qué va a ser?

Dije que sí con la cabeza e, inmediatamente, Andrade le entregó a Willy las llaves del todoterreno.

—Tú vete siguiéndonos de cerca. Luego volvemos juntos.

A regañadientes, el hijo del presi se fue hacia el Chevrolet.

Andrade me indicó cómo entraríamos en la Trans: abriríamos la puerta posterior y yo pasaría hacia delante hasta llegar al asiento del chófer. Él iría detrás. Me pareció innecesaria tanta precaución, pero no me apetecía llevarme otro puñetazo. Abrí la puerta de atrás, atravesé el portabultos y salté sobre el asiento trasero. Cuando lo estaba haciendo, sentí a mis espaldas cómo el poli se metía en la furgoneta con dificultad. Ya no era tan joven. Hubiera sido fácil volverme y darle una buena hostia. No hubiera tenido tiempo de sacar la cacharra. Pero no era eso lo que yo quería. No quería hacer eso ni quería hacerlo allí.

Esperé a que estuviera sentado en el asiento trasero. Entonces noté en la espalda, a través del respaldo, el cañón del revólver, mientras él me decía que arrancara suavemente. Mirándolo por el retrovisor, le pregunté:

—Andrade, ¿ese trasto tiene el seguro puesto?

Se rio con suficiencia:

—Este modelo no tiene seguro.

—Siendo así, te agradecería que apuntaras hacia otro lado. No me apetece nada que me metas un tiro en la columna por culpa de un bache.

Volvió a reírse, se hizo hacia atrás y dejé de notar la presión.

—Es verdad. Además, tú eres un pibe listo, no se te ocurriría intentar nada, ¿no?

Arranqué, procurando no hacer ningún movimiento brusco, dando tiempo a que Willy nos siguiera con comodidad. Le pregunté a Andrade si le importaba que pusiera la radio.

—Haz lo que te salga de la pinga —contestó, poniéndose cómodo.

Estaban dando *Vicious*, de Lou Reed. Me divirtió mucho la coincidencia: conducir hacia la salida Sur de la ciudad llevando en la furgona al padre de la Patri y que sonara precisamente esa canción, *Vicious*, que habla de una tía viciosa que quiere que le den leña. Estuve a punto de hacer partícipe al poli de estos pensamientos, pero provocarle hubiera podido precipitar demasiado las cosas.

Continuamos avanzando por entre el tráfico de la autopista, escuchando rock hasta más allá de Telde. Creo recordar que pusieron el *Young Americans* de David Bowie y una de Frank Zappa, *Apostrophe*. Después, pasando Vecindario, justo cuando estaba comenzando *Voodoo Longue*, la señal se perdió y aquella banda fue invadida por una de esas emisoras del sudeste que dan música pachanguera.

El silencio duró unos minutos. Pero a Andrade no debía de gustarle. Echó un vistazo hacia atrás para comprobar que Acevedo no nos perdía la pista y preguntó:

—¿Adónde se supone que vamos, exactamente?

—A Juan Grande.

—¿Y qué hay allí?

Me encantó esa pregunta.

—Allí está lo que era yo antes de esta mierda en la que me convertí.

—Vale, muy poético, pero ¿qué hay?

—Una finca. Una finca de mis padres. Mejor dicho: una finca *que fue* de mis padres.

—¿Y ahora de quién es?

Me encogí de hombros. Saqué el paquete de tabaco y, por encima del asiento, se lo ofrecí. Negó con un gesto que vi por el espejo. Encendí uno, tosí un poco y escupí por la ventanilla, antes de empezar a hablar.

—Mis padres eran de allí, de Juan Grande. Tomateros. Hijos de tomateros y nietos de tomateros. El padre de mi madre no era más que un jornalero, pero, en algún momento, consiguió comprar esa finca. Mis viejos la conservaron siempre. La ilusión de ellos era hacerse una casita y bajarse a vivir allí cuando se jubilaran. No pudo ser. ¿Sabes por qué? —Su silencio evidenció que ni lo sabía ni le importaba, pero se lo dije igualmente—. Porque les metieron a un hijo en la cárcel. Les dijeron que ese hijo había matado al hijo de otra persona. Los pobres viejos malvendieron la finca para pagar la indemnización. Fíjate: se podían haber hecho los locos, se suponía que era asunto mío y no de ellos. Pero vendieron la finca a un puto banco para conseguir el dinero que había que pagar a la familia de Diego. Y no lo hicieron por mí, sino porque de verdad creían que era lo justo. ¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta de

la cantidad de vidas que jodieron ustedes? Lo mío da igual. Yo era un puto yonqui, un chapero, un hijo de puta. Pero mis viejos no debían culpa. Ni ellos ni mi hermano.

—Daños colaterales —dijo—. Ellos y tú. No te des tanta importancia. Te tocó a ti como le podía haber tocado a otro.

Estabas en el sitio adecuado y eras el típico tío capaz de hacer algo así. Nos viniste de cojones para solucionar aquella historia.

Andrade me daba cada vez más asco.

—«Solucionar aquella historia». Qué bonito queda dicho así. Colgarme una muerte era solucionar una historia. Quitar de en medio a Diego, supongo que fue algo que hicieron para solucionar otra historia, ¿no?

—¿Hicieron? A mí no me metas en eso.

—¿Cómo que no?

Por el espejo vi su expresión de estupor. Yo me había colado en algo, algo se me escapaba.

—Como que no, tarugo. A mí me puedes echar en cara que te pegué el chicle y que te comiste el marrón por mi culpa. Pero, las cosas como son, yo no tuve nada que ver con lo de Diego.

Si yo estaba equivocado, si él sabía algo que yo no, tenía que sacárselo pronto, antes de llegar a Juan Grande, antes de cruzar el punto de no retorno.

—Tuviste que ver, igual que Willy y que el presi. Lo hicieron entre todos ustedes. Da igual quién empuñara el cuchillo. A ninguno de ustedes les interesaba que Diego hablara.

Se echó a reír, con una carcajada gutural y estridente. Luego, manteniendo una sonrisa de sarcasmo, preguntó:

—Vamos a ver, alma de pollo: ¿qué es lo que crees tú que pasó?

—¿Qué va a ser? Vi los papeles. Diego se dio cuenta de los tejemanejes que ustedes se traían con las empresas. Reunió información sobre lo que hacían: utilizar el cargo del presi para hacer negocio. Seguramente hasta desviaban ayudas y fondos para Veteled y Ansorio. Tú y tu mujer son unos testaferreros. El propio Willy lo es. Diego no era como ustedes. Era un tipo honrado. Lo más probable es que antes de denunciarlos les advirtiera, para intentar solucionar las cosas sin hundirlos, porque también era leal y no quería joderles la vida a los Acevedo.

Volvió a echarse a reír. Esta vez, en su risa, no solo había sarcasmo y burla, sino también, y eso fue lo que más me sorprendió, alivio.

—¿De qué coño te ríes?

—De que no eres más gilipollas porque no te entrenas.

Se hizo adelante hasta apoyar la mano en el respaldo de mi asiento.

—Para empezar, en esa época, Ansorio ni siquiera existía.

Dejó que digiriera esa información. Luego prosiguió:

—Sí, querido. Anitorio se montó después. Y yo, al Diego, ni lo conocía. Yo ya tenía mis negocios con Neto Acevedo, pero con Willy todavía no. Eso sí: me consta que el tal Diego no era trigo limpio. De hecho, fue a él a quien se le ocurrió la idea de que Willy montara Veteled. ¿No sabías eso? —De esa pregunta inferí que se me debía de haber puesto cara de tonto—. Parece que Ernesto tenía problemas para financiarse. Así que Diego, que para algo era asesor, le dijo que ésa era una buena opción: montar Veteled y comenzar a pillar contratos por ahí. Encima, era cómodo de cojones. Cuando algún tiburón necesitaba una recalificación o una contrata de servicios, y estaba dispuesto a pagar una comisión, todo se cobraba por Veteled. Y todos los tiburones estaban dispuestos a pagar esas comisiones, porque ya sabes cómo es este país: el que no paga no pilla. Así que el dinero entraba por todos lados. Después se invertía en empresas de fuera. O se mandaba a alguna cuenta en el extranjero. El nombre de Ernesto no figuraba para nada en ningún lado. Diego era un cerebro para esas cosas.

—¿Entonces, qué me estás queriendo decir?

—Te estoy queriendo decir que si has montado todo este pollo porque creías que Diego era un mártir que iba a denunciar los chanchullos de Acevedo, eres un puto tarado.

Me tragué el insulto. Porque lo merecía y porque él tenía una cacharra. Pero, sobre todo, porque habíamos tomado la desviación a Juan Grande y ya dábamos la curva desde la que se divisaba la cárcel nueva. Andrade la miró de reajo y pareció reconfortado cuando comprobó que dejábamos ese camino a la derecha y volvíamos a tomar hacia el norte por un camino vecinal. En ese momento, sonó su móvil.

—Dime... —le escuché decir—. Sí, todo bien... Pues sigue... Sí, a la izquierda... —se dirigió a mí—. ¿Falta mucho?

—En un par de minutos estamos allí.

Volvió a hablarle al teléfono:

—Poquito... Venga, hasta ahora.

Cuando volvió a guardarse el teléfono, se apoyó nuevamente en mi respaldo y preguntó con voz ronca:

—¿No vas a hacerme una jugada, verdad? Te lo digo porque si te portas bien te dejo que te vayas tranquilito con la pasta y que cada uno se rasque su culo, pero si veo que me intentas hacer alguna faena, te pego un puto tiro.

—Andrade, ahora mismo lo único que quiero es quitarme todo este tema de encima. Y entender, si puedo, qué coño fue lo que pasó.

—Te quedaste choqueado, ¿verdad? ¿No te esperabas que tu amorcito estuviera metido hasta las trancas?

—Pero, si es así, entonces, ¿qué fue lo que pasó?

—Eso no es de mi negociado. Me da igual si se volvió avaricioso, si hubo un

conflicto de intereses o si se cayó veinte veces él solo encima del cuchillo. Lo que a mí me tocaba era que anticorrupción no se pusiera a hurgar en los papeles de Diego. Y la mejor manera era dárselo todo masticadito. Y la verdad es que no me lo pusiste difícil, eso lo tienes que reconocer. Cuando me di cuenta de que habías salido por patas con el coche del pobre bujarrón, no me lo podía creer. Creo que me puse hasta a dar palmaditas con el culo.

MÁS o menos mientras Andrade decía esto, llegamos a la finca. Aparqué justo delante del barracón. Andrade, echando una ojeada alrededor, me hizo esperar a que llegara Willy. Solo después, cuando éste se hubo apeado del Chevrolet, me dijo:

—Dame las llaves y pon las manos en el techo hasta que yo te lo diga.

Obedecí. Se guardó las llaves del coche en el bolsillo del pantalón, pasó hacia atrás sobre el respaldo sin dejar de apuntarme, no sin dificultad, y, finalmente, salió por la puerta trasera. Cuando rodeó el vehículo y llegó a mi altura, yo aún hacía el bobo con las manos pegadas al techo. Me ordenó que saliera.

Willy ya esperaba junto a la puerta del barracón. Nos miraba alternativamente a nosotros y al candado. Saqué el llavero.

—Tengo la llave. —Mientras buscaba el llavín del candado, creí conveniente hacerme un seguro de vida, no sea que les fuera a dar por liquidarme en cuanto abriera, así que añadí—: Aquí está el maletín de Diego. Lo de Curbelo lo tengo en Playa del Inglés.

Se consultaron con la mirada.

—¿Playa del Inglés? —dijo Willy con asombro—. ¿Por qué cojones...?

—Porque nunca hay que poner todos los huevos en la misma cesta —adivinó Andrade, que se estaba pasando de listillo.

—Eso es —confirmé—. De todos modos, ya estamos en el Sur. De aquí a allí es media hora. Tengo una habitación cogida en un hotel de allá.

—Cómo les gusta a ustedes un mariconeo... —comentó el poli. No sé a quién se refería exactamente ese *ustedes*, pero me incluía a mí, eso seguro.

Cuando entramos al barracón, anduvo a un paso detrás de mí, apuntándome, hasta que llegué ante el aparador. Willy se quedó junto a la puerta, como si dar un paso más le hubiera cubierto ya de mierda. Sus ojos se clavaron en el centro, en la silla fijada al suelo y las manchas de sangre de Felo que aún había a su alrededor.

—¿Qué cojones ha pasado aquí?

—Nada que nos interese a nosotros —cortó Andrade, aferrándose al papel de poli bueno—. Venga, Adrián, vamos a acabar con esto de una vez.

Asentí. Me arrodillé. Abrí la gaveta en la que había guardado el maletín. Sentí a

mi espalda la presencia de Andrade, su respiración entrecortada por el calor y el polvo, la mirada expectante que Willy nos lanzaba desde la entrada. Podía prolongar el momento un poco más. Con la mano buscando a tientas el cierre del maletín, saqué la cabeza y vi el pie del madero, embutido en un mocasín barato, la pernera de sus pantalones de sintético, el negro y pequeño cañón del revólver, el rostro ceniciento al otro extremo, con el ceño fruncido por la curiosidad:

—Me olvidé de preguntarte si te llegó bien el envío que te hice, Andrade.

Por un momento, vi en su mirada cómo ataba cabos. Justo en ese instante, ya había abierto el maletín y notaba el tacto duro de la Glock.

—No veas cómo le gusta a la guarra de tu hija que le den caña.

En un segundo, sus ojos pasaron de la incertidumbre a una ira que ni siquiera tuvo tiempo de brillar.

—Hijo de la gran puta —me escupió alzando el revólver para darme un culatazo en la cabeza.

Ése era mi momento. Y lo aproveché. Me volví sobre mí mismo y, en un solo movimiento, aferré su mano con mi izquierda mientras la derecha apoyaba el cañón de la Glock sobre su pie y apretaba el gatillo. La pistola y su revólver se dispararon casi a la misma vez. Andrade sintió el espasmo del tiro de su propia arma al mismo tiempo que una bala le atravesaba el empeine. Ni siquiera un cerdo hubiera gritado igual, al tiempo que caía hacia atrás conmigo encima, arrebatándole el arma. Aproveché para propinarle un rodillazo en los huevos, por si la herida del pie no le mantenía lo suficientemente ocupado mientras yo me incorporaba, procurando reponerme de la quemadura que me acababa de producir el cañón humeante del revólver. Quemaba como una puta cafetera hirviendo. Pero ya dejaría que me doliera en otro momento. Ahora tocaba Willy.

Yo había pensado que Willy intentaría huir. Sin embargo, el pijo repeinado tuvo un instante de arrojo y saltó hacia nosotros. El arrojo se le quitó cuando ya casi estaba llegando y le di con el revólver en toda la boca. Entonces lo que arrojó fueron dos dientes, al tiempo que caía en posición fetal a ese suelo que le parecía tan sucio. No me conformé: le di un par de veces más usando el cuerpo del revólver como hubiera usado una piedra. El resultado inmediato fue que lo dejé grogui y le abrí un par de brechas en la cabeza. Una en la sien. Otra por encima de la oreja. Su sangre se mezcló con la gomina y con la mugre del suelo.

Me alejé de ellos unos pasos. Necesitaba recuperar el aliento, dejar espacio, organizarme. Para empezar, me guardé el revólver en un bolsillo lateral del pantalón. Aún estaba caliente, pero ya no quemaba. Comprobé, por cierto, que la quemadura de la mano no era grave, solo una hinchazón colorada que afectaba a la palma y a parte de los dedos índice y pulgar. Pero los dedos estaban todos. Y enteros, que es lo importante. Sin soltar la pistola contemplé mi obra: Willy continuaba casi inmóvil,

pero parecía estar recobrando el sentido. El madero, sin parar de berrear y de decirme de todo menos bonito, se agarraba la pantorrilla, intentando cortar la hemorragia. No sangraba tanto como yo había esperado, pero sangraba bastante.

Busqué una soga y se la lancé. Me miró de reojo.

—¿Encima me vas a maniar?

—Y luego el gilipollas soy yo... Hazte un torniquete, melón. No te quiero muerto todavía.

Como pudo, se arrastró hacia atrás, hasta quedar apoyado en la pared. Luego se hizo el torniquete, usando para apretarlo un bolígrafo que llevaba en el bolsillo de la camisa. Se le daba bien. Hubiera sido un ATS cojonudo si no se hubiera metido a madero. El pie era un desastre: en los bordes del agujero, no demasiado ancho, había una mezcla de carne, sangre y plástico de los mocasines. Si hubieran sido unos zapatos caros, de los de cuero, la cosa hubiera sido más limpia. Eso le pasaba por gastar más en coche que en zapatos. En el suelo, delante del aparador, allá donde tenía el pie cuando le disparé, había otro agujero. Si alguien se molestaba en cavar, terminaría encontrando la bala. Pero nadie se molestaría.

Saqué de la gaveta el maletín, lo abrí y vacié su contenido sobre Acevedo.

—¿No querías los papeles? —le dije dándole una patada suave en el culo—. Pues toma los putos papeles.

Ya se había despertado. Se incorporó hasta quedar apoyado contra el mueble y tomó papeles de aquí y de allá. Los miró con descuido y luego me miró a mí, poniendo cara de cordero degollado. La verdad es que estaba hecho un puto desastre, con sangre en la cabeza, el lado izquierdo de la cara, la barbilla y la camisa, que ahora ya no tenía los faldones por dentro del pantalón ni estaba tan impoluta y bien planchada.

—Ahí los tienes. Métecelos por el puto culo. O métecelos a tu viejo. Me la suda. Lo que quiero es saber qué coño ocurrió.

Permaneció en silencio, con algo entre el rencor y el espanto llenándole la mirada.

De repente, Acevedo se echó a reír.

Andrade parecía haber controlado el dolor. Todavía daba algún respingo (la cosa debía de escocer), pero tuvo redaños para sacar un purito y encenderlo.

Yo también encendí un cigarrillo. Apuntándoles a ambos alternativamente con la pistola, anuncié:

—Bueno, éste es el plan: el que me diga lo que pasó, quién se cargó a Diego y por qué, sale de aquí vivo. Al otro lo mando para Las Chacaritas.

El miedo puede quebrar las más firmes alianzas, las más hermosas amistades, el más bello de los amores. Eso no hay que explicarlo. El primero en saltar, por supuesto, fue Willy.

—A mí no me mires —soltó, señalando al viejo—. El que te metió en la cárcel

fue él.

—Esto me pasa a mí por juntarme con sarasas —dijo Andrade como para sí.

—Pues bien rentable que te ha salido —le escupió Willy—. A ti y a la gandula de tu mujer.

—A ella no las metas en esto. Todo este follón es por tu culpa, niño de los huevos... Si no fuera por tu padre...

—Si no fuera por mi padre, tu mujer y tú todavía seguirían muriéndose de hambre, intentando vivir de tu sueldo de mierda.

—Y a mucha honra. Tenía que haberme conformado con eso, en vez de dejarme liar, niño pijo de los cojones...

—No te vi tan preocupado por la honra cuando pillabas la pasta o cuando pedías más. —Ahí se dirigió a mí—. ¿Tú sabes la cantidad de cuadros de éstos que pinta la Patricia que le hemos tenido que comprar? Joder, si el cuarto trastero de mi casa parece el puto museo de los horrores, coño...

—A mi hija la dejas tranquila.

Empezaron a insultarse a palo seco. Los corté pegando un tiro al aire.

—Vamos a ver si me aclaro: ¿qué coño tienen que ver los cuadros con todo esto?

Los dos me miraron como si fuese gilipollas. Fue Willy quien explicó:

—Aquí, el caballero, cada vez que está pasando un apuro por su mala cabeza, viene a exprimir un poco más el limón.

—Sí, pero ¿qué tienen que ver los cuadros?

—¿Tú qué te piensas, que nos va a dar factura? Lo que hace es colocarnos los cuadros de la tarada esa y nosotros los pagamos como si fueran Picassos. Encima la muchacha tiene ínfulas.

El poli fue a insultarlo otra vez, pero lo atajé con un movimiento de Glock. Se quedó callado como un guardia suizo.

—Hace veinte años, Patricia no pintaba, ¿no?

Willy se rio con ironía.

—Claro que no. En esa época fue lo de Ansorio. El caso era tomar tajada.

Empecé a comprender. Aunque faltaban piezas, todo empezaba a ponerse en su sitio. Me fui a por Andrade.

—Tú le has estado sacando los cuartos veinte años a los Acevedo, entonces.

—Yo solo he reclamado lo que es mío. Porque yo también arriesgué. ¡Y mucho!

—¿Tú? —le soltó Willy—. ¿Qué coño arriesgabas tú?

—Mi carrera, mi imagen. ¡Todo! Te saqué del hoyo, hijo de puta. Te saqué de la mierda. ¿O no te acuerdas de esa noche, cuando me llamó tu padre? —Andrade imitó la voz lastimera del viejo Acevedo—. «Ay, Pepe, que el chiquillo se me buscó un problema grande. Te necesito, Pepe, te necesito». Y después tú, lloriqueando: «Yo no sé qué me pasó. Es que me cegué. Es que me cegué...». Ciego te tenían que haber

dejado al nacer, mamonazo. Ciego, sordo y mudo, como una puta Anna Sullivan. Menos disgustos hubieras dado, maricona de los cojones.

Hasta entonces se me habían pasado por la cabeza muchísimas posibilidades. Casi un cuarto de siglo preguntándome quién había apuñalado a Diego y en ningún momento había llegado a pensar que hubiera podido hacerlo Willy personalmente.

No había sido un robo que había salido mal. No había sido una conspiración para evitar que denunciase algo turbio. Ni siquiera una disputa entre socios. Lisa y llanamente, había sido un arrebato. El poli seguía insultándolo mientras él miraba al infinito, el cual debía de andar escondido como en un Aleph situado en un punto indeterminado del suelo.

—Andrade —le dije.

El tipo paró de insultar a Willy, dejó caer al suelo la ceniza del purito y me preguntó:

—¿Sí?

—Me encanta oír los gritos de tu hija cuando se corre, pero, a ti, estoy hartito de escucharte.

Fue la última frase que escuchó. Le di un tiro en la frente. Se quedó bizco, con una estúpida expresión de sorpresa. Luego su cabeza cayó hacia el hombro y su cuerpo se aflojó. El purito quedó tirado sobre los pantalones y comenzó a hacerle un agujero en el tergal.

Miré a Willy, que había soltado un gritito y había comenzado a sollozar, al mismo tiempo que su cuerpo se contraía en el rincón, como si éste pudiera absorberlo, hacerlo desaparecer de allí, salvarle. Pero ya nada podía salvarle. Ambos lo sabíamos. Ya nada podía evitar que yo hiciera lo que iba a hacer. Por eso, porque ya nada tenía remedio, fue por lo que empezó a hablar.

NI siquiera tuve que preguntarle. Los sollozos, los balbuceos, fueron convirtiéndose en palabras y Willy empezó a contar lo que había ocurrido aquella noche en que Diego lo llamó, llorando como él lloraba ahora, por mi culpa, porque nuevamente yo me había ido después de una bronca; porque otra vez había cogido dinero y llevaba horas sin aparecer y él no sabía ya qué hacer conmigo. Contó también cómo fue a casa de Diego, cómo intentó consolarle, cómo intentó hacerle ver que tenía que dejarme, que yo lo iba a quitar del mundo, que yo no le merecía. Pareció entrar en razón, eso dijo Willy, que Diego pareció entrar en razón, se tranquilizó un poco y así fue como Willy puso un par de whiskys y bebieron y se relajaron otro poco más y bebieron más whisky y, por animarlo, Willy le preguntó cuántos años hacía que eran amigos y Diego dijo que miles y recordaron sus tiempos de estudiantes y bebieron más y Willy recordó cómo se divertían y Diego dijo que él nunca había logrado comprenderle del todo, que era como si él, Willy, estuviera empeñado en vivir una vida que no era la suya y entonces ya estaban cerca uno del otro y se dieron un abrazo, así, callados, y, en ese momento, Diego lo besó y él se dejó besar, un momento, solo un momento, pero el tiempo suficiente como para disfrutar de ese beso, de esa boca, de esos labios y esa lengua y en ese instante fue cuando se nubló todo, cuando llegó la cegazón y una nube se le puso en los ojos y él lo empujó y lo golpeó y lo llamó maricón y Diego al principio no comprendió e intentó levantarse, pero él, Willy, le pegó otra vez y ahí sí que Diego se defendió y le soltó un puñetazo y Willy intentó agarrarlo y que todo acabara pero Diego no quiso, intentó arañarlo, sacarle los ojos, y lo insultaba y le decía reprimido de mierda y cosas así de feas y Willy le dio otro y otro y otro golpe mientras lo agarraba hasta que, en una de éstas, Diego se zafó y fue a la cocina y cogió un cuchillo gritando fuera, fuera de mi casa, como una bruja, como una arpía, como una ménade, con esos grititos que daba cuando estaba fuera de sí y después todo fue confuso como si miraras a través de una media, pero con esa claridad que da una lupa, Willy no sabía si yo lo entendía, pero fue así, como si todo estuviera muy turbio y tremendamente claro a la vez, tremendamente nítido, como las luces de las farolas cuando hay calima, una cosa así, de esa forma fue todo hasta que de repente Diego ya estaba en el suelo, quieto, muy quieto, y él soltó el cuchillo y lo llamó y lo sacudió por los

hombros pero ya no hubo modo porque solo había sangre, sangre por todos lados, en las manos y en los brazos y en las piernas y en la ropa y en los ojos.

Cuando dejó de hablar, aún sollozó un poco más. Luego dio un par de suspiritos y me miró. Yo estaba frente a él, apoyado contra la mesa de trabajo. Parecía completamente sereno y resignado cuando dijo, a modo de conclusión:

—Y esto es lo que hay, Adrián. Lo maté yo. A mi mejor amigo. Yo.

—Y me pegaste el chicle a mí.

—Si te sirve de consuelo, ésa no fue mi intención. Pensé en confesar y entregarme. Eso te lo juro por lo más sagrado. Pero cometí un error: llamé primero a mi padre. Él fue el que me convenció. Me decía que lo arrastraría con él, que él tenía una responsabilidad grande. Y que no era solo él, sino un montón de gente que confiaba en él, el partido y todo eso. Y, por supuesto, también estaba la familia.

—Y mi familia no importaba.

—Hablemos en plata, Adrián: en ese momento, nadie pensó en tu familia. Mi padre pensó en salvar el culo, Andrade pensó en lo bien que le vendría sacarnos del lío y, en fin, al final terminaron convenciéndome a mí también de que aquello era lo mejor.

—Ricachones de mierda —le escupí con desprecio.

Con sarcasmo, me miró de reojo y dijo:

—No, ahí te equivocas. No solo fuimos nosotros. Hubo otros que también salvaron el culo gracias a la putada que te hicieron.

Cogió uno de los papeles. Tenía membrete de Veteled. Era una lista de nombres con series de números.

—Tienes que entender una cosa, Adrián: Veteled era una lavadora. No solo servía para tapar los chanchullos de la familia. También había otros que invertían capital en ella, capital que nadie preguntaba de dónde procedía. Después recibían la pasta limpita, a falta de un pequeño interés. Toda esa gente hubiera tenido muchos problemas si los de Anticorrupción hubieran investigado a fondo lo de Diego. Incluso, si yo me hubiera entregado, habrían salido todos los trapos sucios, los negocios que teníamos juntos, las cuentas de la empresa.

—¿Me vas a venir ahora con que todos los que hay ahí apuntados sabían la jugada?

—No, claro que no. Aunque hay uno que sí. Uno que, mira tú por dónde, fue quien avisó a Andrade de dónde te podíamos trincar. —Me tendió la hoja y, mientras yo la leía buscando un nombre que me resultara familiar, prosiguió—: Y, fíjate, hijos de puta hay en todos lados, porque no es precisamente un ricachón, ni uno de familia bien. Se supone que es uno «de los tuyos». Pero hacía negocios con nosotros.

De pronto, el nombre me saltó a los ojos y yo levanté la cabeza, consultando a Willy con la mirada, sin poder creérmelo.

—Sí, es lo que acabas de leer. Ya ves que yo ni siquiera tenía esos papeles: eran de Diego. Eras tú el que los tenía. Y fue Diego quien apuntó ese nombre y ese número de cuenta. Y sí, te vendió. Ése te vendió. Igual que te vendió el tal Felo. Igual que todos. Porque para ellos era solo una cuestión de dinero, igual que para Andrade o para mi padre. Era solo dinero y por eso les daba igual lo que pasara. Mi padre... Para mi padre era también solamente eso: cuestión de dinero. Yo, en realidad, nunca le he importado una mierda. A él solo le importaba el dinero. La posición, el buen nombre, el partido, la familia: todo eso solo sirve para conservar poder y el poder solo sirve para hacer dinero.

Doblé el papel, me lo metí en un bolsillo e interrumpí el monologazo de Willy, que parecía estar hablando más para sí mismo que para mí. Si seguía así acabaría convenciéndome de que se merecía una oportunidad. Y no se la merecía. Así que alcé la pistola y le apunté. Se quedó callado, mirándome, pero casi sin miedo, como si estuviera en la silla de un dentista.

—¿Algún último deseo?

—Que no me dispaes en la cara. Quiero que mi padre pueda verme la cara en el velatorio.

—Tu padre no va a ir a tu velatorio —le dije antes de descerrajarle tres tiros en todo el careto.

¿U LRIKE Meinhof se hubiera apiadado de alguno de aquellos cabrones? Supongo que sí. Después de todo, a ella no la movía la venganza, no sentía odio ni rabia verdaderos contra sus víctimas, sino contra aquello que representaban. Para ella no eran más que parte del decorado del capitalismo. Ni siquiera eran personas. En cambio, para mí sí que eran personas. Vaya si lo eran. Aunque ahora no sean más que despojos que pronto comenzarán a pudrirse. Bueno, Felo y Curbelo están pudriéndose hace rato. Con el calor que hace, Willy y Andrade no tardarán en comenzar.

Ni siquiera los enterré. De aquí a que los encuentren, yo ya habré terminado la faena y me habré mandado a mudar, en el mejor de los casos.

Me sacudí las perneras de los pantalones y me lavé como pude con el agua que quedaba en una garrafa. Cuando salí del barracón sentí en la cara una cachetada de aire caliente. Tomé mis precauciones, que se pueden resumir en que volví a ponerle la cadena y el candado a la puerta. Dejé allí el Chevrolet. Hubiera estado bien darme una vuelta con él, pero se me estaba yendo la mañana y no había tiempo para gilipolladas.

Conduje la Trans de nuevo hacia la ciudad, con las dos ventanillas abiertas para que corriera un poco de aire. Y corrió. Un aire tórrido y pegajoso que no hacía sino aumentar la sensación de calor.

Tenía diez mil euros en el bolsillo. En el bolso, casi dos mil quinientos más. Demasiada pasta para llevarla encima. Paré en Telde, busqué una oficina de mi banco e ingresé los dos mil quinientos. Luego, en la oficina del Puerto, donde dejé aparcada la Trans, hice otro ingreso igual. Antes de ir a casa, entré en una agencia de viajes y compré un billete. Por supuesto, no voy a decir adónde, por si esto cae en malas manos demasiado pronto. Pero me gasté unos novecientos en el pasaje.

En casa, me lavé, me cambié de ropa, revisé las armas (me las había traído conmigo) y le di un telefonazo a la Yoli.

—¿Qué pasó, querido?

—Nada, Yoli, aquí estamos. Te llamaba para ver si vas a estar por ahí.

—Sí, aquí estoy, haciendo la comida. ¿Por qué?

—Porque me voy de viaje y quería pasar un momentito por ahí, para saldarte el

mes que viene.

—¿De viaje?

—Sí, de vacaciones. Si tienes un momentito...

—Si estás liado no te molestes. Ya me pagas cuando vuelvas.

—Yo prefiero pagártelo ahora, y así me quedo tranquilo.

—Pues, por mí, no hay problema. Oye, ¿estás bien? Te noto raro.

Era verdad. No estaba bien. Pero quería saldar cuentas con la Yoli antes de irme. Y no quería que notara que acababa de darle matarile a aquellos dos.

—Nervioso. Llevo muchos años sin viajar.

Quedamos para un cuarto de hora más tarde. Cuando abrió la puerta, en albornoz y pantuflas, un olor a estofado mezclado con el de la acetona me golpeó las nupias.

—Estaba arreglándome las uñas mientras se termina de hacer la carne con papas —me dijo traqueteando con la muleta pasillo adentro, hacia la cocina.

La seguí a través del recibidor decorado en el rastro, echando un vistazo de soslayo a la Virgen del Carmen, protectora de los habitantes de la casa.

—¿Y Marín?

—Arriba, con las palomas.

Me senté a la mesa de la cocina. Puse un codo sobre el hule pegajoso.

—Vaya vicio que tiene con las palomas, ¿verdad?

—Ay, mi niño, si yo te contara —dijo, apoyándose en la encimera—. Ahí más allá les entró un bicho y se pusieron malas y no veas... Si tú llegas a ver a ese hombre, que se pasó tres días sin dormir, todo agobiado...

Asentí.

—Aquí hay muchos palomeros. Y gente de todas las clases, ¿verdad?

—De todo, Adrián. —Empezó a enumerar, tocándose los dedos con el pulgar—. Médicos, abogados, gente de los bancos...

—Y políticos.

Se paró, amoscada. Pero enseguida disimuló, diciendo:

—Y políticos, sí... No veas tú...

—Dicen que a Ernesto Acevedo le gustan mucho las palomas también.

Se hizo la loca:

—¿A quién?

—A Acevedo. Ernesto Acevedo. El que fue presidente. —Saqué del bolsillo el papel—. El padre de Willy. El jefe de Diego. —Lo desdoblé—. El que tenía esa empresa, Veteled.

Al decir esto puse el papel sobre la encimera, de forma que la Yoli pudiera leerlo. Y eso fue lo que hizo: cogerlo y leer. Leer el membrete de Veteled. Leer la lista de nombres entre los que figuraba el de Gabriel Febles Montesdeoca. El nombre de un judas. Su propio nombre.

Cuando volvió a mirarme, sobre el hule ya no solo estaba mi codo. Había también una pistola, bajo mi mano. Registró esa inesperada aparición con los ojos desmesuradamente abiertos. Se puso pálida y la mano con la que sostenía el papel comenzó a temblar. La otra, la que asía la muleta, aferró el mango con más fuerza.

—Yo siempre creí que me habían trincado por gilipollas, porque no era más que un jacoso que había ido a comprar al sitio de siempre. Pero no fue así.

—Te ayudé todos estos años, Adrián. Nunca te faltó de nada.

—Claro, jodida traidora. Me metes en el talego y después me llevas limosna de vez en cuando, para tranquilizarte la conciencia. Y para que no sospeche de ti, si intento buscar a quien me la jugó.

—No, Adri. Tú no lo entiendes.

—Lo entiendo de puta madre.

Inició el gesto de alzar la muleta. Quizá quería lanzármela. En todo caso, fue un gesto inútil. Ni siquiera me puse en pie. Le apunté al pecho, pero, como se movió, le dio en la cara. Ya caía al suelo cuando sus sesos se estamparon en los azulejos. En la caída arrastró el caldero y la carne con papas se desparramó por el piso de la cocina. La muleta quedó tirada en medio del charco de sangre y comistrajés.

Desde la azotea llegaron los gritos de Marín llamándola por su nombre, preguntando qué había pasado, si estaba bien, mientras bajaba corriendo las escaleras. No llegó ni a la mitad. El primer impacto le dio en el vientre. Se quedó parado un momento, mirándome con rencor y sorpresa. El segundo le dio en el pecho. No hizo falta un tercero. Allí lo dejé, desparramado sobre los escalones.

Salí de la casa intentando aparentar normalidad y me hice humo caminando calle arriba, entre los vecinos que comenzaban a asomarse a las ventanas, a salir a la calle, a preguntarse qué había ocurrido, si había sido algún niño jugando con petardos o había estallado una olla a presión en algún sitio.

Mientras me dirigía a la furgona, pensé en la Virgen del Carmen, que no había sabido ni podido proteger a nadie.

ESCRIBÍ todo lo último de un tirón. No sé si hay faltas, si está mal redactado, si tiene incorrecciones. Tampoco sé quién predomina en el discurso, si el tipo leído o el canalla. En cualquier caso, da igual. No tengo tiempo para releerlo. Ahora está a punto de amanecer, no habré dormido más que un par de horas y he pasado todo este tiempo en el apartamento, escribiendo a toda prisa, por si venía la policía. Pero no han venido. Más o menos a medianoche entendí que no vendrían.

Con lo de Yoli y Marín no deben de haberme relacionado aún. Y puede que Neto Acevedo y la mujer de Andrade tarden en denunciar las desapariciones. En teoría, eran ellos los que tenían que acabar conmigo, así que estarán cada uno en su casa, intentando aparentar normalidad, preguntándose qué es lo que puede haberse complicado tanto para que aún no hayan regresado.

Así que no vendrán. Nadie vendrá. Yo soy ese tío que metieron en el trullo, ése a quien nadie mencionaba por su nombre, ése del que se olvidaron todos. Una vez leí que sobre el hombre olvidado se derrama la piadosa efusión de la oscuridad. Yo soy eso: un hombre olvidado. Es la única ventaja con la que cuento.

No creyeron que pudiera llegar a tener la más mínima idea de lo que había ocurrido realmente. Tampoco pensaron que pudiera querer algo, salvo dinero. Ni siquiera se les ocurrió que iría a por ellos y los iría liquidando uno a uno. Que irrumpiría en sus vidas para hacer todo el daño posible. Se equivocaron. En todo. Absolutamente en todo.

Ahora sí que tengo las manos manchadas de sangre. Ahora sí que podría cumplir, en justicia, no veinte, sino seis veces veinte años. Ciento veinte años debería pasarme en la cárcel para pagar todas estas muertes. No pienso hacerlo, porque ya pagué una vez por lo que no me tocaba. Pero, sobre todo, porque esta sangre de ahora no es sangre inocente. No. No voy a pagar. Claro que no. Mi vuelo sale a las doce y cuarto. No llevo equipaje, solo la bolsa de mano, así que bastará con que esté allí a las once.

Primero me despediré de Candi. Le diré que me voy de viaje. Le mentiré diciéndole que tendrá noticias mías, que, si quiere, cuando esté instalado, podrá venir a verme. Luego iré al barrio, a hablar con Tomás. Le contaré que me voy. No hará falta darle detalles que lo perturben aún más. Le contaré, simplemente, que estoy metido en un lío. Le dejaré el dinero que me queda. Sí, eso es lo mejor: le dejo el

dinero, abro una cuenta cuando esté instalado y le pido que me lo vaya ingresando ahí, poco a poco, de mil en mil, o de quinientos en quinientos.

Si puedo, si se deja, le daré a Tomás un abrazo. Será la última vez que lo abrace. De hecho, será la última vez que abrace a alguien aquí, en esta isla llena de bastardos.

Luego iré a atar el último cabo suelto que queda, antes de salir para el aeropuerto.

Podría ahorrármelo. Podría huir directamente. Nadie me busca todavía. Pero eso convertiría todo este esfuerzo, toda esta infamia, en una mera espiral de crueldad sin sentido. Y no puede ser que nada de esto tenga sentido.

No, no puede ser. Tengo que ir a por el último de ellos. Hay que alimentar a los gusanos de esa última tumba. Si por hacerlo resulta que me busco la ruina y no puedo huir, da exactamente igual.

Al otro lado de la pared se escucha el despertador de Candi.

Aquí se acaba todo. Esta tarde estaré en otro país. O en el Anatómico Forense. Donde sí que no pienso estar es entre rejas. Eso sí que no. En el extranjero o muerto. Pero libre.

EPÍLOGO

(...) Adrián Miranda Gil irrumpió en la oficina anexa al domicilio de Ernesto Acevedo Blay, quien mantenía en esos momentos una reunión con un empresario local. Pero no llegó a entrar en el despacho, pues se topó con la presencia de un vigilante armado, empleado de la empresa Seguridad CEYS, cuyos servicios habían sido contratados precisamente el día anterior. El guardia de seguridad procedió a repeler la agresión con su arma reglamentaria.

Según el testimonio de Estrella Déniz Santana, secretaria de Ernesto Acevedo Blay, Miranda Gil entró en las dependencias con una actitud muy agresiva e, inmediatamente, la encañonó.

«Me dio mucho miedo —contó la señora Déniz en una entrevista concedida a un programa radiofónico—. Ese individuo ya había venido por aquí, haciéndose pasar por un donante. A don Ernesto le dio mala espina, y por eso contrató a los seguritas. La cosa es que ese hombre estaba intentando entrar al despacho de don Ernesto cuando el vigilante, que estaba en el baño, salió y sacó el revólver. Le dio el alto. Me consta que se lo dijo, que se estuviera quieto y soltara la pistola. Pero el hombre lo que hizo fue apuntarle y entonces se liaron a tiros y yo me tiré debajo de la mesa. Todo duró un momento, por lo visto, pero a mí me parecieron horas. No sé cuántas veces dispararon. Solo sé que, cuando pararon, saqué la cabeza y vi a Manolo, el vigilante, que estaba sangrando, pero todavía de pie. Parece que le dio tiempo de meterse a medias en el baño y disparar desde allí. A ese hombre, a Manolo, le debo la vida. Hasta flores le llevé al hospital. Por suerte, parece que ya está recuperado casi del todo. Pues bueno, Manolo estaba herido en un costado, pero estaba de pie y vino a ayudarme. Fíjese: él, herido, y vino a ayudarme a mí. El otro hombre, el tal Miranda, estaba en el suelo, delante de la puerta del despacho, en un charco de sangre. Yo creo que ya estaba muerto, pero no soltaba el pomo de la puerta, agarrado ahí como una lapa. Debía de estar loco, obsesionado con don Ernesto. No sé. Una no sabe lo que le puede pasar por la cabeza a un individuo así. Es la peor experiencia que he tenido en la vida. Horroroso. Todavía ando en manos de psicólogos. Sobre todo desde que empezaron a saberse cosas y aparecieron noticias de todo lo que había hecho ese hombre: lo de don José Luis, lo del pobre Guillermo y esa barbaridad que hizo con esa travesti y el guineano en Guanarteme... No sé, pensar que a don Ernesto y a mí misma nos podría haber ocurrido igual... Si no llega a ser por Manolo... Desde entonces, no pego ojo. Una se pone a mirar bien estas cosas y se da cuenta de que las personas honradas viven con miedo en este país. A las manzanas podridas hay que sacarlas del cesto. Hay que hacer algo con la Justicia. No digo yo la pena de muerte, pero una cadena perpetua, impedir que vuelvan a salir a la calle, algo. Porque nadie va a convencerme de que esto no se podría haber evitado. Y es que, vamos a ver, después de haber hecho lo que hizo, ¿qué hacía ese elemento en la calle?».

Anselmo Quintana Sánchez:

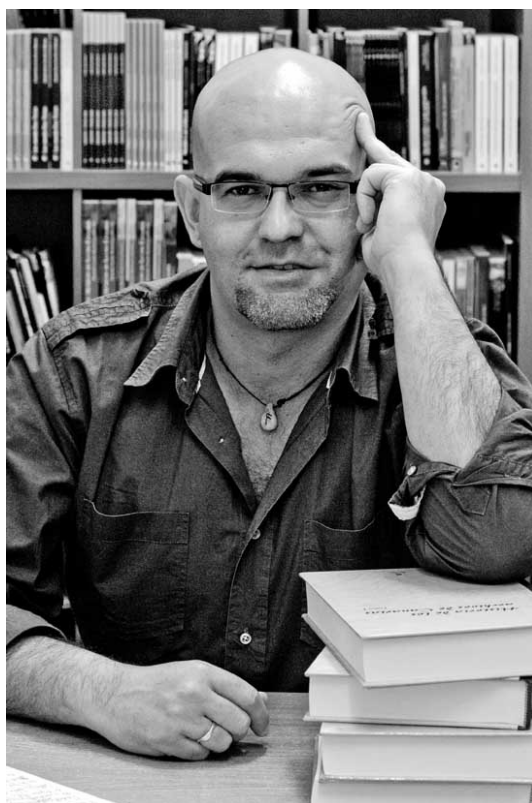
Delito de sangre: Sucesos luctuosos en Canarias.

NOTA DEL AUTOR

AUNQUE esta novela está lejanamente inspirada en una antigua noticia — cuyos detalles debo agradecer a esa hemeroteca andante que es el periodista Juan García Luján—, todos los personajes, hechos y circunstancias descritos en ella pertenecen a la ficción y toda semejanza con la realidad es pura coincidencia.

Debo agradecer la inestimable colaboración de quienes leyeron *La última tumba* y contribuyeron con su opinión a mejorar notablemente el manuscrito: Nayra Pérez Hernández, Javier Doreste Zamora, Máximo González Guardia, Jokin Ibáñez, Gregori Dolz Kerrigan y, muy especialmente, Thalía Rodríguez, quien, además, soportó estoicamente mis pesadillas y me alentó durante el proceso de escritura desde la primera idea hasta la última palabra.

Las Palmas de Gran Canaria,
5 de agosto de 2012-2 de mayo de 2013.



ALEXIS RAVELO BETANCOR (Las Palmas de Gran Canaria, 1971), escritor español especialmente destacado en el campo de la novela negra, el cuento y el microrrelato.

De procedencia humilde, trabajó como camarero en su adolescencia y juventud. Su formación es autodidacta. Inició estudios de Filosofía en la Universidad Española a Distancia. Fue alumno en talleres de narrativa impartidos por Mario Merlino, Augusto Monterroso y Alfredo Bryce Echenique. Cofundador de la revista literaria *La Plazuela de Las letras* y creador del espacio de divulgación cultural Matasombras, junto con Antonio Becerra Bolaños, en Las Palmas de Gran Canaria. Autor de espectáculos teatrales y guiones para programas infantiles de televisión. Imparte talleres literarios en diversos foros, como La máquina del cuento, Factoría de Ficciones y Vidas cruzadas.

En el año 2000 publicó su primer libro de relatos, *Segundas personas* (Premio Poeta Domingo Velázquez, 1999). A partir de entonces, se dedica durante seis años a escribir teatro y publicidad, aunque durante ese tiempo relatos y artículos suyos aparecen tanto en revistas, periódicos, volúmenes colectivos y antologías. El silencio editorial se rompe en 2006, año de publicación de *Ceremonias de interior*, libro de relatos fantásticos, y su primera novela, *Tres funerales para Eladio Monroy*, una novela negra ambientada en Las Palmas de Gran Canaria, su ciudad natal. Ésta supuso su «puesta de largo» como autor de novela negra y su entrada en los círculos literarios, donde la obra obtuvo una buena acogida. Desde ese momento, no cesó de

dar trabajos a la luz con una prolijidad que se le ha criticado en alguna ocasión.

Sin embargo, Ravelo continuó explotando otros filones, como el cuento y el microrrelato (*Algunos textículos*, 2007), el libro infantil (*La princesa cautiva e Historia del bufón Alegre Contador*) y la novela juvenil (*Los perros de agosto*).

Nota

[1] Acrónimo correspondiente a Ficheros de Internos de Especial Seguimiento. Esta legalmente controvertida etiqueta se aplica a determinados grupos dentro de la población carcelaria en España. Con distintos niveles de clasificación y, por tanto, distintos grados de medidas de seguridad, el régimen de los FIES se aplica a miembros de bandas armadas, grupos terroristas o redes internacionales de narcotráfico, así como a internos conflictivos, violentos o prófugos, especialmente violentos o que hayan atentado contra la libertad sexual, así como aquellos cuyos crímenes, por su propia naturaleza, hayan despertado una gran alarma social. <<